



TUR- BU- LEN- CIAS

Sobre ciencia y otras
complejidades

Tomo II

Carlos Eduardo Maldonado



UNIVERSIDAD
EL BOSQUE

Editorial

**TUR-
BU-
LEN-
CIAS**

TURBULENCIAS

Sobre ciencia y otras complejidades. Tomo II

© Universidad El Bosque
© Editorial Universidad El Bosque
© Carlos Eduardo Maldonado
Facultad de Medicina

Rectora: María Clara Rangel Galvis

Primera edición, julio de 2019

ISBN: 978-958-739-166-4 (obra completa / impreso)

ISBN: 978-958-739-169-5 (obra completa /digital)

ISBN: 978-958-739-168-8 (impreso)

ISBN: 978-958-739-171-8 (digital)

Editor: Miller Alejandro Gallego Cataño
Coordinación editorial: Leidy De Ávila Castro
Dirección gráfica y diseño: María Camila Prieto Abello
Diagramación: Leonardo Chávez
Corrección de estilo: Estefany Escallón I.

Hecho en Bogotá D.C., Colombia
Vicerrectoría de Investigaciones
Editorial Universidad El Bosque
Av. Cra 9 n.º 131A-02, Bloque O, 4.º piso
+57 (1) 648 9000, ext. 1395
editorial@unbosque.edu.co
www.unbosque.edu.co/investigaciones/editorial

Impresión: Afán gráfico
Julio de 2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad El Bosque.

Universidad El Bosque | Vigilancia Mineducación. Reconocimiento como universidad: Resolución n.º 327 del 5 de febrero de 1997, MEN. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 11153 del 4 de agosto de 1978, MEN. Acreditación institucional de alta calidad: Resolución 11373 del 10 de junio de 2016, MEN.

808.0665 M15t

Maldonado, Carlos Eduardo

Turbulencias: sobre ciencia y otras complejidades /
Carlos Eduardo Maldonado -- Bogotá: Universidad El
Bosque, 2019.
270 p.

2 volúmenes: tablas; 16x24 cm
Incluye referencias bibliográficas e índices.

ISBN: 978-958-739-166-4 (obra completa / impreso)

ISBN: 978-958-739-169-5 (obra completa /digital)

ISBN: 978-958-739-168-8 (impreso)

ISBN: 978-958-739-171-8 (digital)

1. Periodismo científico 2. Publicaciones científicas 3.
Comunicación científica 4. Gestión del conocimiento
5. Filosofía de la ciencia 6. Epistemología de la ciencia
I. Universidad El Bosque.

Fuente. SCDD 23ª ed. - Universidad El Bosque.
Biblioteca Juan Roa Vásquez (Junio de 2019) - NGG

TUR- BU- LEN- CIAS

Sobre ciencia y otras
complejidades

Tomo II

Carlos
Eduardo
Maldonado

**CON-
TENI-
DO**



Complejidad del mundo llamado real

Pag.

14	El mejor control político de la sociedad: la bancarización
18	La vitalidad del impacto local
22	El precio de la gente
26	¿Docente? ¡Pobre profesor(a)!
30	Una vida en la mentira
34	¿Dormir ayuda a proteger el medioambiente?
38	Crisis y ciencia (o filosofía). El caso de Francia
42	Los cuatro demonios del hiperconsumo
48	De ciencias políticamente incorrectas
54	La formación de opinión: el ejemplo de J. C. Mariátegui
60	Ni héroes ni comunidades anónimas

¿Cómo es una cultura de diálogo?

Pag.

68	La dificultad de ser veraces
72	Autoorganización, emergencia y acción social
76	E. Snowden, el hereje de nuestros tiempos
82	La clase de gente de las guerras
86	Al médico, al abogado, al contador... según parece
90	Contra las disciplinas... ¡complejidad!
96	Tres sociedades, un solo momento
100	Ese mal que es el Estado-nación
104	¿Primavera colombiana?
108	Parásitos sociales
112	La impredecibilidad de la geopolítica
116	Pregunta: ¿por qué no una abstención activa?
120	La dificultad y complejidad de cambiar el mundo hoy en día
126	Sociología de las tres dictaduras

130	Los lenguajes de la política y la información
136	Deporte, individualidad y país
140	Ciencia básica en Colombia y América Latina
146	Ética y política en la derecha y la izquierda en Colombia
152	Política de jóvenes versus política de viejos. Acerca de la MANE
158	Estética y política de LGBTI
162	¿América o Colombia?
166	Colombia: entre la polarización y más violencia
170	Colombia 2014-2015: comienzo oficial del posconflicto
174	Sobre la capacidad de apuesta. Un problema político
178	El sabor agridulce de las acreditaciones de universidades
184	Teología de la liberación: ¿remix, reloaded, o segundo tiempo?
190	El costo institucional del problema agrario
194	La protesta social como una fiesta
198	Nosotros en la Tierra

204	Colombia no está en América Latina
210	Ni siquiera la crisis le pertenece a España
214	Religión y sociedad: una visión política
220	Significado social y político del <i>bullying</i>
224	Espiar al mejor amigo incondicional
228	¿Cómo puede la ciencia contribuir a una cultura de paz?
234	Protesta social y violencia policial
238	Colombia: más geografía que historia
242	Sobre los <i>rankings</i> universitarios
246	De la indignación a la resistencia y de esta a la rebelión
250	El cálculo político
254	Ese palimpsesto que es América Latina
258	La cara oculta de la luna del progreso moral
262	El lenguaje de la sabiduría
267	Bibliografía

COM- PLEJI- DAD

DEL MUNDO

LLAMADO REAL

El mejor control político de la sociedad: la bancarización

Existen diferencias notables cuando se estudia el tránsito del capitalismo comercial (siglos XVI-IXVII) al capitalismo industrial (siglo XIX), y de este al capitalismo posindustrial (siglo XX). Se trata de la forma como, para decirlo en lenguaje clásico, el capital controla y domina al trabajo. Un estudio histórico arrojaría nuevas luces al respecto.

Sin embargo, la verdad es que en el siglo XXI, a gran escala, el capitalismo –conservando la misma esencia de siempre–, ha hecho el tránsito a una etapa posterior, a saber: el capitalismo informacional. Como sostiene M. Castells, el capitalismo hizo el tránsito de la fase posindustrial a la informacional porque era la única opción que tenía

si quería seguir existiendo. (La sociología, otra ciencia políticamente incorrecta, hablando de Castells, por ejemplo).

Ayer, a los enemigos del capitalismo se los eliminaba físicamente, literalmente. Hoy nada de eso es necesario. La mejor vía por la cual se establece un control político a gran escala consiste en el proceso de bancarización de la economía y bancarización de la sociedad. Es por esta razón que existe un interés sincero por hacer que la clase media crezca, como consecuencia de lo cual la pobreza tiende a disminuir. Por lo menos en términos de los macroindicadores económicos. Como se aprecia, todo sucede exactamente al revés.

Es decir, no existe ningún interés ético ni social por suprimir la pobreza, sino, en realidad, por aumentar la clase media. La razón es que el crecimiento de la clase media se traduce inmediatamente en el crecimiento del consumo. Y la forma más expedita para permitir y a la vez garantizar el consumo consiste en bancarizar al máximo el número posible de la población.

Esta bancarización consiste en dos estrategias paralelas, así: de un lado en facilitar ampliamente créditos de consumo; y de otra parte, al mismo tiempo, pero de manera independiente, otorgarle al máximo número de personas tarjetas de crédito, con cupos pequeños o medianos en su gran mayoría. Cupos que, según los manejos, tienden por lo general a aumentar, incluso en muchas ocasiones automáticamente; esto es, sin que el tarjeta-habiente solicite el cupo de endeudamiento de la tarjeta de crédito. Ambas estrategias garantizan que una amplia franja de la población se endeudará a futuro —¡de eso se trata todo!—, y así el trabajo se convierte en la más importante preocupación de esa creciente clase media.

Los sistemas de crédito —paga mañana lo que consumes hoy— son ubicuos, tanto como lo es el mercado mismo. Crédito para la ropa, para el estudio, para la vivienda, o hasta las vacaciones. La vida entera de las personas está completamente dominada por los ana-

listas de riesgo de los bancos y las entidades financieras, y esa información se usa no únicamente con fines financieros o económicos, sino: sorpresa, además y principalmente, con fines políticos. En una palabra: a la gente (=la oposición o las bases sociales de la oposición) no hay que eliminarlas físicamente; basta con endeudarlas.

Paga mañana lo que consumes hoy tiene una clara expresión en la economía, de acuerdo con J. M. Keynes, la deuda de hoy son los impuestos del mañana (*today's debt is tomorrow's taxes*). Con las consecuencias conocidas: inflación, deuda interna y externa, devaluación, etc.

Que en la crisis económica y financiera alrededor del mundo los bancos sean las entidades que los gobiernos se preocupan por salvar (Grecia, Islandia, Portugal, España, Irlanda...) no es un acto gratuito. Es la forma misma mediante la cual el Estado y el mercado controlan a la población civil, en toda la extensión de la palabra.

Los mecanismos policivos y de seguridad pueden dedicarse a enemigos internos y externos (mafias, terrorismo, etc.), y en numerosas ocasiones también a “pinchar” a la propia sociedad civil. En cualquier caso, el sistema bancario, en general, se dedica al control de la ciudadanía, y en eso exactamente consisten la sociedad del riesgo, los analistas de riesgo, las centrales de riesgo, y demás. Hasta el punto de que, incluso, hay embajadas que otorgan o niegan el visado con base en el cruce de información con las bases del sistema bancario. Y esto sin teoría de la conspiración ni nada semejante.

Quienes tienen deudas a futuro piensan menos en procesos como sindicalización, militancia política y otras formas de acción colectiva. Su vida se define principalmente en torno al trabajo, al mantenimiento del empleo y al pago seguro de las deudas presentes y futuras. Se trata de gente que, literalmente, hipoteca su propia vida a muchos años hacia delante. Esta gente cumple, en el mejor de los casos, con votar, pero es víctima fácil del cuarto poder, a saber: de los grandes medios de comunicación masiva. Al fin y al cabo eso es la

clase media: una clase de promedios, estándares, medias y medianas, en fin, como lo señalaba ya en los años 1940 el filósofo argentino J. Ingenieros, *El hombre mediocre*. (Un libro bien escrito e inteligente).

De esta suerte, la acción colectiva, la protesta social y la oposición quedan cooptadas a través de la bancarización y las deudas con el sector financiero. Con seguridad, el mejor ejemplo lo constituye, grosso modo, el contraste entre Estados Unidos y Europa. En términos generales, Estados Unidos es un país con una deuda pública y privada, colectiva e individualmente mucho mayor que en Europa. Y por ello mismo las acciones sociales de protesta tienen lugar con mayor frecuencia y vehemencia en Europa que en Estados Unidos. Sería interesante adelantar el estudio del fenómeno en América Latina y llevar a cabo un proceso comparativo. Ese es el objeto de otro texto aparte, por espacio y densidad.

La literatura lo tiene bien claro, desde Goethe hasta Thomas Mann, por ejemplo. La banca es el diablo mismo al cual la gente le vende su alma, literalmente. Al final del día el diablo se le aparece a la gente y le obliga a recordar sus promesas. Y si no han cumplido las promesas (deudas crediticias), el diablo se les lleva el alma. No es literatura ni poesía. Es economía y política, algo que el propio Goethe o Mann no lograron vislumbrar en su momento. La muerte del diablo se denomina en el mundo del derecho y la economía la muerte civil. Que no es menos grave ni dramática que la muerte penal o física, por ejemplo.

Digámoslo en términos éticos, filosóficos y políticos: la verdadera libertad, autonomía e independencia de los individuos y la sociedad consiste exactamente en la no bancarización, o por lo menos, la menor deuda con los bancos y entidades financieras. Un nuevo contexto y nuevos marcos para las ciencias sociales, en verdad.

La vitalidad del impacto local

En ecología, las escalas en orden descendiente son la biosfera, los ecosistemas, los biomas, la ecología de paisajes y los hábitats. Para los sistemas vivos, los fenómenos más acuciantes suceden a nivel de sus hábitats. Análogamente, en meteorología, cabe distinguir en general los climas y temperaturas, pero cualquier persona conocedora sabe que los acontecimientos verdaderamente significativos acontecen a nivel de los microclimas. Es aquí en donde emergen y se expanden los más fabulosos fenómenos que ocupan a los meteorólogos.

Pues bien, basta con algunos viajes caprichosos alrededor del mundo, o con una buena lectura, para comprobar una magnífica vitalidad de pensamiento, ciencia y cultura a nivel local, de un lugar a otro, de una latitud a la siguiente.

En efecto, numerosas editoriales locales, o también numerosas publicaciones de universidades en un país o en otro, en una región u otra, da muestra de una producción apasionante de pensamiento, reflexión, análisis y crítica con un evidente impacto inmediato local y, en el mejor de los casos, regional, sin embargo, a nivel nacional, internacional o mundial, esa vitalidad local pasa desapercibida y, finalmente, ignorada, como inexistente.

La inmensa mayoría de tirajes universitarios e independientes rondan las centenas de ejemplares. Incluso en los Estados Unidos, los tirajes universitarios son generalmente del orden de 1000 ejemplares por título. Se busca, con diversos criterios, consumos locales, y al cabo, regionales o nacionales. Los editores, habitualmente conservadores, apuestan a un mercado fijo, o al menor de los riesgos en las inversiones. Esta es, sin lugar a dudas, la principal motivación de los tirajes locales, libros, revistas y demás.

Solo las grandes trasnacionales de la cultura le apuestan a varios miles de ejemplares, y poseen sus propios circuitos de promoción y circulación. A decir la verdad, estadística y culturalmente hablando, las ediciones de las grandes industrias de la cultura constituyen la excepción. Una notable excepción, a decir verdad. Pues la norma es la existencia de autores, pensadores, científicos y artistas de impronta local; en cada caso.

Hace poco leía en *Researchgate* (un portal académico; o también una de las más importantes redes sociales de académicos en el mundo), que un profesor de Indonesia con frecuencia es invitado por universidades de Nyanmar, Vietnam, Laos, Tailandia, Cambodia y Laos a dictar cursos y conferencias. En otro espectro, por ejemplo, algún prestigioso investigador o autor latinoamericano es invitado con frecuencia a países como Costa Rica, México, Perú, Ecuador, Venezuela y San Salvador. En otro espectro del mapamundi, un prestigioso investigador nigeriano es invitado con frecuencia a participar

en eventos académicos y culturales a países como Camerún, Benin, Togo, Ghana, Costa de Marfil, o Gabón. Pues bien, sin duda alguna, los tres profesores, desconectados entre sí, observan el mismo fenómeno que aquí comentamos.

Tres ejemplos conspicuos de tres fenómenos similares de escala local, o regional; según se mire.

La vitalidad local es, asimismo, una enorme dinámica regionalmente concentrada. Se requieren varias circunstancias para que un texto sea traducido a otros idiomas, eufemísticamente llamados mayores o menores. Las traducciones contribuyen mucho a des-localizar el pensamiento y la vida. Y, sin embargo, el gran catalizador de la cultura y la vida es, hoy por hoy, el internet.

Un texto o una obra subida a la web se hace virtualmente inmortal. En contraste con la fabulosa producción local impresa a nivel local en numerosos lugares. El internet permite romper la vieja clasificación de las ciencias sociales del siglo XIX entre geografía e historia. Al fin y al cabo, la propia noción de “cultura” remite siempre a experiencias locales, particulares, concretas. La “cultura” es un concepto conservador por particularista. El polo a tierra, en cada caso, de la experiencia humana.

Numerosas revoluciones locales están teniendo lugar permanentemente en el mundo hoy en día. A nivel de intercambios académicos, artísticos o culturales, o bien, igualmente, a nivel de una ingente producción local de reflexiones, pensamientos y estudios. Se trata de revoluciones que pasan desapercibidas ante la gran mirada superficial de los grandes medios de comunicación masivos. Que siempre tienden a uniformar el mundo y la realidad, a verlos como acontecimientos planos y lineales.

En contraste, la vitalidad local en cada caso es la evidencia de que, análogamente a lo que enseña la geología, los movimientos tectónicos siempre acontecen a nivel local, y que lo verdaderamente sig-

nificativo de los mismos son las réplicas que tienen o pueden tener. Las réplicas y no la fuerza. Las consecuencias y no el primer impacto.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace de un texto, un libro o una obra un acontecimiento de orden internacional o mundial? Esta pregunta no tiene una única respuesta. Sin embargo, con seguridad, se trata de las redes, conexiones y repercusiones que, siempre desde la esfera local, tiene o puede tener en otras esferas, redes, lugares y momentos.

Para el autor, se trata, siempre, de una apuesta. En ocasiones, una intuición. Desde luego que van habiendo indicios en el camino. Como quiera que sea, actuamos a nivel local, en ocasiones, con desconocimiento del espectro global del mundo, o bien, igualmente, por momentos, como una apuesta de un impacto mayor. Hoy por hoy se distinguen dos niveles: el impacto social y el impacto científico. El primero apunta exactamente a las expresiones locales que aquí consideramos. ¿El segundo? Bueno, es el objeto de otro texto aparte.

En cualquier caso, los microclimas y los hábitats: las raíces de la acción local.

El precio de la gente

El nombre reciente es un eufemismo y se expresa como coima, soborno o corrupción. Pero la verdad es que la literatura tiene una mejor comprensión del fenómeno: el diablo se acerca en determinado momento a la gente y les compra su alma. Mefistófeles o Fausto. Y las fuentes pueden ir de Goethe a Th. Mann o a Klaus Mann, pero permea buena parte de la literatura ya desde la Edad Media y el Renacimiento.

El diablo dispone de todo el tiempo necesario; y también del dinero que se requiera. Solo espera el momento preciso para su ataque y le pide a la gente: “Ponga un precio”. Para Mefisto el precio no es ningún problema. Lo que espera, desde luego, es una decisión inmediata para un juego a mediano o largo plazo. Hoy compra el alma

de la gente, pero cobra el negocio posteriormente cuando el maligno así lo desea.

El maligno es un estudioso de la gente: de sus gustos, sus debilidades, sus necesidades, sus redes de relaciones. Ayer tenía la inteligencia del diablo; hoy dispone de contactos y muchas bases de datos, que trabaja con base en analítica de datos: información que se puede acumular indefinidamente, que no ocupa espacio, que no pesa, pero que se puede utilizar cuando los espíritus del mal así lo desean.

Y es que el Fausto trabaja con dos cosas: los apetitos de las personas y la información que tiene sobre esos apetitos. Su juego es simple, en realidad, pero las ofertas son variadas. Se trata siempre de que la gente le venda su alma al diablo, pero las oportunidades son diversas: en unas ocasiones, se trata de dinero; en otras, de poder, en otras más, de favores que pueden cobrarse con el tiempo, y con intereses. Según los rumores de la política y la cultura, la gente vende su alma también por fama o por virtuosismo, por ejemplo.

Hoy se vende el alma al diablo, pero el diablo cobra el pacto siempre después. El tiempo le pertenece a Belcebú. No ya a quienes han accedido al pacto fáustico.

El desespero juega un papel importante, pero es verdad que también el pacto se funda en el deseo insaciable de algunas personas. Mefistófeles no tiene afán: espera, acecha, casi siempre va a la fija, e induce a la gente a firmar el acuerdo. Usualmente, se trata de una firma de sangre, no necesariamente en el sentido literal, pero sí debido a que se pactan los más profundos deseos y necesidades, los más recónditos sueños, la desesperanza más profunda e inagotable.

Fausto tiene muchos nombres y caras, sus expresiones en el mundo son variadas: están los bancos, el sector financiero, los prestamistas de todo tipo. Están también los facilitadores, los “lobbyistas”, los intermediadores y los facilitadores de toda índole. Están igual-

mente los poderes de toda clase: los policivos y militares, los eclesiásticos a su manera, los políticos y los sociales con sus caras cambiantes y sus sonrisas prediseñadas.

La lógica del pacto es elemental: se vende hoy lo que se pagará o se cobrará mañana.

“Ponga el precio”, dice Mefisto. “Si me vende el alma yo accedo a la cantidad acordada”. El dinero no siempre interviene, pero es un componente importante; particularmente en el mundo de hoy.

Solo tres condiciones evitan cualquier tentación del maligno:

- Hay que ser sumamente fuertes.
- Hay que ser sinceramente inocentes.
- Hay que ser verdaderamente libres.

Para no caer en las trampas de vender el alma. Solo quienes son fuertes, inocentes o libres evitan caer en las tentaciones del diablo.

Y entonces no saben de coimas, sobornos o corrupción, no tienen en absoluto, precio o las evitan, a veces de manera sutil o abierta y directamente.

Lo cierto es que la mayoría de la gente anda, incluso a veces a pesar suyo, con la cerviz agachada. Se agachan ante la autoridad o el poder, y entonces guardan silencio, ven las injusticias alrededor suyo pero evitan pronunciarse, y terminan por olvidar la acción colectiva. Viven llenos de miedo, de inseguridades, y terminan por aceptar “el estado de cosas” por temor a represalias, o a consecuencias peores. Y entonces han vendido el alma.

Y es que el pacto fáustico es justamente eso: un pacto individual, nunca colectivo. El maligno se acerca a cada uno y divide a quien de los demás. El alma es individual, se ha dicho siempre, y es el alma de cada quien lo que el diablo desea.

Sí, el mal se alimenta de los miedos, los temores y las inseguridades, y eso lo fortalece en cada acuerdo. En el lenguaje de la teoría de juegos, las decisiones del diablo son siempre decisiones paramétricas: porque conoce a la gente, a su gente, el diablo aísla a cada quien de los demás y le hace creer que sus necesidades, que sus deseos, que sus ambiciones son solamente suyas y no competen a los demás.

La corrupción parece ser el nombre de boga de los pactos de Mefisto. Y pareciera que la corrupción sucediera en el ámbito público tanto como en el privado. El derecho ha llegado a llamar al pacto fáustico como fraude, peculado, cohecho, prevaricato y varios nombres más. Pero lo cierto es que el derecho se queda corto, en esta ocasión, con respecto a la literatura.

Para entender el profundo malestar de la cultura, la crisis sistémica y sistemática, la corrupción galopante, pero también la pérdida de capacidad de la acción colectiva, por ejemplo, basta con ir al *Fausto* de Goethe. Fausto accede al acuerdo de Mefistófeles en el marco de su amor por Gretchen (o Margarita). Una auténtica tragedia.

La gente tiene precio. Esa es la verdadera tragedia del mundo contemporáneo. Los poderes, las autoridades, los agentes del sector financiero y muchos más lo saben. Y actúan en consecuencia. Han obligado a cada quien a agachar la cabeza. Y vender lo mejor que jamás pudieron tener: su vida. Con lo cual se hacen profundamente débiles, pierden cualquier inocencia –por ejemplo, alegría, o tranquilidad– que alguna vez tuvieron, se convierten en esclavos.

La mayoría de la gente nace libre, pero muere esclava, por el pacto fáustico.

¿Docente? ¡Pobre profesor(a)!

Alrededor del mundo, muy notablemente en los países hispanohablantes, viene hacienda carrera una nueva palabra; casi un nuevo concepto: docente. Desde los colegios hasta las universidades.

Cuando Horacio introdujo el término por primera vez, no pensó en el auge que casi dos mil años después cobraría la palabra. Con un largo período en el que otra palabra ocupó el primer lugar: profesor(a).

Docere, de donde procede, en efecto, el término significa enseñar, sin esto es, instruir, señalar. Y así, docente es el que enseña, el que instruye, el que señala. Un arcaísmo, literalmente, en una época en la que ya no se instruye, pues la instrucción se asimila a la disciplinarización, al amaestramiento y no en última instancia, al adoctrina-

miento. En cualquier caso, una relación que sucede en una sola vía: el que enseña y el que instruye hacia el o los demás.

Pues bueno, parece que ya los profesores no son tales, sino “docentes”. Un concepto, hoy en día, de origen eminentemente administrativo. (¿Alguien ha notado que el “ascenso” del concepto de “docente” coincide con su disminución y la superposición de los administrativos? Así, administrativo mata a docente).

Se trata, manifiestamente, de un ejemplo más de esa transvaloración de todos los valores y que coincide y funda a la vez al nihilismo, según Nietzsche. Los valores de ayer se trastocan –se invierten: *Umwertung*–, adquiriendo hoy una connotación opuesta a la de ayer; y al revés.

Varias observaciones se imponen.

En primer lugar, una de las funciones de un profesor es la docencia –conjuntamente con la investigación y, en ocasiones, la administración–. Pero la vida y las actividades de un profesor no se reducen a la docencia. Por lo menos no en el mejor de los sentidos (pues hay muchos que solo prefieren enseñar; porque eso creen: que enseñan).

Reducir al profesor a la docencia comporta, asimismo, creer que el docente enseña, y el estudiante aprende. Dos relaciones, dos escalas, dos mundos perfectamente asimétricos, así las cosas. Esto es, el docente sabe y entonces enseña, y el estudiante aprende y obedece y sigue al docente. Por eso este califica y aquel se debate por las notas y los grados.

Pero la verdad, en ciencia como en la vida es muy otra. Contradictoriamente, las cosas verdaderamente importantes no se enseñan, ni se pueden enseñar. Solo se enseñan técnicas, reglas, doctrinas, todo lo cual, al final del día, si llega a ser necesario, son cosas con las que se puede dejar de vivir. Las cosas verdaderas no se enseñan. Se aprenden de quien las sabe. Pero quien las sabe no las enseña: las vive. Al fin y

al cabo, la verdadera educación es ejemplarizante. Un tema que olvidan todas esas tecnologías que hoy se expresan en conceptos como “competencias”, “aprendizaje significativo”, y demás.

Desde luego que para aprender se requiere de alguien que sepa. Pero quien verdaderamente sabe no enseña: lo cuyo es una forma de vida, bastante más que un oficio o una profesión.

Digámoslo de manera franca: los profesores han sido degradados a “docentes”. Con ello la disciplina y el control han pasado al primer plano. Controles abiertos y sutiles, pero siempre cotidianos. Todo un escándalo para aquellos profesores –por tanto, maestros– como Sócrates, Hipatía de Alejandría, o Abelardo (el mismo de la historia con Eloísa), por ejemplo.

En el caso de las universidades, el uso de “docente” sucede, manifiestamente en dos circunstancias: o bien allá en donde existe un bajo nivel académico o científico, o bien allá en donde los administrativos son prácticamente dioses intocables. Y no es necesario que ambas circunstancias sucedan en espacios diferentes.

Por el contrario, en universidades de prestigio impera el concepto –y más que el concepto–, la relación de/con: profesor(a). Sin la menor duda, lo que se encuentra exactamente en juego es el respeto por el conocimiento, antes que el acatamiento a las normas, los indicadores y la gestión.

En una ocasión, un grupo de profesores de universidades muy destacadas en el mundo asistieron a la acreditación de una Facultad o un programa académico. Y para ser concisos, no aprobaron para nada la mayoría de puntos que estaban evaluando. Y una de las más fuertes conclusiones fue: “En nuestras universidades los administrativos no les dicen a los académicos lo que tienen que hacer”. Hablo del fracaso de un programa o de una Facultad de una muy prestigiosa universidad nacional.

Y en el caso de los colegios, el panorama no parece ser muy distinto. Con una salvedad. El uso de la palabrita “docente” es, en la inmensa mayoría de los casos, un asunto de atavismo, de uso, de costumbre. La gran mayoría de la gente lo usa acrítica e inconscientemente; esto es, de forma irreflexiva.

Es cierto que en materia de lenguaje el pueblo es rey. Pero es igualmente verdad que los procesos de desarrollo mental, cultural y social pasan por una crítica del lenguaje, como de estructuras y relaciones. Hacemos cosas con palabras. El drama no es ese: la tragedia es que en numerosas ocasiones las palabras terminan superponiéndose a las cosas y se sitúan, ellas, en primer lugar sobre las cosas mismas.

Con ilusión o utopía cabe pensar en un espacio y momento en el que quienes se dedican a la educación y hacen de ella una forma de vida puedan (volver a) ser profesores. Pero eso es un tema álgido: pues es un tema de desarrollo mental y cultural. El más difícil de los peldaños en el desarrollo de una organización, de una institución, o de un país.

Una vida en la mentira

La ética es un campo ingenuo e inocuo. Necesario ciertamente, pero incauto y tímido. La ética es la ciencia ficción del mundo cotidiano.

Ante las acusaciones públicas y mundiales de pederastia y la solicitud por parte de Naciones Unidas de informar y entregar a los curas pederastas, el Vaticano –ese mismo de Francisco, el jesuita– hace silencio. Y ese silencio es una forma de mentir.

Ante los medios de comunicación y la comunidad internacional, el presidente disminuye todos los efectos del espionaje y las chuzadas y, sabedor de los tiempos fatuos que vuelven ligera a la memoria, deja pasar la cosa a un segundo plano. Y se sienta con su familia a hablar de sus cosas y del mundo. Como si nada.

O aquel político que en época electoral declara unas cosas abiertamente en la primera vuelta pero luego dice absolutamente todo lo contrario en la segunda vuelta para querer ser favorecido con los votos.

Un militar asesino, en toda la palabra, ha logrado un ascenso gracias a falsos positivos. Y duerme en su cama, en una guarnición militar, condecorador de la unidad de cuerpo y de la fortaleza de la formación doctrinal. El resto le importa un bledo.

Un banquero sabe que las ganancias del sector financiero son muy superiores a las del sector productivo en cualquiera de sus formas gracias a la usura legalizada por el Estado. Usura que obliga a los usuarios de los bancos a pagar muchas veces más un crédito o una compra, y ellos acumular un capital que no podrán gastar en una vida: ni la suya ni la de sus familias. Y por otra parte, se llena la boca hablando de paz, justicia, responsabilidad social empresarial y democracia. Una patología institucionalizada.

Un exministro de agricultura ha favorecido la corruptela y el paramilitarismo distribuyendo ingresos, haciendo préstamos ilegales, permitiendo componendas favoreciéndose a sí mismo y a los otros: mientras abraza a su pequeño hijo en el juzgado donde se decide su suerte. Una mentira abrazando a una pequeña creatura, hasta ahora inocente.

Un profesor universitario es acusado de plagio por sus estudiantes en un doctorado en ciencias sociales y humanas de una prestigiosa universidad pública. El profesor acusa incompreensión y falta menor, y los directivos de la Universidad no se dan por enterados. Y claro, los estudiantes viven con miedo y zozobra. Acaso porque el profesor, entre otras cosas, le entrega puntajes a su Facultad y a su unidad académica.

Un equipo español oculta el precio de un habilidoso jugador, en blanco y negro, como una forma de lavar dinero, en medio de una crisis económica profunda de la cual el país no puede salir. Y su reyezuelo, mientras se divierte en safaris en África con la amante de turno, les habla tembloroso a sus ciudadanos de unidad y fortaleza, ignorando las corruptelas de su hija favorita. La mentira campeando en palacio, en los medios y en las calles.

Un presidente ha auspiciado el paramilitarismo en todas sus formas y su hermano ha sido directamente implicado por internos conocedores, y ambos mienten con descaro y no se les tuerce la cara.

Los casos se multiplican día a día, en todas las escalas: mundial, nacional, departamental, local u hogareña. La mentira es la forma de vida de la mayoría de los hombres públicos. La inmensa mayoría.

Pues bien, existe en inglés una distinción básica muy útil: aquellos que son *giver* y los que son *taker*. Esto es, lo que quitan, piden y roban, y los que ofrecen, ayudan, sirven. De manera muy amplia, la casi totalidad de empresarios, militares, políticos, sacerdotes de todo color, administradores y líderes son del segundo tipo. Gente que vive en la mentira –en toda la acepción de lo que le preocupa a la ética–. O, desde el punto de vista científico, a su complemento, la psiquiatría.

Estos son los que enferman al mundo y vuelven a la gente descreída y egoísta; por acción, o por reacción. Los adalides de los valores todos, los mecenas del nihilismo. En una palabra: los hombres de Davos. O del Vaticano. O del poder. En fin, hombres y mujeres que son y representan la quintaesencia del capitalismo, en toda la acepción de la palabra: político y económico, cultural y axiológico.

Ya lo señalaba con descaro Goebbels: una mentira repetida mil veces termina por convertirse en una verdad. Patología social, pandemia mental. O como lo sostenía ese colombiano representante de la extrema derecha, invitando a los suyos contra sus opositores y detractores, Gilberto Alzate Avendaño: “¡Calumnia! ¡Calumnia que algo quedará!”.

Lo verdaderamente incomprensible, desde el más sano de todos los sentidos comunes es, ¿cómo es posible vivir en la mentira? ¡Es tal el grado crónico y crítico de la enfermedad que no les da remordimiento de ninguna clase, que pueden mirar de frente a las cámaras de fotografía y televisión, mientras dicen lo que dicen que es lo que hacen!

¿Cómo hay gente a la que no se le dilatan las pupilas ni tartamudean, ni les tiemblan las manos ante la mentira, el engaño, la corrupción y la muerte? Que eso sucede ya no es tema, en absoluto de la ética, sino de la más refinada psiquiatría.

Esos agentes del poder –los *takers*, esto es, los tomadores de decisiones como eufemísticamente les gusta denominarse a sí mismos–, enferman a la sociedad a través de sus medios: los de comunicación, los pulpitos, las empresas y los gobiernos. Y hacen de los ciudadanos psicópatas: que oscilan entre dos mundos antagónicos e irreconciliables. Y que en los colegios imprimen cochinadas como educación cívica, educación ciudadana, cultura ciudadana, religión, y demás asignaturas semejantes.

La teología moral se hace una sola con los valores democráticos, y estos una sola cosa con las políticas públicas y privadas en gran escala. Vivir una vida en la mentira: la total patología.

Pues bien, como con acierto sostenía Nietzsche –entre otros–, derrumbar esas escalas de valores no es solamente un acto de valentía, sino, más radicalmente, es un acto de salud (¡y sanidad!) y una afirmación de la vida. Y la afirmación de la vida pasa por señalar que el núcleo mitocondrial de la ética es la psiquiatría. En los tiempos que corren, en la realidad de todos los días.

Afirmar la vida y hacerla posible: esto es una sola y misma cosa con denunciar esa anomalía cultural congénita que es la vida en la mentira. Vivir una vida buena es algo que se dice fácilmente, pero es extremadamente complicado. Significa despertar ese instinto natural de rechazo al olor nauseabundo de la mentira y el engaño.

Porque desde el punto de vista legal conocen todos los trucos para dilatar los procesos jurídicos y la identificación de responsabilidades. Porque, como se dice popularmente, el que hace la ley hace la trampa. Vivir una vida en la mentira es para todos ellos el reino de la impunidad, el paraíso. El más artificioso de los paraísos. Mientras les dura su tiempo...

¿Dormir ayuda a proteger el medioambiente?

Las preocupaciones por el medioambiente son crecientes. Nevadas fortísimas en E.E. U.U., nieve incluso en Arabia Saudí, inundaciones inclementes en Inglaterra y el norte de Europa, tornados en Asia. Al mismo tiempo diversos volcanes se reactivan en Centroamérica, a lo largo de la cordillera de los Andes, o en el sur de Europa. Los efectos del calentamiento global son evidentes, y los argumentos negacionistas se ven cada vez con más dificultades para sostener cosas como la regularidad de los ciclos críticos en la naturaleza, la inocuidad de la acción humana, la inevitabilidad de los procesos naturales...

Pues bien, ante el estado crítico de la crisis medioambiental, numerosos argumentos, estrategias y tácticas se vienen proponiendo y discutiendo.

Una reciente, no poco original, sostiene que dormir contribuye a disminuir los problemas medioambientales. De un lado, porque se consume menos energía (gas, electricidad, petróleo), se consumen menos productos y se genera menos contaminación y también menos polución. Y de otra parte, porque se producen menos desechos – tóxicos, basuras, vegetales, y otros semejantes–. Así las cosas: más vale dormir para que la naturaleza pueda recuperarse mejor, y nosotros, los seres humanos, generar un menor impacto en el medioambiente.

La propuesta de dormir para ayudar a la naturaleza es moderada: basta con que las personas duerman una hora más. Esto, acumulado por los más de seis mil millones de personas y distribuidos en las diferentes zonas horarias del planeta contribuiría enormemente a la salud del planeta. Ya se sabe: pequeñas acciones coordinadas con enormes efectos e impactos a gran escala.

El argumento, bien intencionado, acaso, es ingenuo y, al cabo, falaz. Al fin y al cabo, la entropía generada por el acto de dormir es demasiado baja. En contraste, lo que se necesita no son acciones pasivas (sin ignorar que dormir es una acción humana), sino, por el contrario, acciones de gran impacto coordinadas en diferentes escalas.

La crisis del medioambiente es el resultado del hiperconsumismo, la producción de productos de ciclos cortos de vida, y un estilo de vida desenfrenado y enfermizo, cuya base es el sistema de libre mercado. Producimos y consumimos cosas que no necesitamos ni que queremos.

Ahora bien, vale siempre distinguir –y separar!– la crisis del medioambiente de una crisis ecológica. En numerosas ocasiones los medios hablan de crisis ecológica. La expresión está mal empleada. La ecología y la naturaleza no están en crisis. Lo que propiamente se encuentra en crisis es el medioambiente. Y la ecología es una de las muchas herramientas mediante las cuales estudiamos e intentamos resolver esta crisis, al lado de la economía, las políticas públicas, etc.

Los partidarios del preservacionismo son más conservadores y defienden acciones indirectas ante los riesgos, crisis y problemas ocasionados sobre el medioambiente. En contraste, quienes defienden el conservacionismo no descartan las acciones indirectas, pero claman por acciones directas y responsables sobre el medioambiente. Aquellos, por ejemplo, refutan la importancia de la tecnología y la condenan; estos, en contraste, llaman por el desarrollo de más y mejores tecnologías, verdes o limpias.

Pues bien, dormir para ayudar al medioambiente es clásico de una postura preservacionista. El problema es la justificación científica real del propósito. ¡Al fin y al cabo, numerosos monstruos nacen en la pasividad del sueño, y se transforman en pesadillas!

La crisis del medioambiente forma parte –esto es, es un componente– de la serie de crisis sistémicas y sistemáticas a las que asistimos hoy en día. Crisis económica y financiera; crisis social y de confianza; crisis de los partidos y los sistemas políticos; crisis cultural y de valores, para mencionar tan solo algunas de las más populares.

Y a una crisis sistémica solo se la puede atender de manera correspondientemente sistémica; no por tratamientos analíticos, es decir, parciales.

De manera genérica, la crisis del medioambiente es obra del ser humano. Pero, de manera particular, se trata de la crisis ocasionada por el sistema de libre mercado; es decir, el capitalismo. El capitalismo salvaje o el de cara humana (“la tercera vía” y la social–demócrata), en fin, el modelo económico vigente. En una palabra, la crisis generada por el “hombre de Davos”.

Al fin de cuentas, no es la naturaleza la que se encuentra en crisis: es el sistema del capitalismo globalizado el que genera estas crisis, solo que las hace ver en “lo otro”, y no como propias. Las crisis sistémicas y sistemáticas ponen de manifiesto que asistimos a un

momento intelectual apasionante en la historia de la humanidad: una auténtica crisis de civilización. Y a una crisis de civilización no se le solucionan las cosas con dormir algo más.

Al fin y al cabo a una inmensa franja de la sociedad que vive en la pobreza, incluso en la miseria; a una franja grande de la población que vive subalimentada y con muy serias dificultades para conseguir trabajo o conservarlo; a grandes grupos humanos perseguidos por grupos armados –legítimos o ilegítimos– para quitarles la tierra y desplazarlos; a ingentes cantidades de seres humanos que viven sin la esperanza y en el día a día, por ejemplo, no se les puede pedir con responsabilidad que duerman una hora más.

Después de todo, como con acierto ha sostenido Leonardo Boff, el principal problema medioambiental en países como los de América Latina se llama pobreza. Y la pobreza es, claramente y de lejos, el principal problema medioambiental del mundo contemporáneo. La pobreza y la inequidad. Y sus vástagos: la violencia y el sufrimiento.

Una noche de sueño plácido no puede ser el punto de partida. Por el contrario, es el resultado de profundas transformaciones del sistema de civilización en el que hemos vivido.

Crisis y ciencia (o filosofía). El caso de Francia

Desde luego que el mundo no está hecho de consensos y mucho menos de unanimidades. Manifiestamente que el mundo no es llano ni plano y que, por el contrario, lo definen montañas, peñascos, abismos y playas. Naturalmente que los seres humanos no son ángeles ni demonios, sino ambas cosas a la vez, en una mezcla que es el resultado de las variaciones del tiempo y de los avatares.

Vivimos tiempos turbulentos, y la predicción a mediano y largo plazo se hace cada vez más difícil. Tan solo, en el mejor de los casos, funciona la predicción a corto plazo; y cuanto a más corto plazo, mejor.

Los titulares de prensa presentan noticias aciagas, y la salud mental es un mal endémico que galopa entre noticieros, páginas web,

comentarios llenos siempre de doxa con pretensión de sapiencia, en fin, un aire de desazón, desasosiego y pesimismo contamina los aires que respiran los humanos.

Algo de apocalipsis se ventila en más de una mente, y cada quien trata de ajustarse lo mejor que puede a lo que acontece, mientras sucede lo del instante siguiente. Las crisis se entretejen de múltiples maneras y las organizaciones e instituciones diagnostican y sobre-diagnostican el presente de formas cada vez más variadas.

Un caso notable es Francia, con los ataques recientes por parte de uno de los engendros de la propia civilización occidental, el Estado Islámico. (“Así paga el diablo a quien bien le sirve”, solían decir las tías y las comadronas no hace mucho tiempo). Todo el mundo occidental se solidariza con el país de la Ilustración, la Enciclopedia y la Revolución política de la burguesía. No podía ser de otro modo.

Pues bien, vale la pena fijar la mirada en una de aquellas ventanas pequeñas para la inmensa mayoría de la sociedad. De acuerdo con una prestigiosa revista científica –*Science*, uno de esos íconos del saber, la ciencia y el descubrimiento–, el principal centro de investigación científica, aquel que reúne acaso a los mejores cerebros del país galo, ha decidido responder de manera creativa a los ataques y la crisis, a los peligros de securitización de la democracia y militarización de la política, dos peligros por los que se deslizan espíritus rancios y peligrosos.

El CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) ha tomado una decisión –colectiva–. Se trata de pedir a científicos y académicos, a investigadores y pensadores, a filósofos y escritores luces. Luces que permitan comprender lo que está sucediendo, pero particularmente luces para entender qué puede suceder a continuación.

La noticia se encuentra en el sitio www.sciencemag.org, y afirma que es necesario un esfuerzo interdisciplinario para comprender el momento presente. En otras palabras, la comunidad pensante

entiende que el asunto no puede ni debe quedar en manos de los tomadores de decisión (*decision-makers, horrible dictum*), manifiestamente no únicamente en manos de comités de crisis y, por tanto, tampoco principalmente en manos de fuerzas de seguridad y agentes del Estado.

Científicos, académicos y pensadores de toda clase deben poder contribuir a la más apasionante y difícil de las tareas de la existencia: comprender el mundo, entender las cosas y lo que acaece. Como es sabido en buena ciencia, una predicción es tan solo el valor agregado que resulta de una buena comprensión, de tal suerte que solo quien comprende bien puede alcanzar, por derivación, una cierta capacidad predictiva.

La buena ciencia ya no predice, en contraste con la ciencia clásica, el modelo de la ciencia *normal*. Por el contrario, la buena ciencia de punta –como por lo demás la buena filosofía, dicho en *passant*–, se plantea hoy por hoy desafíos de mayor envergadura: comprender los procesos, los fenómenos, las dinámicas en curso. En tiempos en los que los ritmos se precipitan unos sobre otros, y en los que la información y los datos galopan desbocados.

Desde luego que existen críticas hacia Francia, en muchos órdenes y con numerosas razones. No se trata aquí de tomar partido en términos de culpables y/o inocentes. El mundo se ha tornado magníficamente más complejo. Después de todo, Francia –análogamente a cualquier otro país o nación– es tan solo un gran nombre, una gran palabra.

El comportamiento del CNRS, en cabeza de su presidente Alain Fuchs, es anodino en cualquier país del orbe. No son conocidos otros casos, ni en Estados Unidos ni en Rusia, ni en Brasil ni en la China, por mencionar tan solo, caprichosamente, algunos ejemplos conspicuos, de que el máximo órgano de ciencia e investigación convoque públicamente a los más educados y formados de los ciudadanos a

participar con sus herramientas específicas: pensamiento y reflexión, crítica y análisis, síntesis e imaginación, en fin, experimentación y juego a pensar su país, y con él, lo que acontece en el mundo.

Un verdadero ejemplo que señala, dicho sin pasiones, que la Ilustración no ha fenecido del todo, ese movimiento social e intelectual que tenía como uno de sus epítomes el llamado a que cada quien sepa y piense por sí mismo: *¡Sapere aude!* (Atrévete a saber). Una idea que en tiempos de mera opinión, de adoctrinamiento e ideologías variopinto suena de lo que fue también en su momento: un grito de rebeldía y revolución, un gesto de autonomía e independencia de *critério proprio*.

¿Alain Fuchs? Un gran desconocido para el gran público. Químico experto en simulaciones moleculares. Al fin y al cabo, hay que decirlo, la química es en el mundo actual la más social de todas las ciencias sociales; si no, basta con mirar, literalmente alrededor nuestro: desde la mesa en que comemos o escribimos hasta las paredes que nos rodean y mucho más allá. Y la simulación: esa forma particular de hacer ciencia en el siglo XXI, y que supera con mucho a la ciencia normal. La simulación (¡que ni siquiera el modelamiento!), esa expresión tecnológica de aquella condición sin la cual absolutamente nadie puede llamarse a sí mismo investigador ni científico en el mundo actual, a saber: la capacidad para llevar a cabo experimentos mentales y jugar con la imaginación.

Sin eufemismos: la imaginación, la más exigua de todas las herramientas sociales y culturales en tiempos de zozobra. Pero, al mismo tiempo, la más vital de las formas de pensamiento de un sistema vivo.

Los cuatro demonios del hiperconsumo

Está claramente identificado: una de las razones –causas– de la crisis sistémica (crisis del medioambiente, crisis financiera, crisis social, etc.), es el hiperconsumo. El cual consiste, para decirlo de manera puntual en una dúplice característica. Del lado de los productores, la producción deliberada y estratégica de productos de ciclo corto de duración. Y del lado de los consumidores, en el consumo como forma de vida, estándar de vida y estilo de vida; tres cosas diferentes que, en este caso, coinciden y se refuerzan. Ambas características conforman la esencia del capitalismo; o el sistema de libre mercado. Aunque ellas no agotan, en manera alguna, los fundamentos, alcances y fines del capitalismo.

En una semblanza apocalíptica, debemos identificar a los cuatro demonios (jinetes) del hiperconsumo. Estos son:

- *La publicidad.* En realidad, la publicidad y la propaganda bombardean permanentemente, notablemente a través de los grandes canales y medios de comunicación y en todas sus formas, la necesidad de consumir –adquirir, poseer, exhibir– los productos anunciados. Productos o servicios; espacios o experiencias. Desde un producto determinado hasta un viaje o sistema de vacaciones y demás. Aun cuando los especialistas lo niegan a puño cerrado, la publicidad y la propaganda consiste en la creación de necesidades. Y estas apuntan hacia y se fundamentan en la idea fundamental del capitalismo: el crecimiento de la economía como el crecimiento mismo del consumo.
- *El diseño industrial.* El diseño industrial –que nace a mediados del siglo xx, pero precedido desde algunos desarrollos de finales del siglo xix– constituye uno de los pilares del sistema de libre mercado. El diseño industrial precede y funda, al mismo tiempo, a otros tipos de diseño: gráfico, textil, arquitectónico, de moda, y otros. Dicho de manera franca y directa, el diseño conduce hacia la apariencia, acabado, “bonitura” y atracción formal del producto, el servicio o la experiencia. Son numerosos los productos que son líderes en el mercado simple y llanamente por su diseño. El diseño industrial contribuye activamente a la creación de necesidades a partir de la pura representación externa del producto.
- *El mercadeo.* Uno de los fundamentos del capitalismo es el mercadeo (o marketing), en todas sus expresiones y

variantes. Y este se ha venido desarrollando en términos de segmentación y especialización de sectores de la población. Literalmente crea estilos de vida, estéticas, comportamientos, valores y expectativas orientadas todas hacia el consumo activo y al crecimiento de la economía. No es posible ninguna empresa en el capitalismo que no esté sólidamente fundada en campañas de mercadeo, imagen, fidelización del cliente y demás.

- El *sistema de crédito*. El sistema de crédito es el resultado del sistema de reproducción ampliada que caracteriza al capitalismo, y cuyo estilo de vida está volcado hacia la producción de deseos y promesas, sostenidos y garantizados por el sistema de crédito. Ya sea en la forma de las tarjetas de crédito o en el sistema del “pague ahora y lleve después”, el sistema de crédito es una de las caras de la moneda cuya contracara es el sistema de riesgo, uno de los pilares del capitalismo financiero. El sistema de crédito es, literalmente y sin exageraciones, venderle su alma al demonio: la cosa comprada se paga varias veces más por encima de su valor real, y los intereses de pago desbordan con mucho el valor efectivo de la cosa adquirida.

Pues bien, estos cuatro demonios conforman un solo cuerpo, una hidra de cuatro cabezas, cuya finalidad consiste en crearle necesidades a los seres humanos; necesidades que, bien pensadas las cosas, ellos no requieren en absoluto. Literalmente: antes que satisfacer necesidades básicas, el capitalismo consiste en una generación de necesidades, artificiosas.

La creación de necesidades falsas, ficticias, no es otra cosa que el encadenamiento y la opresión, la atadura y el esclavismo. Nunca fuimos, en toda la historia de la humanidad, tan serviles y tan esclav-

vizados como bajo la égida de estos cuatro demonios del capitalismo. Desde el punto de vista de la dependencia material (= *commodities*, mercancías), el capitalismo constituye el epítome del encadenamiento y la cosificación del mundo y de la vida.

En efecto, hay gente que no vive: solo vive para trabajar (y eso no es vida), y trabaja para pagar las deudas, y consumir. Un sistema que reduce a la gente a estas condiciones no merece una segunda oportunidad sobre la tierra. Más allá de ideologías, banderas y filosofías, en esto exactamente consiste un sistema de derechas. En generar necesidades que la gente no necesita.

La verdadera libertad, la verdadera autonomía e independencia es muy fácil. Consiste, simple y llanamente, en saber qué queremos y qué necesitamos. Y la inmensa mayoría de las cosas que el mercado, el diseño, la publicidad y los sistemas de crédito ofrecen no son otra cosa que delirios y fantasmas, fantasías y tentaciones, promesas de falsa felicidad. Fausto y Mefisto, Belcebú y Baal Zabun. Luzbel y Damián y Kalifax; y tantos otros nombres. El capitalismo es un sistema demoníaco.

Son muchas y permanentes las tentaciones que el sistema de libre mercado nos ofrece para hacernos creer que somos libres y que la vida consiste en consumir. La traducción filosófica del capitalismo es la de un sistema de representación y el dominio de la apariencia. Apariencia y forma, los lenguajes de los cuatro demonios que encadenan a la existencia. O como lo dice algún filósofo francés, el capitalismo convierte a los seres humanos en máquinas deseantes. Desean las cosas, desean los productos que otros consumen, en últimas, desean los deseos de los otros. Con lo cual el capitalismo se revela como un sistema esquizofrénico, generador de esquizofrenia a escala masiva.

En contraste, la salud comienza por los límites del hiperconsumo y atraviesa, de manera necesaria, por ese terreno. La salud in-

dividual como la colectiva, la de la sociedad como la de la propia naturaleza.

Todo lo cual nos conduce, por otro camino, al reconocimiento de base, en buena economía, según el cual, una cosa es el crecimiento económico y otra muy distinta el desarrollo económico. Y que una cosa es el crecimiento del mercado, y otra muy diferente el desarrollo humano. Hasta el punto de que el crecimiento de la economía generalmente va acompañado de una reducción de la calidad y la dignidad de la vida. Y el afán del sistema por hacer que crezca la clase media y se consolide es al mismo tiempo el reconocimiento de que esta clase se endeuda y adquiere ritmos de vida —esto es, ritmos de consumo— que terminan por devorar a los individuos.

Más no es mejor (*more is not better*). Y el tema de base se convierte entonces en la clase de vida que sabemos que queremos, o que sabemos que podemos llevar. Es cierto que vivir en el capitalismo requiere disciplina y fortaleza. Disciplina económica y financiera, por decir lo menos, y fortaleza mental y carácter. Cosas que, como ha sido dicho con acierto, no existen, pues todo ha terminado por volverse líquido, en pensamiento débil, en la vida medida por el salario para el consumo. Falso bienestar, conciencia enajenada.

Pues bien, aún mayor fortaleza y disciplina se requerirá para superar el capitalismo. O lo que es equivalente, más vitalidad se requerirá y, a la vez, será posible con la eventual superación del sistema de libre mercado.

En fin, el reconocimiento y el rechazo del hiperconsumo. Un tema de la mayor complejidad.

De ciencias políticamente incorrectas

Lo dicho: hay ciencias políticamente incorrectas. Se trata de aquellas que son molestas para las buenas conciencias –conciencias sumisas e institucionalizadas–, y para el buen orden y desarrollos de las cosas sin sobresaltos. Es decir, todo lo contrario a la ciencia en general, *strictu sensu*.

La ciencia supone e implica a la vez una actitud bien determinada, a saber: la crítica. Crítica a los saberes establecidos, a los saberes circulantes, a los supuestos no explicitados, a los implícitos acomodaticios, en fin, a la autoridad sin más. Desde Sócrates hasta Descartes, desde Husserl hasta la Escuela de Frankfurt, por mencionar tan solo algunos pocos ejemplos conspicuos, al azar. Un científico reconocido

–F. Dyson– lo dice de manera franca y directa: “El científico es por antonomasia un rebelde”. Claro, supuesto que se habla de quien se mueve en las fronteras del conocimiento, y hace de la innovación, en el sentido al mismo tiempo más amplio y fuerte de la palabra, un asunto propio, una forma de vida.

Por regla general, las ciencias políticamente incorrectas entran en el conjunto de las ciencias sociales y humanas; no tanto de las ciencias llamadas clásicamente naturales y exactas. Ejemplos diáfanos de estas ciencias molestas para la “conciencia política normal” son: la sociología, la antropología, la historia, la estética. La bibliografía acerca de las razones por las cuales cada una de ellas es molesta para las buenas instituciones es amplia y sugerente.

Detrás de cada sociólogo, se decía y se dice, viene un revolucionario. La antropología fue siempre el estudio de lo extraño, diferente, ajeno y exótico; pero no es ya necesariamente de lo controversial “allá”, sino “aquí mismo”. Dentro de las áreas más escandalosas de la antropología, con seguridad se destaca la antropología política, pues usualmente predomina la imagen de la antropología cultural y la física, principalmente. La historia ha sido objeto de amplios debates, todos centrados en el interés por cooptarla versus la crítica a esa cooptación. Ya la historia monumental ha quedado relegada a lugares muy secundarios, y el eje de todos los debates pivota en torno a la historia contemporánea y a la crítica en torno a los mitos fundacionales. Por su parte la estética, como señala con acierto J. Rancière, produce un profundo malestar; la razón es que ella ya no se ocupa exclusivamente del arte, y ciertamente lo bello es solo uno de sus intereses.

En realidad, sin embargo, estas cuatro ciencias o disciplinas (para el caso su clasificación es irrelevante) constituyen solo la avanzada de ese conjunto molesto de las ciencias sociales y humanas.

Hacer ciencia es, en efecto, una cuestión muy difícil en un medio como el nuestro. La razón principal no estriba en su financiación,

en la conformación de redes nacionales e internacionales, en la importancia del bilingüismo, en la publicación de artículos en revistas de alto impacto internacional o en la existencia o no de laboratorios, al lado de bases de datos y demás. Todo aquello es ciertamente importante, no cabe duda. Pero la dificultad de hacer ciencia es porque esta demanda de entrada y permite de salida un espíritu libre, crítico. Algún teórico de la ética y la política podría incluso hablar de “democracia radical” al respecto. En contextos de miedo, de violencia sistemática y sistémica, de ideología y adoctrinamiento, hacer ciencia es un asunto extremadamente complicado. Pues lo de la ciencia no consiste ni se reduce a herramientas y a técnicas, sino a estructuras de pensamiento y a formas de vida que se traducen en acciones y palabra abierta.

La división de las ciencias, la errónea creencia de que existen campos, áreas y tradiciones disciplinarias específicas le hace un flaco favor a la formación ciudadana en ciencia y tecnología. La ciencia de punta hoy en día es de carácter no disciplinar. Es lo que genéricamente se designa como inter, trans y multidisciplinariedad y que corresponde en realidad al trabajo integrado, horizontal y mutuamente participativo entre ciencias y disciplinas diferentes con base en los problemas: problemas identificados, problemas de trabajo. Léase bien: problemas, y no ya hipótesis.

En verdad, las ciencias políticamente incorrectas enseñan a tomar distancias con respecto a las reglas y recetas, las normas y las costumbres, el sentido común, la autoridad, el poder y la fuerza. Que son, todos, o bien acrílicos, o confesionales y sumisos a intereses ajenos a la propia ciencia y disciplina. Las querellas más agudas incumben a estos grupos de ciencias y disciplinas, y difícilmente a las ciencias de la computación, la química o la biología, por ejemplo. Querellas teóricas que implican acciones reales en el mundo.

Sin embargo, el tema no se queda únicamente del lado de las ciencias sociales y humanas. Más radicalmente, el pensamiento abstracto constituye un motivo de sospecha y de desprecio por parte de las buenas conciencias. Pues bien, los tres ejemplos destacados de pensamiento abstracto son la lógica, la matemática y la filosofía. El colombiano normal ha sido habituado, por múltiples mecanismos y actores, a creer que todo debe ser concreto, aplicado y servir para algo. No en vano la inmensa mayoría de profesionales en Colombia son: administradores, ingenieros, médicos y abogados. Pues bien, estos son en realidad oficios: un oficio es aquello que la gente hace, y lo hace (muy) bien. Una profesión, por su parte, consiste en saber hacer alguna cosa. Y la ciencia, finalmente, es una reflexión, una crítica, una fundamentación o una transformación tanto de los oficios como de las profesiones. Y todo ello implica un espíritu de radicalidad, en el sentido filosófico de la palabra. Baste recordar, por lo demás, que en toda la historia de la humanidad jamás ha habido ni un solo lógico que haya sido partidario de regímenes verticales, dictatoriales, violentos o excluyentes en toda la línea de la palabra. Por el contrario, los lógicos siempre han sido críticos de la normalidad y la verticalidad en toda su extensión. (Con respecto a la filosofía, recuérdese cómo las AUC, por ejemplo, prohibieron en una importante universidad de un departamento de la costa la enseñanza de la misma. En este caso, el malestar que produce consiste en el ejercicio y el llamado a la reflexión, que es crítica).

¿La ciencia, he dicho? El panorama puede ser más amplio y sin ninguna dificultad compete igualmente a la poesía y, por derivación a la literatura. Los espacios que ha ganado la poesía se han logrado al costo de un distanciamiento con respecto a valores, principios y criterios como eficiencia y eficacia, maximización y optimización, entre muchos otros. Es, por antonomasia, el espacio de la libertad del espíritu.

En los tiempos que corren de las llamadas locomotoras (un símil típicamente decimonónico, por lo demás), la más atrasada es la de ciencia y tecnología, algo que ya ha sido reconocido por Tirios y Troyanos. El énfasis parece ponerse, como es efectivamente el caso, en herramientas e instrumentos antes que en estructuras y procesos. Y es que hablar de ciencia y tecnología implica, de entrada el claro reconocimiento de que no existen jerarquías de ciencias y conocimientos, y que, como todo buen organismo, el desarrollo es global e integrado. ¿Dónde está el espacio para la música, por ejemplo? Lo que quiere priorizarse es aquella “ciencia” de impacto inmediato y directo: efectista, como el mal cine.

La formación de opinión: el ejemplo de J. C. Mariátegui

Los artículos y columnas de opinión cumplen varias funciones. Por ejemplo, sirven como arma de denuncia, y entonces van acompañados de datos y valor sólidos. O bien están orientados a tratar, por razones de espacio, un tema puntual, de manera autocontenida. Dependiendo del origen del medio, se ocupan de asuntos locales, siempre importantes, o bien de temas de envergadura nacional o mundial. Incluso, en ocasiones, sirven para plantear gustos propios, posturas personales, comentarios con carácter líquido.

Pero, de otra parte, los hay que redundan en la opinión y sirven solo para exaltar la doxa, que como decía Descartes, es la cosa mejor repartida en el mundo; a saber, el sentido común. Que es, política y culturalmente hablando, siempre, el fundamento de las derechas y

los fundamentalismos. Claro, cuando no se ocupan esos artículos y columnas de posturas pseudo-intelectuales. Que las hay de aquellos opinadores que gustan mirar sus textos como la imagen de sí mismos en un espejo.

Aunque, los más valiosos son siempre aquellos artículos y columnas que, en el sentido primero de la palabra forman opinión. Por consiguiente, están ambientados en posturas críticas, en un sano sentido de autonomía e independencia. Y sin bajar la cabeza ni ante Tirios ni ante Troyanos. Hacen más, mucho más, que simple análisis de la realidad o de un acontecimiento.

Hay una figura que en la historia de América Latina fue esencial y que funge como sedimento de la cultura misma. El intelectual. Algo que ya hoy en día no existe; o en muy poca medida.

Nombres como Mariátegui y Estrada, Reyes y Enríquez Ureña, Ingenieros y Arguedas, D. Sarmiento y Arévalo Martínez, Vasconcelos y G. Belli, para no hacer una lista detallada.

Autores reconocidos más allá de su especialidad, más allá de su patria, y con un fuerte sentido de país. Autores que, por lo demás, al mismo tiempo que pensaron su territorio, tuvieron a América Latina en el foco, y fueron conocedores del mundo. Por vivencia propia.

Quisiera considerar aquí un ejemplo conspicuo: José Carlos Mariátegui, peruano (1894-1930). Y su obra cumbre: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

Mariátegui escribe el libro a partir de una serie de artículos dispersos y sin gran articulación de partida, que había publicado en las revistas Mundial, Variedades y Amauta (de la que fue su director), y en el diario limeño El Tiempo. Como lo dice el intelectual peruano: “Mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche, que no amaba al autor contraído a la producción intencional, deliberada, de un libro, sino a aquél cuyos pensamientos formaban un libro espontánea e inadvertidamente”.

La formación de opinión consiste en un dúplice movimiento, así: de un lado, se aportan elementos de juicio fundamentados y con alguna referencia a datos, en función del contexto y el tema; y al mismo tiempo, de otra parte, se busca superar los lugares comunes (=sentido común; doxa; opinión) para elevarlos, en la medida de lo posible, supuestas las limitaciones de tiempo y espacio, a un nivel de concepto.

En otras palabras, la formación de opinión es un ejercicio de reflexión, crítica e independencia con respecto a los lugares comunes. Pues, efectivamente, el sentido común, de suyo, es acrítico. Y sirve bastante poco para procesos de crecimiento, desarrollo y liberación, individual, colectivo o social. Por el contrario, estos procesos requieren, absolutamente, superar los lugares comunes de la opinión y el sentido común.

Mariátegui no cree –con razón– en la objetividad. “Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones”.

Se trata, a todas luces, de un autor comprometido con el país, con la cultura y la historia nacionales del Perú (en su caso). Y por consiguiente, ajeno a la idea (eso: ideológica, deformada) de objetividad, que acaso el positivismo y el neopositivismo trataron de imponer en algún momento. Cercenando, así, justamente, la vinculación entre la vida y la obra, entre los sueños y el mundo. Dice Mariátegui: “Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso. Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de –también conforme a un principio de Nietzsche– meter toda mi sangre en mis ideas”.

Quien fuera considerado ya en vida como el más grande ensayista y filósofo latinoamericano. Él, que nunca tuvo ninguna formación académica de fondo. Hecho a pulso y contra viento y marea: un autodidacta. A pesar de –eso sí– haber tomado varios cursos en Lima y en Italia, en Francia, Alemania y Austria y en sus viajes, pero

sin haberlos llevado nunca a feliz término. Cosa que, acaso, no lo necesitaba.

Mariátegui es un ensayista socialista, y se reclama del socialismo en sus ideas y pensamiento. “Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano”. Y agrega: “Estoy lo más lejos posible de la técnica profesional y del espíritu universitario”.

Pues bien, los *Siete ensayos* tienen, manifestamente, la génesis de artículos de periódico y revistas. Impresas en su momento; hoy podríamos decir, además, digitales. El libro, simplificando un poco las cosas, ha incorporado algunas notas de pie de página (habitualmente imposibles en artículos y columnas), y alguna que otra referencia bibliográfica.

Los *Siete ensayos* comprenden: el esquema de la evolución económica, el problema del indio, el problema de la tierra, el proceso de la instrucción pública, el factor religioso, el regionalismo y centralismo, y finalmente, el proceso de la literatura. A su vez, cada ensayo tiene un lenguaje sencillo y directo, pero crítico y juicioso. Literalmente, cada párrafo de cada ensayo es autocontenido, y es en la lectura de unos con otros que se aprecia la unidad de la obra. Y, sin embargo, “Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado”.

Artículos en proceso; ensayos vivos; pensamiento en desarrollo. Con esa salvedad: la especificidad del género “ensayo”, que fue muy bien apropiado, y hecho suyo en cada caso, por parte de los intelectuales latinoamericanos.

Con una idea clara en mente: formar opinión implica para todos ellos algo más, mucho más, que destacar asuntos locales, centrarse en facetas de su ego, o en análisis minimalistas de diverso cuño. Una labor difícil, en verdad.

Cuando existían, en el sentido prístino de la palabra, intelectuales en América Latina. Pues con el tiempo, todos terminaron convirtiéndose en empleados: públicos unos, privados otros: profesores universitarios, consultores, asesores, y demás.

Formar opinión: una expresión que se dice fácil, pero es extremadamente difícil de llevar a cabo. Debido a que la urgencia de los análisis y reflexiones de coyuntura –necesarios siempre–, no permiten una obra, pues al cabo del tiempo se vuelven textos vetustos. Mariátegui es, entre otros, un buen ejemplo de cómo lograr a la vez dos propósitos: artículos pertinentes y una obra inteligente.

Ni héroes ni comunidades anónimas

No existen países principales o secundarios, como tampoco existen comunidades centrales y periféricas, de la misma manera que existen personajes anónimos, públicos y destacados. Esta es una falacia, artificioamente montada y cuidadosamente elaborada y alimentada con claros intereses y con desconocimiento manifiestos.

La cultura, la sociedad, la historia y las naciones son exactamente eso: procesos, por consiguiente, devenires que se caracterizan por ser esencialmente incompletos, inacabados e inagotables. El tipo de comprensión y explicación de los procesos no son las descripciones de cualquier tipo, sino, mejor aún, los relatos y las narraciones. (Esto es algo que ha quedado en claro incluso desde la física; con tanta mayor razón entonces para las ciencias sociales y humanas).

Una cosa es la “historia oficial” –de una sociedad, una comunidad o una persona–, y otra muy distinta es la historia real. Durante mucho tiempo, esta quedó subsumida a aquella. Existen (y han existido) órganos y medios que alimentan a aquella y que desplazan a esta por fuera de los focos. El resultado es el reconocimiento de temas, problemas, campos y dimensiones como personajes públicos y personas anónimas, personajes mediáticos y voces ocultas, los visibles y los invisibles, historia oficial e historias alternativas, medios de comunicación oficiales y medios alternativos, y demás.

Existe un libro lúcido, riguroso y ya clásico de J. Goody (*The Theft of History*, 2008, publicado por Cambridge University Press; traducción al español como *El robo de la historia*, Ed. Akal, 2011) que pone el dedo en la llaga. Las historias oficiales se han hecho posibles al precio de robar la memoria y la identidad, la historia y las voces, los testimonios y los horizontes de tantas otras comunidades, naciones y pueblos, tanto como de numerosos individuos. La “historia oficial” es el resultado de intelectuales oficiales, al servicio del Estado y del poder constituido de facto, cuya misión es alimentar una deformación de los relatos, y con ello, al mismo tiempo, un ocultamiento, robo y violencia simbólicos sobre tantos individuos, grupos y culturas.

Goody, profesor honorario de Cambridge y *Fellow* del St. John’s College, ha sido un antropólogo social con una obra sostenida, crítica e independiente. Muy pocos de sus libros han sido traducidos al español (lamentablemente), y representa uno de esos íconos intelectuales que descuella por su autonomía e independencia, su libertad y crítica. Una excepción (como varias otras) en el panorama intelectual.

El robo de la historia es la forma primera de violencia simbólica, para lo cual existen ejércitos especializados y funcionarios especializados, además de intelectuales, miliares y servicios de inteligencia de toda índole, dedicados a aplicar, para decirlo con el título de otro libro distinto: *El cáliz y la espada*.

Ya la *Escuela de los Anales* puso de manifiesto que no existen las historias anónimas, y que, por el contrario, son los anteriormente considerados personajes o lugares o momentos anónimos los que revelan nuevas, frescas y verdaderas luces sobre la cultura y la sociedad en general. En un desarrollo de la *Escuela de los Anales*, más recientemente, la microhistoria es ese capítulo de la historia social con dedicación a fuentes distintas de las oficiales, o bien con interpretaciones radicales por independientes de las mismas fuentes. Nombres como Carlo Cipolla o Carlos Ginzburg constituyen referentes obligados, además de otra serie de nombres algo más especializados.

Existe una anécdota, en el ámbito de la historia de la física, altamente ilustrativa en este contexto. David Bohm era un físico brillante, en su momento el mejor conocedor en el estudio del plasma. Su profesor R. Oppenheimer, entonces activo colaborador y pivote del proyecto Manhattan que habría de desarrollar la bomba atómica con sus consecuencias conocidas sobre Hiroshima y Nagasaki, solicita al coronel en mando del momento que llamen a Bohm, pues era necesario para el buen desarrollo del proyecto.

El coronel consulta con sus fuentes en Washington y al cabo de un poco tiempo le responde a Oppenheimer que Washington niega la solicitud. La razón es que Bohm era sospechoso de ideas comunistas, algo por lo cual efectivamente llegaría a ser investigado en la época del senador McArthur. La verdad es que Bohm era marxista de ideas, pero jamás fue miembro del partido comunista.

En síntesis, Bohm será proscrito y aislado, y sus clases en la Universidad de Columbia le son canceladas aunque no su contrato. Pues bien, la expresión de Oppenheimer lo resume todo: dada la inteligencia de Bohm, “si no podemos estar en contra suya, más vale echar un manto de indiferencia y silencio sobre él”.

Esta es una de las formas como, numerosas veces en la historia de la cultura, de las ciencias y las disciplinas, se tejen autores públicos y destacados sobre autores secundarios por críticos. La industria de la cultura no es ajena al tema. Y el resultado final es el abandono de la memoria oral y escrita de pueblos, comunidades, personas y culturas enteras.

Se ha dicho mil y una veces que en toda guerra la primera víctima es la verdad. Verdad no es un poder o un punto de partida o una adquisición. En historia como en epistemología, en lógica como en filosofía, en política como en antropología, verdad es un premio y una conquista, un logro y una victoria. Con una observación fundamental: “verdad”, como “historia” son fenómenos y procesos, exactamente como la vida misma, que se juzgan y valoran, al cabo; esto es, en el largo plazo. Historia como *longue durée* (Braudel), vida como develamiento de los ocultamientos y los robos, de las evidencias y las interpretaciones.

Ya lo decía Nietzsche: la filosofía es una mujer que nos quiere valientes y guerreros y a esos los prefiere. Los conflictos, debates y discusiones acerca de las historias oficiales y las historias anónimas o aún-no-develadas es la historia misma de guerreros (en sentido nietzscheano) cuyo valor se mide al cabo. Al fin y al cabo, las historias oficiales están hechas para el corto plazo, son inmediatistas y efectistas, en toda la línea de la palabra. Esta es la historia que Nietzsche llamaba “monumental”. Que, al cabo del tiempo, acaso termina por ser derrumbada, literalmente. La historia subterránea, las historias mal llamadas anónimas, la microhistoria, las historias reales y verdaderas –alternativas– son maratonistas, fondistas, de largo aliento. Exactamente como la vida ante los avatares, exactamente como las comunidades ante las tragedias.

Solo que no existe, jamás, ni en un sentido ni en otro, una garantía ni seguridad definitiva de una vez y para siempre. Precisamente por ello, las biografías y las historias demandan de largo aliento, esperanza, fortaleza y mucha vitalidad. La vida, según parece, es un asunto cuyo valor solo termina de decantarse, de manera reposada, en un tiempo distinto del presente y que incluye al juego y diálogo entre las generaciones.

No existen héroes, comunidades, culturas ni sociedades anónimos, contra todas las apariencias de la historia pasada o de la historia oficial del presente; según el momento y el lugar. Al fin y al cabo, la historia es un fenómeno —en proceso, por definición— que nos lanza hacia delante, al mundo de los horizontes y las posibilidades, de las esperanzas y del optimismo.

¿CÓMO
ES

UNA CULTURA
DE DIÁLOGO?

La dificultad de ser veraces

Digamos la verdad: la vida social no se hace (enteramente) posible con base en la verdad. Por el contrario, la vida social implica la mentira y el engaño, jugar a las apariencias, y una dosis de hipocresía. A todo lo cual se le otorgan nombres eufemísticos: “diplomacia”, “sensibilidad”, “buenas maneras”, “disimulo”, y otras.

Pero el engaño y la mentira existen en la naturaleza. En rigor, son estrategias de supervivencia. La practica el camaleón evitando depredadores cercanos o potenciales, o el tigre cuando disimula sus pasos con cautela en una caza futura, por ejemplo. Ya lo decía Heráclito, el oscuro de Éfeso: “A la naturaleza le gusta ocultarse” (*physis kbryptesthai philei*, frag. 123). La naturaleza es latente, no patente, y

la tarea nuestra consiste en desvelarla, descubrirla. Que es lo que posteriormente dará lugar a la verdad como *aletheia*, un motivo que será caro para Heidegger: *a-letheia*.

Es como si no fuera posible vivir en la verdad. O cuyo precio fuera demasiado elevado. Ser francos y espontáneos –como los niños, acaso–, ser directos y sinceros, decir lo que verdaderamente pensamos y creemos, y cómo percibimos naturalmente el mundo y las cosas: todo ello son hazañas prácticamente imposibles.

Claro, a lo cual no faltará algún profesor de ética, o una abuela llena de bondad, que digan algo como: “pero hay maneras de decir las cosas”, para indicar que, en resumen, podemos y debemos emplear “mentiras blancas”, “verdades a medias”.

Ya lo decía mi padre: “Hijo, di la verdad; pero no toda la verdad”. Hombre sabio y prudente, resultado de una larga experiencia de vida y mucho buen humor negro.

El dilema que plantea Kant es bastante conocido entre especialistas: Si un ladrón (o asesino) que viene persiguiendo a alguien nos pregunta si hemos visto a esa persona: ¿deberemos responder con la verdad, o podremos mentir? Si decimos la verdad, seremos culpables de lo que le suceda a quien el ladrón o el asesino persigue. Pero si mentimos estaremos faltando a algún mandamiento, a algún sentido moral fuerte, acaso a los valores más profundos que alguna vez nos inculcaron.

Existe una película, ya clásica (1993) a partir de un hecho real: *En el nombre del padre*, de J. Sheridan que pone, con otro acento, el dedo en la llaga.

En rigor, los griegos antiguos no sustantivaban “la” verdad. En la Grecia arcaica ni siquiera se usaba la expresión “x dice la verdad”. Por el contrario, naturalmente se decía: “x dice verdad”, o “Y no dice verdad”. La sustantivación de “la” verdad es el resultado de la decadencia de Grecia, el triunfo de Roma y la conjunción con el judaísmo.

En lo sucesivo, durante 2500 años se hablará, en todos los idiomas mayores como de “la” verdad.

En efecto, en la Grecia antigua, como por ejemplo lo pone de manifiesto Platón, “verdad” es el resultado de un encuentro, de un debate, de un ejercicio dialógico, al cabo del cual, si acaso, se llega a descubrir lo que sea “verdad”. En otras palabras, en la Grecia antigua “verdad” no era un punto de partida, sino un punto de llegada, si acaso.

En marcado contraste con la civilización occidental, cuando “verdad” se la plantea como un punto de partida. Literalmente, se ha producido una inversión de todos los valores, y en este caso de “verdad”.

Los asuntos de supervivencia, en toda la línea de la palabra; los temas de sociabilidad (“insociable sociabilidad”, solía decir el viejo Kant que del asunto mucho sabía), en fin, ir por el mundo con los múltiples y variables roles que constantemente debemos desplegar y asumir, todo ello implica saber jugar el juego de las conveniencias y las apariencias, de la diplomacia y del engaño, de las verdades a medias y los ocultamientos propicios.

Pues de lo contrario, el asunto se convierte en herir o maltratar a los demás; pasar un momento hartado o desagradable; o incluso arriesgar alguna situación importante (trabajo, amores, amistad, negocios, etc.).

Según parece, más vale ser plausibles que veraces; y pasar más por diplomáticos que por sinceros. La cultura humana nos ha convertido, decía Nietzsche, en piezas moldeables, animales dóciles, enfermos morales. Gregarios, decía el filósofo alemán. Una expresión elegante para una situación lamentable en términos de dignidad humana.

En las guerras, lo hemos aprendido desde siempre, la primera víctima es “verdad”. La más frágil y vulnerable. Es que sobrevivir se convierte, a veces, en una tarea que se impone por encima del hecho o la posibilidad de ser veraces. Sobrevivir con los amigos; sobrevivir en

el trabajo; sobrevivir en medio de la violencia. Ante la exigencia absoluta de la supervivencia, “verdad” es un lujo; y son siempre primero los lujos de lo que nos deshacemos en condiciones de precariedad. Así las cosas, la existencia misma se escinde de (la) verdad, y al cabo, terminamos enfermos o locos.

Me contaba hace poco un amigo alemán que hay países —en África como en el Oriente medio— en los que por orden del Estado, o sencillamente por regla cultural, no se habla, absolutamente para nada, de los vejámenes que se han sufrido. Las víctimas callan y niegan así la historia de dolor acontecida. Y esta situación se aprende de una generación a otra, y de una región a la siguiente. Lo cual, sin ambages, conduce a la locura total. Una locura colectiva e institucionalizada. En otras palabras, un estado o una sociedad moral y filosóficamente fallida, fracasada.

Los totalitarismos y las derechas, los victimarios y los violentos siempre diluyen las verdades, las desplazan y se inventan e imponen otras. Enfermos, todos ellos. Para lo cual la historia presenta abundantes ejemplos de toda índole.

Al fin y al cabo, vivir en (la) verdad es un asunto primario: un asunto de salud, curación y sanación. En una historia enfermiza y desquiciada. Ser veraces, en fin, en un asunto tan básico, como es básica la salud misma: la nuestra y la de nuestro entorno. Debemos poder pensar, finalmente, no ya más en la enfermedad; además de políticas de salud, se impone la necesidad de una cultura de salud y la salud como una forma de vida. Algo menos difícil de lo que parece.

Autoorganización, emergencia y acción social

El orden total o cuasi-total equivale a la muerte. El orden sin más asimila los procesos y sistemas al equilibrio y, muy cerca del equilibrio, la vida cesa de existir. En contraste, como es sabido por una parte de lo mejor de la ciencia actual, lejos del equilibrio emergen procesos autoorganizativos, se hace posible la vida, en fin, nuevas redes configuran vectores y posibilidades antes insospechadas. Este lenguaje debe y puede ser traducido a la sociología, la historia y la política.

Políticamente hablando, el orden equivale al imperio de la ley –“estado de derecho”–, y sociológica y filosóficamente, se trata del triunfo del institucionalismo y el neo-institucionalismo. Con todos sus representantes, vertientes y estamentos.

La oposición, la rebeldía y el disenso constituyen elementos nutrientes de una democracia. Incluso alguien tan excesivamente conservador como K. Popper así lo reconoce abiertamente en *La so-*

ciudad abierta y sus enemigos. Con una condición: que los elementos de disenso y rebeldía sean activos y libres y no hayan sido institucionalmente cooptados, o normalizados. En Colombia prácticamente toda oposición fue eliminada, físicamente, o bien cooptada a través de los mecanismos de la democracia representativa.

Hace mucho tiempo, en medio de una historia de estado de excepción normalizado, del que emerge el paramilitarismo y sus distintas facetas hasta llegar actualmente a las bandas criminales (bacrim) (=más de lo mismo), los sindicatos fueron neutralizados y cooptados por el sistema, las organizaciones estudiantiles fueron suprimidas o su acción fue altamente delimitada, los partidos de oposición fueron neutralizados y mantenidos “en sus justas proporciones” (para citar las palabras de un nefasto expresidente), en fin, las guerrillas fueron eliminadas o conducidas a aceptar “un mal arreglo antes que un buen pleito”.

Digámoslo en una palabra: la acción colectiva fue perseguida y prohibida, golpeada y cooptada. Hasta el punto de que es preciso tener autorización de la autoridad competente, según el caso, para llevar a cabo una manifestación. No sin cinismo, mucha gente prefiere concentrarse, antes que movilizarse. La acción colectiva en Colombia ha sido, en el mejor de los casos, reducida a las redes sociales, lejos, muy lejos de las calles.

El movimiento campesino ha sido fuertemente golpeado, y la minga indígena parece no haber alcanzado el oxígeno suficiente, en un país en el que los indígenas jamás han logrado ser protagonistas de una historia social. En contraste con otros países del subcontinente.

En estas condiciones, la protesta social ha quedado reducida al marco de los defensores de derechos humanos, algunos intelectuales, alguna denuncia periodística –supuesta la autoedición– y unos cuantos artistas, siempre algo marginales. Ocasionalmente, se aprecian las protestas de la comunidad LGBTI. Existen múltiples pequeños movimientos aquí y allá de diversa índole, pero todos se encuentran, a la fecha, desagregados.

Vale recordar: no hace mucho el principal asesor de un expresidente escribió –y se puso en práctica– que los enemigos del Estado son: en primer lugar los guerrilleros y los auxiliares de la guerrilla; luego también, las ONG, principalmente las defensoras de derechos humanos; y finalmente, los intelectuales y académicos.

Pues bien, es, más o menos, en este marco que se entienden las pujas, cada año, en las negociaciones en torno al salario mínimo. Más la imposición de fuertes políticas fiscales, los programas económicos, en fin, la neo-institucionalización del país, en toda la línea de la palabra, para no hablar de la privatización de los (últimos) bienes del Estado.

La protesta social y la acción colectiva son en Colombia, según todo parece indicarlo, cosas del pasado. O por lo menos esa es la idea que se quiere presentar desde los grandes medios de comunicación. Porque la verdad es que movilización hay; y protesta también existe.

La protesta social y la acción colectiva pueden ser dichas de dos maneras, así: de un lado, es el derecho a la rebelión. Y de otra parte, es la forma misma de unión y defensa de los sin-voz, los invisibles, los marginados, los pobres.

Hubo una época en que algunas iglesias tomaron la vocería por estas mayorías. Hubo momentos en que algunos partidos políticos les dieron la mano. Pero hoy día ellos siguen careciendo de voz, siendo invisibles, marginados y excluidos. Todo, en un país históricamente fracturado e inequitativo. La defensa de los excluidos es un tema de ética tanto como de política, y la historia no es ajena al tema. De ética, por cuanto es un tema de humanidad; y de política en cuanto se trata del reconocimiento de que los dramas personales son fenómenos comunes que competen a todos.

Con razón sostiene A. Camus en *El hombre rebelde* (1951) que cada época histórica tiene una forma distinta de rebelión. Ese libro, ya hoy clásico en el que el autor francés estudia las formas de rebeldía o

rebelión en los últimos doscientos años. Correspondientemente, las formas de rebelión habidas en la historia del país no serán, jamás, las mismas en el futuro. No tanto por determinismo histórico, sino porque el mundo ha cambiado y con él, el país. Con el paso del tiempo, los agentes sociales han cambiado, y las formas de organización que ayer fueron posibles hoy parecen no ser ya necesarias.

Nuevas formas de organización social, nuevas formas de acción social, nuevas formas de protesta y acción colectiva serán posibles en un futuro razonablemente previsible. Aun cuando, al parecer, nadie las avizora claramente en el presente inmediato. El drama de la sociedad es que el presente de la política no es nunca linealmente compatible con la historia como medida de largo plazo.

Dicen los analistas que se requieren formas imaginativas de acción y de organización, nuevos lenguajes, nuevas formas de comunicación y acción. Seguramente es cierto. Pero mientras no tengan vida orgánica, se trata de palabras que se las puede llevar el viento.

Hacer visibles a los invisibles, darles voz a los sin-voz, lograr dignificar a los marginados y excluidos, en fin, combatir la pobreza en todas sus formas es un asunto de humanidad tanto como de orden político. Se requiere una acción imaginativa, o bien decisiones radicales e inesperadas. Mientras tanto, en una parte del mundo, aparecen los indignados. Todo parece indicar que existe un vaso comunicante directo entre la indignación y la rebelión.

La rebelión y la disidencia, la oposición y la lucha por el cambio: con todo ello se trata de una sola cosa. Contra quienes son partidarios del orden, que han sucumbido ante el peso de lo real, se trata de aquellos individuos que sueñan por un mundo mejor, por una vida diferente, por un horizonte distinto. Y nada nos hace más humanos que soñar que las cosas pueden ser mejores, o diferentes. Pero los sueños se alimentan de ideas.

E. Snowden, el hereje de nuestros tiempos

Las herejías han sido tradicionalmente anatematizadas: prohibidas primero, proscritas después, al cabo, si se puede, eliminadas. El concepto de herejía fue una creación del Concilio de Nicomedia en el año 317 d.e.v., y se define de cara a un dogma de fe, una verdad oficial: la ortodoxia. Esta se traduce en esa forma de vida que es la normalidad y que se concibe como el *statu quo*.

Frente a la ortodoxia, regularmente han emergido diversas heterodoxias. Las herejías han tenido figuras prominentes en la historia. Y el nombre adecuado para los mismos es el de heresiarca. Pues bien, Snowden es el heresiarca de nuestra época.

En efecto, las revelaciones —parciales hasta la fecha, pues es evidente que aún posee numerosa otra información— acerca del espionaje

a gran escala por parte de la NSA han producido diversas reacciones. Y la primera y más evidente de todas es el decrecimiento de los ciudadanos en el gobierno mundial de los EE. UU., y de consuno, la pérdida de confianza y credibilidad en los gobiernos nacionales. Pues en muchas ocasiones: a) estos han contribuido con sus propios organismos de seguridad e inteligencia a los espionajes; b) una vez que se han producido las denuncias permanecen sin hacer absolutamente nada. Literalmente.

Snowden ha desenmascarado la religión de Estado, o lo que es equivalente, el Estado como religión. Pues en la sociedad de la información y del conocimiento, la religión de Estado no es el catolicismo, el protestantismo o el judaísmo –para mencionar los tres casos más conspicuos–. Por el contrario, la religión de Estado es, hoy por hoy, la información: premisa de la democracia, fundamento (presunto) de la legitimidad.

La ortodoxia en cuestión de fe coincide en el plano de la episteme con la ciencia normal, y ambas a su vez en el plano político no son otra cosa que la verdad oficial. Verdad oficial a través de los órganos, los políticos y los intelectuales oficiales.

En verdad, la ciencia normal, cuyo epítome es en ciencia en general la corriente principal de pensamiento, se condensa, según el estudio clásico de T. Kuhn, en el paradigma vigente. Hasta cuando se revelan en el seno de este paradigma anomalías. Las anomalías no son, por tanto, otra cosa que rupturas, quiebres, bifurcaciones con respecto a las creencias oficiales, las verdades oficiales.

Snowden ha desvelado las mentiras de la democracia occidental en su centro mismo: la democracia como fundada en información disponible, y las consecuentes (a)simetrías de información para las tomas de decisión. Cuyo origen primigenio es la idea de: one man, one vote, que es el fundamento del liberalismo, y cuyos fundamentos filosóficos, epistemológicos y metodológicos se encuentran clara-

mente expuestos por autores como Hobbes y Locke. De hecho, toda la epistemología del empirismo y las filosofías de Locke y Hobbes son los fundamentos filosóficos mismos del liberalismo y la modernidad. Con una historia que se nutre hasta nuestros días. Y que también hasta nuestros días se malnutre.

Ciencia normal, dogmas de fe y verdades oficiales, tres expresiones distintas para un solo y mismo principio: el realismo político; el principio de realidad como vigencia, transmisión y reproducción de creencias repetidas y justificadas mil y una veces.

Hasta cuando entran en acción los herejes en la iglesia; los revolucionarios y los nuevos paradigmas en ciencia; y los desertores y críticos del poder, en política, y coinciden todos en el desvelamiento del engaño, la impotencia, la falsedad de los métodos, fundamentos y verdades.

En religión, herejías de la valía de los cátaros; en ciencia, revoluciones como la de Galileo y Newton; y en política —en el sentido más amplio y fuerte de la palabra—, en nuestros días, esa figura eximia que es E. Snowden. “Jamás querría vivir en un país que espía y controla a sus propios ciudadanos”, fue una de sus primeras declaraciones cuando recién se supo sobre sus denuncias. Pues, manifiestamente, el espionaje y el control significan la falta de confianza y el esclavismo informacional.

Porque esa información sobre los ciudadanos es información que se procesa y acumula para emplearla cuando y como sea conveniente a los intereses de los poderes.

Razón tiene Obama: han sido sus subalternos los que han llevado a cabo esos espionajes. Son subalternos en el organigrama únicamente, pues es evidente que son el poder mismo. La diferencia primaria entre Estado y gobierno; entre Estado y administración.

Las herejías, sin embargo, no han sido totalmente acalladas. Como tampoco las revoluciones científicas. Por el contrario, las he-

rejías han cumplido el muy destacado papel de servir de focos de luz a las falsedades y debilidades de los poderes establecidos.

Desde al adamismo hasta los Wiclefitas; desde Arriano hasta Lutero, por ejemplo. En un plano. Y en el otro, desde Giordano Bruno y Galileo, hasta las ciencias de la complejidad, en numerosos campos del conocimiento.

Los herejes y las revoluciones científicas despiertan a las sociedades del letargo y las obviedades, de las falsas creencias y los dogmas. Introducen auténticas bifurcaciones en la historia, y quiebran en todos los casos el determinismo. Esto es, la creencia de que es el pasado el que da sentido al presente; o que es el presente vigente sin más el que determina al futuro.

Las verdades oficiales son deterministas, tanto como la ciencia normal. Y ambas se conciben como la imposibilidad de que haya otras verdades, otras interpretaciones, otros criterios que los propios. En otras palabras, el dogma, las verdades oficiales y la ciencia normal son reacios a la idea de pluralidad, a la noción de divergencia. No en vano, el establecimiento trabaja en términos de mayorías y consensos. Que son táctica y estratégicamente diseñados.

Hasta cuando el diseño se revela como una verdadera imposura, por gente valiosa, mil veces valiosa, como E. Snowden. O Julian Assange. O el teniente Bradley Manning. Y Anonymous, desde luego. Pero, la verdad, como miles y millones de otros seres humanos – verdaderamente humanos– que trabajan en la misma dirección y con herramientas diversas que estos tres mencionados. Miles, millones de personas, trabajan en el anonimato o en el más bajo perfil. Y muchos otros, en diversos escenarios, trabajando en la misma dirección.

Todos aquellos que pivotan alrededor de ejes tan diversos y plurales como medios alternativos de información; sistemas alternativos de economía; fuerzas políticas de oposición; metodologías alternativas de enseñanza e investigación; ONG no oficiales ni al ser-

vicio de los grandes capitales; incluso, fuerzas militares no oficiales y de fuerte resorte social. Para mencionar solo unos cuantos ejemplos, y unas pocas expresiones.

Lo cual apunta a la idea de la importancia de los grupos pequeños; de las iniciativas personales; de las capacidades de aprendizaje y adaptación; al famoso efecto mariposa de la ciencia del caos: un café en una cafetería de barrio cualquiera puede tumbar un gobierno o una transnacional en otros lugares. Por ejemplo.

Históricamente las iglesias le han temido a las herejías, y las persiguen con ahínco. La educación y la ciencia normal le temen a las revoluciones científicas y a la innovación, y le suelta toda la carga de la demostración a quienes proponen cosas novedosas y distintas. Y los poderes políticos y militares le temen a los individuos y a sus diversas organizaciones y las espían hasta el menor detalle y acumulan y procesan la información.

Pues bien, E. Snowden ha puesto de manifiesto que pequeñas acciones particulares tienen consecuencias imprevistas de largo alcance. Y eso es una herejía, un anatema, una prohibición. Al fin y al cabo, los grandes cambios en la historia de las sociedades casi siempre proceden desde las comisuras y los intersticios; no desde los valles y las llanuras. Pues bien, la enseñanza de la herejía de Snowden radica en poner en evidencia que la inteligencia consiste en el buen trabajo desde los intersticios y los pliegues. El vocabulario de la complejidad.

La clase de gente de las guerras

Las guerras –todas, las justas y las injustas, las que tienen justificaciones y las que se fundan en víctimas casuales, las religiosas, las políticas, las económicas, por ejemplo– se hacen con gente. Soldados de un bando o de otro. Con un escudo u otro, con un credo u otro, con unos principios u otros. Esa gente usa armas y toda clase de herramientas, claro. De hecho, toda la historia de la tecnología, desde la flecha y la rueda, desde la aguja y el control del fuego, fue siempre, hasta hace muy poco tiempo, la historia de la tecnología con fines militares.

Las guerras se hacen con gente, y sucede que las guerras:

- a. Necesitan gente mala y perversa, desalmada e inhumana, eficiente y obediente, o bien:
- b. Convierten a la gente exactamente en eso: en carentes de humanización, máquinas de combate, gente psicótica que divide lo que siente y lo que piensa, lo que ve y lo que hace.

Y ambos planos se encuentran perfectamente entrelazados, hasta el punto de que se implican recíproca y necesariamente y la causalidad entre ambos es un asunto episódico.

La base, según parece, para la eficiencia de la gente que hace la guerra es el adoctrinamiento. Y la doctrina en la gran mayoría de los ejércitos es un asunto de la máxima prioridad. Análogamente a como para muchos creyentes lo es ese capítulo de la teología que se llama la dogmática. Las doctrinas convierten a la gente en dogmáticas, y el gran misterio para ellos consiste en el cuestionamiento de por qué razón los del otro bando –los enemigos, acaso– no ven la claridad que ellos mismos ven en sus principios.

El primer mecanismo como obra el adoctrinamiento es en la impersonalización. Se pierden los sentimientos de humanidad y sensibilidad hacia los demás, y en primer lugar hacia los señalados como opositores. El adoctrinamiento es, de lejos, mucho más que la parte física la base de los ejércitos y la formación de los combatientes. Para ello existen clases y cursos en todos los niveles, y todas las formas de psicología y “liderazgo” están orientados a alimentar a los guerreros para el combate.

Hubo un tiempo en el que morir por una causa era motivo de honor entre los ejércitos. Recientemente, sin embargo, la degradación de la guerra, el papel de la información y la transvaloración de todos los valores hace que los ejércitos oculten los nombres y cifras de sus propios muertos.

Cada ejército se refuerza a sí mismo y su lógica es la de la cibernética. Social y familiarmente solo se aceptan a aquellos miembros que ya han sido cooptados o que pueden serlo. La idea de combate y enemigo se inserta en algún lugar más profundo que el cerebro, y se reacciona, si es preciso, con la exactitud de una máquina certera.

Los sentimientos y los afectos están sujetos a la doctrina, y el sentido de pertenencia es en cada miembro un medio para alimentar la guerra.

La impersonalización se vehicula en primea instancia en el lenguaje, y se expresa al considerar a los muertos propios y del enemigo como bajas necesarias o contingentes, y ulteriormente a la población civil como víctimas del fuego amigo. La estadística cumple al respecto un papel perverso. Ha sido demostrado hace ya tiempo que los desarrollos tecnológicos desempeñan un papel crucial en el sentido de que al no ver el rostro y el sufrimiento del otro, y al no escuchar sus gritos de dolor, la eficiencia aumenta exponencialmente.

Se pueden nombrar los autores y las líneas de investigación al respecto, pero eso es tema de un artículo académico.

La perversidad de la violencia consiste en su carácter gratuito. Es decir, la violencia no nos hace biológicamente mejores y, por consiguiente, ciertamente, tampoco ética o moralmente. Pero si existen dudas al respecto, ahí está el adoctrinamiento –abierto o sutil, pero siempre reiterativo, repetitivo y ritualista–. Y peor aún, ahí están, más que los asesinos, quienes justifican las guerras, las impulsan y las alimentan. El imperio de la maldad, en toda la extensión de la palabra.

Mil veces se ha dicho que en toda guerra la primera víctima es la verdad. Falso. La primera víctima es ese proceso infame mediante el cual los ejércitos aprovechan a la gente más perversa, o la convierten en entes malos, carentes de cualquier bondad. La verdad es solo una consecuencia de la lógica de la guerra, que es la de los ejércitos que deforman a los humanos en máquinas psicóticas.

Al médico, al abogado, al contador... según parece

Decía mi padre que en la vida solo a tres personas no se les puede mentir: al abogado que lo defiende a uno, al médico que lo trata, y al contador en la declaración tributaria que sea el caso. A todos los demás se les puede mentir, y a muchos una mentirilla es incluso de buen recibo.

¿Quién no ha jugado a decirle alguna mentirilla, de esas juguetonas, con un policía o un soldado? A ellos, que representan el espíritu de seriedad y adustez, por antonomasia, jamás les enseñaron a reír. A menos que sea entre ellos, de sus comentarios y juegos insípidos, supongo. Con un sutil juego de mentirillas, ellos sencillamente se desencuadernan, y es chistosísimo ver su reacción.

En la vida en pareja, una que otra mentira de vez en cuando le pone condimento a las cosas, y hasta es recomendable que alguno de los dos lo intente de cuando en vez. Incluso con algo de humor negro, inventando un tercero o un cuarto inexistentes.

En clase, las mentirillas de alumnos a profesores –o al revés– es pan de casi todos los días. No conozco de ninguna clase en la que no haya alguien que salga con una de estas cosas, que algunos las perciben en seguida, y otros se quedan viendo un chispero.

La mentira es casi la base de la relación con cualquier obrero o artesano. Quien hace una reparación en la casa, o una obra menor o mayor, exhibe en la bolsa de herramientas que lleva consigo un pequeño acumulado de mentiras de diverso calado: que el precio de los materiales, o que el costo de la obra, o que el tiempo de la misma. Eso ya ni cuenta: en esos casos, la mentira se da por descontada.

Las mentiras blancas o de otros colores florecen en las relaciones con las secretarías –en cualquiera de las direcciones que se quiera–, y nunca deja de asomarse alguna entre el subordinado y el jefe, sin importar el lugar de ellos, o el día que hace. Entre los amigos y los colegas, la mentira es algo que no tiene nada de antiético y, por el contrario, va acompañada de alguna pequeña exageración, de un sarcasmo velado o de una ironía escondida. Siempre se las ve venir o pasar de largo.

Según parece, una que otra mentirilla no solo es posible, sino incluso necesaria en la vida de cada quien. No es nada que atormente la conciencia y, por el contrario, hay ambientes en los que es tan natural como mirar a la derecha, o levantar una pierna.

Pero, según parece, al médico que lo trata a uno no se le puede mentir porque el primer perjudicado es cada uno y, por lo general, puede suceder que haya otros más que puedan resultar afectados. Para ello, desde luego, es importante la relación personal que se tiene con el médico, tanto como el sentido de una integridad que es más

fuerte que cualquier principio, valor o idea, pues lo que puede estar en juego es algo inmensamente más fundamental: la salud propia, que es el nombre primero para la vida misma. Así que si en algo nos queremos a nosotros mismos –por lo menos–, debemos entrar a la consulta y salir de ella con transparencia.

Lo mismo acontece con el abogado que defiende, en un momento dado, a alguna persona. Creería incluso que mentirle al Estado forma parte de una de esas obligaciones ctónicas que los filósofos no han percibido aún. Asimismo, ante quien acusa a otra persona, con o sin razones, todos los argumentos son posibles y necesarios, y entre ellos la exageración o la mentira. Excepto con el abogado defensor. Esto se adivina en numerosos casos judiciales de malandros de cuello blanco y azul, como se dice, y que salen o no en los grandes medios. No hay que ser experto en el tema para adivinarlo.

Ahora bien, en países y momentos en los que históricamente los balances y apropiaciones del poder se caracterizan por una fuerte asimetría, es obligación moral mentirle al Estado. Solo que, si se hace, la inteligencia debe estar cerca. (En efecto, que sea, en ocasiones, una obligación mentirle al Estado no significa que en todos y cada uno de los casos esto sea una regla. Se trata, por el contrario, de un derecho).

Al contador no se le puede mentir, cuando se tiene, desde luego, la confianza. La condición, sin embargo, es que el contador sea experto y conozca al dedillo el oficio y el derecho.

Mi padre se caracterizaba por un profundo humor negro y una increíble mezcla de ironía y de sarcasmo. A veces la gente misma no sabía si decía verdad o exageraba. En casa, nosotros mismos, después de todo este tiempo, a veces nos devanamos los sesos, en medio de las comidas, para descifrar el humor y la inteligencia de mi padre.

Los hijos no solamente reciben alguna herencia de sus mayores, que cuanto mayor y mejor sea, más alivio produce. Los hijos reciben de los padres la mejor educación, cultura y ambiente que estos

podieron legarles. Pero, ante todo, los padres les heredan a los hijos hábitos y costumbres, formas de comportamiento y gestos que no se enseñan: sencillamente se aprenden. A veces la cadena de herencias se remonta, según cada familia, a los abuelos o los tíos. (Aunque siempre suele ser una maldición cuando lo heredado proviene, así, de algún amigo).

Los hábitos y las costumbres, esas cosas que no siempre forman el carácter, pero que sí definen, con seguridad, el temperamento.

Como siempre: que hay personas con demasiada personalidad, pero sin ninguna chispa. Y los hay, en la otra orilla, quienes tienen demasiado temperamento, pero poco o nada de esa vitalidad del tiempo. Los hay serios, adustos, y con desasosiego. Pero los hay también gocetas, retozones y felices por la vida. Todo, según parece, es cuestión de contingencia.

Contra las disciplinas... ¡complejidad!

La formación en numerosísimos lugares en el mundo sigue siendo, hoy por hoy, manifiestamente disciplinar. Es decir, la formación, en todos los niveles del colegio y de la universidad, al interior de una ciencia o disciplina determinada.

Disciplinar significa tanto como adiestrar, domar. Como se doman los animales salvajes, por ejemplo. Para convertirlos, al cabo, en el mejor de los casos, en mascotas. Animales de compañía y juego, inocuos. Disciplinar equivale especializar(se) en un solo dominio al costo de una amplia y profunda ignorancia sobre el resto del conocimiento y del mundo. Eso, exactamente, son las profesiones.

Disciplinar es lo que hace eso que en los sistemas de formación militar y conservadores se denomina: doctrina. La doctrina no se cuestiona ni se refuta: se la asume y se la vive, desde adentro y normativamente. Es imposible pensar al interior de un sistema de doctrina, pues pensar es todo lo contrario a formarse disciplinariamente. En el mejor de los casos, las disciplinas (científicas) enseñan a conocer, no a pensar. Una distinción fundamental, ¿en ciencia como en la vida!

La ciencia, en la muy afortunada clasificación, ya hoy clásica, de Th. Kuhn se divide en dos: ciencia normal y ciencia revolucionaria. De lejos, lo que predomina en el mundo es la ciencia normal. Es decir, ciencia que resuelve problemas. La ciencia normal sostenía Kuhn consiste en una palabra: funciona (*it works*). Es decir, con ella se pueden hacer cosas, pero no se le puede hacer decir más cosas que ya las que dijo. En lógica y filosofía de la ciencia, se dice que las teorías de la ciencia normal son consistentes. Con lo cual se quiere decir que la capacidad de explicación o comprensión de la ciencia normal ya está clausurada.

La ciencia normal, esa que disciplina, consiste en el análisis, que es, por definición, fragmentación, segmentación, división; es decir, cualquier cosa menos reflexión y crítica, en fin, síntesis. La ciencia normal funciona con base en criterios medievales: trabaja por género próximo y diferencia específica (se es economista porque no se es abogado, se es médico porque no se es administrador, se es sociólogo porque no se es químico, por ejemplo). Por eso mismo, habla de, y tiene: objeto, método, campo, tradición. De esta suerte, los científicos normales, los disciplinados, se reúnen en congresos de la disciplina, publican en revistas especializadas de la disciplina, y se reúnen a hablar de temas y problemas atinentes a la propia ciencia o disciplina. Eso es lo normal.

La principal preocupación en ciencia normal es la pregunta por el método. Lo cual implica una apropiación herramental del

conocimiento. Método como organon, método para hacer cosas, en un nivel u otro.

Incluso, en numerosos lugares, se habla de diálogo con otras ciencias y disciplinas, la incorporación de otros enfoques, de otros lenguajes y metodologías, pero todo, siempre, con el fin de fortalecer la propia ciencia o disciplina. Lo cual cualquier cosa menos interdisciplinariedad.

Pues bien, contra las disciplinas, esas que son ciencia normal y normaliza a la gente cabe, entre otras, una opción: la complejidad. Pensar y trabajar en términos de complejidad. No en vano, un autor como Rolando García lo decía a su manera: el método en complejidad es la interdisciplinariedad. Más exactamente, se trata de las ciencias de la complejidad (caos, catástrofes, fractales, termodinámica del no equilibrio, ciencia de redes complejas, entre otras). Estas consisten en un proceso de indisciplinarización, del conocimiento, de la sociedad, de las instituciones, en un dúplice sentido.

De un lado, indisciplinar en el sentido de pensar no ya en términos de objetos (de conocimiento y trabajo), de método y tradición de la ciencia o la disciplina, sino, mejor aún, de pensar y trabajar en función de problemas, y más exactamente, de problemas de frontera. Un problema se dice que es de frontera cuando una sola ciencia o disciplina es incapaz: a) de comprender un problema, y b) de resolverlo (satisfactoriamente).

Y al mismo tiempo, de otra parte, la complejidad consiste en un proceso sistemático de indisciplinarización de la sociedad, el Estado y las instituciones, en el sentido de que la complejidad de un fenómeno consiste en los grados de libertad que tiene sistema de estudio. A mayor complejidad, mayores grados de libertad. Así, frente a un sistema de vida y de pensamiento que descuenta el tiempo, las ciencias de la complejidad consiste en el reconocimiento de que la complejidad misma del mundo y de las cosas es el tiempo mismo, el

cual no puede ni debe ser descontado. En otras palabras, se trata de pensar y vivir en función de las posibilidades mismas que un fenómeno determinado admite o puede tener. Análogamente: a mayores posibilidades, mayor complejidad. Sencillamente, mayor vida.

Indisciplinar el conocimiento y la vida, como la forma misma de pensar (=por cuenta propia), de manera crítica y abierta, en diálogo y en debate. Aprender de otras ciencias y disciplinas y reconocer que la propia ciencia o disciplina es limitada. Pero ante todo, no pensar ya más en jerarquías de ciencia(s) y conocimiento. Como si hubiera ciencias mejores que otras; o más exactas, y demás. Esta no es sino la expresión abstracta de la idea, ética, cultural y políticamente muy peligrosa según la cual: hay hombres mejores que otros. Una idea que le abre la puerta, de par en par, a toda clase de desmanes y violencia, de ilegitimidad y abusos. Acaso, en nombre de la disciplina. Disciplina y orden.

En efecto, los fenómenos complejos más que en el orden, centran el interés en las dinámicas, las irrupciones, los quiebres, las tendencias que se rompen, las asimetrías, las turbulencias y las inestabilidades. En eso consiste pensar en términos de complejidad. Para lo cual existen conceptos precisos, entre otros: emergencia, autoorganización, no centralidad, no linealidad, adaptación.

El orden del mundo está roto o está quebrándose. Estructural o parcialmente; según el momento y el lugar. La ciencia normal, esa que disciplina, quiere contener esos resquebrajamientos, aislarlos, trabajarlos analíticamente. Y en el mejor/pero de los casos, quiere restablecer el orden. Para lo cual acude a todas las herramientas posibles. Todas, herramientas del pasado. Todas, herramientas que violan los más elementales derechos y posibilidades.

El Estado, las instituciones y las organizaciones no saben de complejidad; esto es, de las ciencias de la complejidad. Desde luego

que está(n) enterado(s) o se están informando. Pero no pueden ni saben cómo apropiárselas. Por más que lo intentan. Pues su interés es el de cooptarlas.

No sin razón, Th. Kuhn (1992) contrapone contra la ciencia normal la ciencia revolucionaria. “Revoluciones científicas”, dice, y las denomina igualmente como “nuevos paradigmas”. En el orden de la educación, de la gestión del conocimiento, de la investigación y de la cultura, manifestamente, nos encontramos, en palabras de Kuhn, en medio de una revolución científica. Por decir lo menos. Unos, con las razones equivocadas, se encuentran el bando correcto. Otros, con razones correctas se encuentran en el bando equivocado. Desiderativamente, debería ser posible que estuviéramos/estuvieran con las razones correctas en el bando correcto. En ciencia, como en la vida. Un tema que se dice fácil, pero que en la práctica (praxis) es endemoniadamente complicado.

Como quiera que sea, es claro una cosa: contra la disciplinización existe la complejidad. Esto es, el trabajo, la formación, y la investigación en términos de las ciencias de la complejidad, o sea, el estudio de los fenómenos de complejidad creciente no lineales. Un tema científico y filosófico, pero también, eminentemente político. Al fin y al cabo, como bien lo dijera Maturana y Varela: no hay dos cosas conocimiento y vida; sino una sola: el conocimiento es la vida misma.

Tres sociedades, un solo momento

En física, “momento” designa una magnitud vectorial, y es técnicamente descrito como el producto de la masa y la velocidad de un objeto. El objeto aquí es nuestra época, el tiempo actual que vivimos.

Los tiempos que vivimos son acelerados en todos los órdenes, y el pensamiento se encuentra a veces con dificultades para describir, explicar y comprender las dinámicas. Pues bien, vivimos tres sociedades, que conforman un solo momento (*momentum*).

En primer lugar, la sociedad de la información es una categoría que a escala histórica parece quedar cada vez atrás, pero que en algunos países se asemeja como el futuro inminente. Se trata de la transformación del capitalismo posindustrial al capitalismo informa-

cional, y con él, el desarrollo de toda la economía de la información, o también economía basada en la información. El mejor estudio al respecto, de lejos, es ese libro monumental de M. Castells en tres volúmenes, *La era de la información* (2001). Histórica y sociológicamente hablando, se trata de la sociedad de los años 1990. Una década que sucede a la caída del muro de Berlín, la Perestroika y el Glasnost, y el derrumbe del sistema socialista en el mundo.

Seguidamente viene la sociedad del conocimiento, cuyo soporte material es la economía del conocimiento, o también la economía basada en el conocimiento. Análogamente a la fase anterior, se trata de economías que fundan el bienestar material no tanto en bienes fungibles cuanto que en bienes inmateriales; en una palabra, en conocimiento. Esta es la sociedad que comienza en los años 2000 y que, verosímilmente, se proyecta hasta la fecha.

En un caso como en el otro, cabe distinguir sectores y subsectores de la economía de la información tanto como de la economía del conocimiento. Sin embargo, manifiestamente, el conocimiento se erige como una etapa de desarrollo superior a la información.

Las distinciones y relaciones entre la sociedad de la información y la sociedad del conocimiento fueron durante mucho tiempo el objeto de los expertos en *knowledge management*, un área abierta y cruzada en la que coinciden administradores y políticos, tecnólogos y sociólogos, entre otros.

Más recientemente, aupada particularmente por científicos, ha emergido el concepto de sociedad red, o también sociedad de redes. El lugar en el que se incubó el concepto es la ciencia de redes complejas, y comprende al mundo en términos de redes libre de escala, *clusters*, *hubs*, y más recientemente redes de segundo orden, esto es, redes de redes.

Manifiestamente que los trabajos pioneros de Milgram sientan las primeras semillas para lo que igualmente es conocido como

la teoría de un mundo pequeño (*small-world theory*). El mundo se ha vuelto pequeño y es posible alcanzar un objetivo cualquiera en seis o menos grados. Es lo que igualmente se conoce como el mundo de seis grados.

Las tecnologías de punta –adecuadamente conocidas no como TIC (un concepto de los años 1970), sino como tecnologías convergentes (NBIC+s)– y las inter y co-dependencias de alto grado en el mundo actual ponen suficientemente de manifiesto dos cosas: vivimos un mundo con temas y problemas alta y crecientemente sistémicos y, por consiguiente, vivimos un mundo altamente complejo. (“Sistémico” y “complejo” no son, en absoluto, ni sinónimos ni equivalentes, sino dos fases de un mismo proceso de mayores fluctuaciones e inestabilidades).

Cada época y cada sociedad desarrolla la ciencia que necesita para explicar su mundo. Y asimismo, cada época va enriqueciendo la comprensión de la naturaleza y el universo con las nuevas herramientas teóricas, conceptuales y otras que va desarrollando.

Vistas con los ojos del pasado, las tres fases de las sociedades que vivimos pueden ser interpretadas como tres niveles de las dinámicas de globalización. Sin embargo, en una mirada más fina, se trata en realidad de tres formas de comprender dinámicas cada vez más aceleradas con bucles de retroalimentación positivos.

Nada es más difícil, como le gustaba decir al joven Marx, que anticipar el presente. No digamos ya proyectar el presente o predecir el futuro. Al fin y al cabo, la buena ciencia no predice ya nada, sino, mucho mejor aún, se da a la tarea de comprender y explicar los fenómenos, las dinámicas, los comportamientos. Y cuando una explicación está bien hecha, entonces, como valor agregado, cabe hacer algunas predicciones. Siempre a corto plazo.

En algún lugar entre las tres sociedades, emerge (1998) una nueva ciencia: la ciencia de grandes datos, a partir del hecho con-

tudente que vivimos un mundo inmerso en enormes cantidades de datos (*big-data*). De esta suerte, hoy por hoy, es imposible hacer buena ciencia acerca de la sociedad de la información, de la sociedad del conocimiento o de la sociedad de redes, sin la incorporación de la ciencia de grandes datos. Y entonces aprendemos a pensar no ya en términos de causalidad, sino de correlaciones.

Los tiempos que vivimos plantean nuevos retos y desafíos para los cuales, por definición, no estábamos preparados. Análogamente a como una parte de la historia de las artes y del espíritu humano consiste en la creación de nuevos lenguajes poéticos y nuevas estéticas en cada momento, asimismo, la historia del conocimiento puede ser adecuadamente vista como la creación permanente de nuevas ciencias, disciplinas, herramientas, enfoques, metodologías y lenguajes. Todo lo cual no es sino la muestra de una enorme vitalidad.

Al fin y al cabo, la mente humana responde a los problemas a través de la creación de nuevos mundos. Tres sociedades diferentes, un solo momento. Y contra todas las apariencias, una enorme vitalidad e ingentes esfuerzos de imaginación y creación de nuevas lógicas. Contra el peso aplastante de la realidad, queda la fuerza y el empuje de la imaginación y el conocimiento. Otro motivo de optimismo.

Ese mal que es el Estado-nación

En la antigüedad, ciertamente a partir de los antecedentes de la Grecia antigua, una de las madres de Occidente –conjuntamente con Roma y Jerusalén, para decirlo de forma abreviada–, existían las ciudades-Estados. Después vinieron los feudos y los shogunatos, antecidos y sucedidos siempre por la emergencia de imperios diversos: el español y el portugués, el holandés y el británico, hasta la fecha, por ejemplo.

Desde el punto de vista evolutivo, la bondad de un órgano se funda exactamente en su función. En otras palabras, la racionalidad y justificación de un órgano estriban en lo que hacen; esto es, exactamente, en su función evolutiva.

Al Estado-nación, ese engendro que nace en el siglo XIX – grosso modo –, no hay que comprenderlo por lo que dice de sí mismo,

sino por lo que hace. Los mitos fundacionales siempre tienen algo de mágico y narrativo. En contraste, la bondad o maldad, la necesidad o no de un organismo estriba en lo que hace, y cómo lo hace. Ello le brinda ventajas selectivas, o bien revela adaptaciones indeseables, patológicas al cabo. Tal es el caso de las enfermedades, por ejemplo.

El Estado-nación tan pronto nace revela sus patologías: la guerra de unificación, en Alemania, Italia o esa forma particular que fueron las guerras de independencia, por ejemplo, en América Latina. Y los hubo de todos los tipos: Estados artificiales, como el Benelux (Bélgica, Luxemburgo y Holanda), o centrados en un imaginario centenario, como fue el caso de Alemania o Francia. Hubo numerosos Estados en los que la lengua nacional no se habló propiamente hasta bien entrado el siglo XIX, pues, en ocasiones, la lengua oficial era extranjera: el francés en las cortes españolas, los numerosos dialectos, en el caso francés, y así sucesivamente.

Decir que el Estado nacional es concomitante con las burguesías nacionales resulta ya, a estas horas de la vida, un truísmo. El triunfo social y político, cultural y militar de las burguesías nacionales fue la constitución de su Estado. A semejanza del medioevo, el Estado-nación es la continuación de los territorios feudales por otros medios. Para ello, las distintas burguesías crearon o adecuaron modelos foráneos del derecho. Así, dicho de forma genérica, el derecho se convirtió en la gramática de la política. Y la política, sencillamente en la legitimación de la economía, esto es, de un sistema de propiedad. Nació y se consolidaba así, filosóficamente, el liberalismo: derecho a la propiedad y la dignidad de la persona. Sobre las bases del Estado-nación.

Como bien lo vio en su momento U. Beck, el Estado-nación no es otra cosa que el Estado como un contenedor (exactamente a la manera de los contenedores de los puertos marítimos alrededor del mundo, por ejemplo): todo es posible al interior del Estado, y nada es posible por fuera del mismo.

Pero tan pronto nace, el Estado-nación revela su verdadera esencia: la violencia en todas sus formas: las guerras justas e injustas (*horribile dictum*).

En perspectiva histórica –esto es, notablemente a largo plazo (*longue durée*)–, tan pronto nace el Estado-nación divide y guerrea. Los mejores productos de la historia del Estado-nación son, entre otros, sin lugar a dudas:

- La Primera Guerra Mundial (1914-1918)
- La Segunda Guerra Mundial (1939-1945)
- La guerra de Corea (1950-1953)
- La guerra de Vietnam (Vietnam, Laos y Cambodia) (1955-1975)
- Todos los sistemas de neocolonialismo (en África y regiones de Asia) (años 1960)
- Las dictaduras de América Latina (años 1970)
- Las diferentes guerras de los Balcanes (Eslovenia [1991], Croacia [1991-1995], Bosnia [1992-1995] Kosovo [1998-1999])
- Las guerras de Irak (2003 hasta la fecha)
- La guerra de las Malvinas (o islas Falkland)
- Las guerras de Afganistán (2001 hasta la fecha)
- La guerra en Ucrania (2013 a la fecha)

Y ello para no mencionar el conflicto árabe-judío y palestino-judío, la guerra de y entorno al Estado Islámico, las guerras religiosas entre católicos y protestantes en Irlanda, y muchas más.

No sin ironía, la Unión Europea se vanagloria del período de paz más extenso en la historia en territorio europeo. Cuando la verdad es que han exportado guerras y han mantenido los conflictos tan lejos como han podido. Sin mencionar esa guerra inhumana que es la

tragedia de los africanos por entrar a Europa buscando condiciones para sobrevivir, una situación producto de la propia Unión Europea, y Estados Unidos.

Digámoslo directamente y sin ambages: el Estado-nación es un mal, y sin espacio a la teología, no es un mal necesario. Ha implicado ontológicamente guerra y destrucción, chauvinismo y sentido de “patria” (sic). Desde luego que existen los albaceas y testaferros del Estado-nación: su mito fundacional y su historia, sus signos y símbolos. La geografía nacional y el derecho administrativo, y siempre la tensión entre centro y periferia (la capital y la provincia). Con todo y los consabidos gastos y presupuestos militares y de seguridad onerosos, que solo benefician a los grande fabricantes mundiales de armamento.

Cuando se escriba la historia de la infamia mundial, un capítulo central será ese engendro que es el Estado-nación. Ese pequeño ego nacional y patriótico, esa identidad nacional y cultural, al cabo.

En contraste, la naturaleza no conoce de aduanas ni fronteras, de sistemas de seguridad y administración nacionales y regionales. Existe un concepto preciso que, desde la ecología, cabe perfectamente para la geopolítica mundial –con todos y sus flambeantes organismos multilaterales (sic)–. Se trata de la *pathocenosis*. La *pathocenosis* (un concepto que debemos originariamente a M. D. Grmek) designa la idea de que también los biomas y los nichos, los ecosistemas y los paisajes naturales enferman, como es efectivamente el caso. Pues bien, el Estado-nación expresa, en el plano de la política, la geografía y los pequeños sentimientos nacionales, la sensación de *pathocenosis*. Enfermedad ecológica a gran escala. Y entonces, sí: el Estado-nación se revela como una auténtica patología, en este caso, cultural y jurídica, administrativa y policial.

Digámoslo en categorías históricas: el Estado-nación es una enfermedad producida por las burguesías nacionales, que es, en buena medicina, el lugar donde se incuba la *pathocenosis*.

¿Primavera colombiana?

Algunos de los más importantes medios de comunicación masivos en Colombia se unieron para elaborar el más reciente sondeo acerca de la intención de voto para Presidente. Y lo que ellos leen como que “los colombianos no saben por quién votar” puede y debe ser leído de otro modo.

Sí hay un puntero –con todo y los “empates técnicos”, con todo y los “márgenes de error” de las encuestas– es el voto en blanco. Por encima del reeleccionismo a Santos, y las mediocridades, buenas-intenciones y opacidades de los demás candidatos.

Una cosa va quedando en claro: los colombianos van entendiendo que no es inevitable tener que votar por alguien aun cuando no sea la mejor opción. O que hay que votar a x para que en realidad

pierda y. Ya no es más inevitable aceptar males menores: pues todo mal es malo, sin importar su grado. Sobre todo cuando se trata de las posibilidades de vida. Que es de lo que se trata en las elecciones: no de institucionalidad.

Cuatro años de presidencia no han convencido ni a Tirios ni a Troyanos, y mucho menos al voto de opinión. Y las mangualas y los simbolismos de los demás candidatos tampoco merecen mucho para atraer a los votantes libres e independientes. Que son y van siendo mayoría.

Votar por candidatos que claramente se sabe que no van a ganar es perder el voto: Aída Abella, Marta Lucía Ramírez, Enrique Peñalosa, Clara López, Oscar Iván Zuluaga. Mejor quedarnos en casa. Y el candidato-presidente, cuya única mejor carta es una que no depende de él: la paz y la firma de los acuerdos en La Habana.

Sin olvidar que las encuestas se fabrican, se producen; que tienen la intención de generar opinión, de desviar corrientes, de construir imágenes y consensos. Literalmente: las encuestas se compran y se pagan.

Por primera vez en la historia del país, el voto en blanco toma la delantera. El voto en blanco que es el mayor temor de todos los políticos y partidos. Partidos y políticos que pretenden cautivar a la masa votante, desconociendo que la masa votante existe cada vez menos, en condiciones de mayor y mejor información, de redes sociales, de mayor educación, de autonomía y desafío.

El voto, se dice eufemísticamente, es la fiesta de la democracia. Pues bien, cabe entonces pensar que el voto en blanco les aguará la fiesta a candidatos mediocres, malos y pésimos, y que, por el contrario, puede ser la fiesta del voto independiente. Así: voto crítico e independiente, y que quiere y puede castigar las mentiras del oficialismo, las babosadas de la oposición, el travestismo (vergonzante, por lo demás) de la pseudo-oposición.

Es perfectamente posible que el voto en blanco pueda resultar ganador en las elecciones presidenciales. Invito, de la manera más abierta, a votar en blanco y a enviarles un mensaje directo a las maquinarias políticas: cacicazgos, máquinas de corrupción, mentiras almacenadas y oxigenadas, engaños y promesas sistemáticamente incumplidas.

De ganar el voto en blanco puede ser la Primavera Colombiana. Una verdadera fiesta nacional, por primera vez en la historia de Colombia. Sin mencionar la alianza tácita que fácilmente se puede establecer entre el voto en blanco y el abstencionismo. Mientras que el abstencionismo en el país nunca ha descendido a menos del 45 %, es evidente que la apatía y la pereza que producen las próximas elecciones del 25 de mayo. Hoy la intención de voto en blanco es del 27 % según la encuesta mencionada. Podemos ir por el 30 % en la encuesta que se fabricará a mediados de febrero aproximadamente. Por lo pronto, para ir creciendo de manera paulatina y sostenida. El abstencionismo se asimila a desdén y pereza; el voto blanco es indignación activa, por decir lo menos.

¿La primavera Colombiana? Bueno, para ser honestos, esto es pedir demasiado. Sobre todo si se lo compara con las diversas manifestaciones de la Primavera Árabe. Pero sí puede ser, manifestamente, la fiesta de la independencia con respecto a un régimen y un sistema políticos que han sido, ellos, los generadores de la violencia de este país. O por lo menos, parte de los legitimadores de la violencia de la que estamos todos cansados.

La eventual firma de la paz en La Habana puede acompañarse, en tiempos claramente distintos, pero en una misma sintonía de onda, con un mensaje claro: no más violencia, que llegue por fin, la paz. O el comienzo de una auténtica y diferente democracia. Y para ello, el voto en blanco es un jugador principal. Y puede convertirse en el jugador ganador o en el premio mayor.

El voto en blanco será la verdadera fiesta hacia una nueva o mejor democracia.

| 107 |

Parásitos sociales

En ecología, las relaciones entre poblaciones o también entre organismos se dividen en cinco grupos principales: poblaciones u organismos comensalistas, cooperadores, mutualistas, parásitos y depredadores. Las relaciones entre estas cinco clases define, literalmente, la economía de los organismos y poblaciones entre sí. Ulteriormente, la biosfera.

Ahora bien, la ecología es aquella ciencia que se encuentra entre la naturaleza y la sociedad y que la unifica. Pensar en términos ecológicos equivale a no pensar ya más en términos de espacio y tiempo, puesto que estas categorías al mismo tiempo se amplían y enriquecen y toman raíces en la naturaleza y en la vida. En este sentido, la ecología se encuentra en la misma longitud de onda que la etología, por ejemplo. Se trata de pensar lo que nos une a los seres humanos con la naturaleza antes que lo que nos separa de ella.

Y el resultado es sorprendente puesto que el estudio de la naturaleza y los animales, las plantas y los ecosistemas arroja luces novedosas sobre los seres humanos: sus comportamientos, organizaciones, modos de decisión, y economía.

De manera puntual, las relaciones principales entre especies o individuos en ecología se resumen de la siguiente manera:

- *Comensalistas*. Es el tipo de interacción que se produce cuando una especie se beneficia y la otra no se ve afectada. Literalmente es el óptimo de Pareto. Existen clases particulares de comensalismo, como el inquilinismo, que es cuando un organismo se hospeda en otro, o la metabiosis, cuando un organismo usa algo de otro pero después que el segundo ha muerto.
- *Mutualistas*. Es el tipo de relación entre organismos de diferentes especies en el que ambos se benefician entre sí hasta el punto de que su relación llega a ser indispensable para la supervivencia de ambas.
- *Parásitos*. Es similar a los depredadores; la diferencia estriba en que se trata de pequeños organismos que viven dentro o sobre un ser vivo de mayor tamaño perjudicándolo.
- *Depredadores*. Es cuando una población vive a costa de otra para subsistir. La depredación desempeña un papel importante en la selección natural.
- *Cooperadores*. Se trata de dos especies que se benefician mutuamente pero cualquiera de las dos puede sobrevivir por separado.

Pues bien, en la sociedad existen las mismas clases de relaciones: parasitarias, depredadoras, comensalistas, cooperadoras y mutualistas. Pero se requiere un análisis algo más fino.

La naturaleza, en el sentido primero no sabe de jerarquías, y la lectura darwiniana de la lucha por la supervivencia es en realidad bastante limitada. La verdad es que la vida se hace posible gracias a procesos cooperadores antes que de competencia; en todas las escalas de la naturaleza. Por el contrario, la naturaleza en su sentido segundo –esto es, la sociedad humana– ha sido posible hasta la fecha bajo la forma de la lucha y el combate, la competencia y, sí: la depredación y el parasitismo. Que son, literalmente, la excepción en la naturaleza en el sentido primero.

Porque la regla en la naturaleza es la cooperación y el mutualismo, así como el comensalismo. Lotka-Volterra fueron los primeros que arrojaron luces sobre la falacia darwiniana; aunque, por otro camino Kropotkin –el anarquista– ya había hecho lo mismo. La forma técnica como se conoce a los procesos de interacción, ayuda mutua, co-dependencia y co-evolución –todos rasgos de la complejidad de la vida–, es el de simbiogénesis. La vida es una magnífica red de aprendizaje y co-evolución en la que todos los organismos y las especies se benefician mutuamente. Precisamente por ello puede hablarse con razón de complejidad creciente de la vida.

Con notables excepciones o patologías: el parasitismo y la depredación.

Pero directo al punto: en la sociedad de los seres humanos, particularmente en el mundo contemporáneo, se han desarrollado formas patológicas de existencia. Existen profesionales y formas de vida, saberes y prácticas que contribuyen activamente a la vida de los individuos y de las sociedades. Un maestro o un carpintero, un campesino o un matemático, un obrero o un artista, por ejemplo.

Pero, ¿cómo, en qué contribuye un administrador, un abogado, un banquero o un policía al desarrollo, a la exaltación, al posibilitamiento de la vida? Podemos identificar cinco clases principales de

parásitos o depredadores en la economía contemporánea: gente que no produce nada, sino que vive de lo que otros producen.

Estos parásitos sociales son: los administradores de todo tipo; que además enseñan erróneamente la idea de que las organizaciones son y deben ser jerárquicas; los abogados, que viven de los litigios, penurias, males y desgracias de los demás; y una buena parte de los políticos y de los policías y miembros de las fuerzas de seguridad. Y el peor de todos, los financistas; esto es, la gente que vive de los bancos y del dinero de los demás; es decir, del dinero que ganan los demás gracias a su trabajo. Estas cinco clases de parásitos no contribuyen activamente a la vida humana, sino en la medida en que existen desgracias y limitaciones, conflictos y violencia, demandas y quejas.

Porque, como sostenía con acierto Hipócrates, hasta el buen médico no piensa en la enfermedad, sino en la salud. Y entonces el buen médico es tanto como un filósofo: que contribuye a comprender las cosas; en este caso, las formas de vida saludables.

El capitalismo ha generado y vive de parásitos y depredadores, y es eso lo que lo hace inhumano, inequitativo, injusto y violento.

El capitalismo financiero es esencialmente depredador, y el sistema de administración y gestión normal consiste en establecer jerarquías: CEO, gerentes, y trabajadores. Por su parte, buena parte del sistema de abogados y de policía y seguridad está al servicio de los primeros. Hasta el punto del desarrollo de sistemas privados de vigilancia, y formas variadas y mutantes de paramilitarismo; literalmente.

Pero como lo hemos venido aprendiendo desde la naturaleza, esa clase de parásitos sociales no son necesarios: ni ética, ni social, ni cultural ni políticamente. De donde se pueden extraer conclusiones tanto fuertes como razonables en el plano teórico tanto como en el plano de la acción.

La impredecibilidad de la geopolítica

No es un pequeño descubrimiento: recientemente, una parte de los mejores teóricos académicos en el campo de las relaciones internacionales ha reconocido expresamente que el mundo es impredecible y que las relaciones internacionales –esto es, la geopolítica–, se caracteriza por ser esencialmente impredecible.

Algo que resulta inmediatamente intuitivo, y que a la luz de quienes trabajan en los temas de complejidad del mundo y la naturaleza no es desconocido. Pero sí es sintomático que el descubrimiento tenga lugar en los medios de la academia, mientras que en los lugares habituales del manejo de la política internacional siguen haciendo creer que todo obedece a planes, estrategias, programación y planeación rigurosa. Cuando la verdad es que constantemente los acontecimientos asaltan por los resquicios del mundo.

Autores académicos desconocidos para la gran mayoría de la sociedad, e incluso en el círculo de los especialistas; nombres como Jervis y Rosenau, Cederman y Urry, entre otros, han venido, desde hace poco tiempo, trabajando en las relaciones entre complejidad y relaciones internacionales. Lo cual es al mismo tiempo una muestra de inteligencia y búsqueda de nuevas y mejores teorías, así como de interacción y diálogo entre tradiciones disciplinarias diferentes.

Los acontecimientos mundiales, a gran y a mediana escala, son esencialmente impredecibles, punto. A pesar de herramientas –todas lineales y voluntaristas– como la planeación (en sus diversas expresiones), la prospectiva, y muchos modelamientos con diversas herramientas. Y para contrasentido de las llamadas políticas públicas en relaciones internacionales, que habitualmente responden a estructuras rígidas, presupuestos planificados, en fin, dependencias de otras fuentes externas que les impiden, sencillamente, ver y aprender.

La política en el plano mundial o internacional se denomina justamente así: relaciones internacionales. Su importancia estriba en las relaciones entre la política internacional y las relaciones internacionales. Que en sus imbricaciones y entrelazamientos adquieren una envergadura e importancia significativas. Específicamente, las relaciones internacionales se ocupan de las relaciones entre los países, el papel de los estados soberanos, las organizaciones intergubernamentales (como la OEA, Mercosur, la ONU, por ejemplo), las ONG, y las corporaciones multinacionales (las transnacionales).

Supuesto un hecho básico: la política –toda política– en el mundo contemporáneo es esencial o finalmente geopolítica.

Las relaciones internacionales se caracterizan, por consiguiente, por impredecibilidad e incertidumbre, por emergencias y autoorganización, por fluctuaciones y turbulencias. Todos, algunos de los rasgos constitutivos de los fenómenos y sistemas complejos. Y siempre –siempre–, por no linealidad. Es decir, por una total asimetría entre *inputs* y *outputs*.

Frente a la impredecibilidad lo mejor que puede hacer cualquier sistema es estar permanentemente abierto, aprender, adaptarse lo más rápido posible y actuar en consecuencia. La capacidad de aprendizaje y adaptación define, de manera radical, la complejidad de un sistema; esto es, ulteriormente, su supervivencia.

De manera que la impredecibilidad de las relaciones internacionales hace referencia a la importancia de la sorpresa, y al hecho de que los acontecimientos no suceden de manera regular y fija, de modo predecible y determinista. Por el contrario, los acontecimientos del mundo –como de la vida– son esencialmente probabilísticos. Y entonces, claro, se trata de trabajar en términos de probabilidades de eventos; sabiendo que existe siempre un margen de riesgo, de incertidumbre que no cabe descartar en manera alguna.

Esta impredecibilidad ha sido estudiada, por ejemplo, a raíz del colapso del socialismo real con la Perestroika, Glasnot y la caída del Muro de Berlín; o a raíz de la inestabilidad de los mercados financieros en el sureste asiático; o también a propósito de la Primavera Árabe. Existen buenas publicaciones al respecto y tal sentido. Pero la verdad es que las políticas de cara a las negociaciones sobre las reducciones del CO_2 en las negociaciones en Polonia son del mismo carácter de incertidumbre e imprevisibilidad. O el manejo de la información por parte de la NSA, gracias a las filtraciones de Snowden. Muchos otros ejemplos pueden registrarse sin dificultad.

Ejemplos que van desde el mundo de las finanzas hasta el de las acciones militares; desde los procesos sociales y de información hasta los medioambientales; desde el plano corporativo hasta las esferas del comercio.

Un actor determinado puede tomar acciones en un momento dado, como resultado más de otras dinámicas que a planes previamente concebidos. Con lo cual el marco de las decisiones y acciones se ve sensiblemente alterado con respecto a las estrategias que, su-

puestamente, debían gobernar las acciones. El escenario mundial, en general, y el internacional, en particular, resulta así, como un paisaje rugoso adaptativo, que es la expresión que permite identificar pliegues y montañas, valles y abismos, adaptación y colapso, en contextos y tiempos que son fuerte y sensiblemente cambiantes.

Sin ambages, el mundo contemporáneo es manifiestamente complejo, y frente al mismo, las escuelas tradicionales en relaciones internacionales (positivismo y postpositivismo, realismo y constructivismo, y demás) resultan fuertemente limitadas y miopes.

De hecho, las relaciones internacionales son uno de los más recientes campos que han aprendido (han comenzado a aprender) acerca de la complejidad. Y en este sentido, se integran a muchas de las demás ciencias sociales y humanas en el reconocimiento de atributos, comportamientos y estructuras que constituyen el campo de trabajo de las ciencias de la complejidad.

Como consecuencia de la complejidad del mundo actual, es necesario pensar las estructuras y dinámicas en el mundo no ya en términos de “poder”: por ejemplo, “centros de poder”, o “poder y contrapoder”. Por el contrario, resulta mucho más afortunado pensar y explicar el mundo en términos de “redes”. Y (aunque resulte algo técnico), por tanto, las topologías de redes.

Estos son resultados a los que han llegado una serie de académicos. Los académicos: habitualmente poco atendidos y escuchados por parte de los políticos y los “tomadores de decisiones” (como eufemísticamente se los llama) habituales. El sistema burocrático de políticos y tomadores de decisión (los CEO, por ejemplo), eventualmente constituido con buenos equipos de asesores, pero ellos mismos con formación intelectual promedio.

Pregunta: ¿por qué no una abstención activa?

En vísperas de procesos electorales vale la pena echar una mirada desprevenida a los candidatos presidenciales y los partidos. Sin ánimo ideológico, sin afán belicoso. Pura descripción fenomenológica.

El presidente Santos se lanza a la reelección con cuatro aspectos centrales: a) un primer gobierno de improvisación, promesas incumplidas, muchos deseos personales de entrar, él, a la historia, y dádivas de millones, literalmente, para un Congreso corrupto; b) de manera puntual la locomotora de la innovación jamás arrancó, le dio Colciencias a los políticos (específicamente al Partido Verde), algo que jamás había sucedido, y es un total desconocedor de políticas de ciencia y tecnología; c) las dos grandes apuestas de Santos son el buen

resultado de las negociaciones de La Habana y la consiguiente firma de la paz, y el ingreso de Colombia a la OCDE. Lo primero es factible pero no depende enteramente de él; y lo segundo es improbable en el futuro inmediato y tampoco depende de él; d) los propios analistas oficiales lo han mencionado: Santos es la mejor opción a falta de algo mejor. Análogamente a lo que dijera López Michelsen con respecto al entonces candidato y posterior presidente V. Barco Vargas.

Santos se encuentra lejos de ser un presidente liberal, a diferencia de su antepasado liberal Eduardo Santos M. (1938-1942), algo que ha quedado suficientemente ilustrado a lo largo de cuatro años de gobierno. Objetivamente Santos representa al centro-derecha.

Otro candidato es Oscar Iván Zuluaga, mal-elegido en una convención llena de escándalos y triquiñuelas; esto es fraude y corrupción, como lo puso en evidencia el diario *El Espectador* a partir de los chats de María Angélica Cuéllar Zuluaga, literalmente la ficha del guerrerismo, opuesto a las negociaciones de la paz, un personaje oscuro que sería algo así como marioneta del expresidente que lo eligió en la convención. Tiene muy baja favorabilidad como candidato presidencial y representa a la extrema-derecha.

Y el resto, es lo que eufemísticamente se ha llamado “la tercera”, que oscila entre opciones liberales y de centro-izquierda hasta de izquierda. Como también ha sido puesto de manifiesto por numerosos analistas, por primera vez en la historia, la izquierda (“tercería”) podría llegar a la segunda vuelta y convertirse en una opción verdadera de gobierno. Pero no solamente cada día salen más candidatos sino que, peor aún, de manera torpe, una vez más estará dividida por personalismos y fundamentalismos ideológicos. A pesar de sanos llamados a la unidad, como los hechos por el representante Iván Cepeda, o por el analista León Valencia.

Todo esto en un país en el que históricamente, el abstencionismo ha rondado alrededor del 50 %.

Pues bien, en aras de un sano espíritu democrático, hay que decir que la opción de Santos es insatisfactoria. Nada ni nadie nos obliga en la vida a tener que tomar una mala decisión simplemente porque es la menos mala. La elección por el candidato del partido Centro Democrático es du *déjà-vu*: una versión deformada de los ochos años que representaron el gobierno de Uribe. Tampoco es, por tanto, una opción racional ni moral.

Y la eterna división de la izquierda merece una sanción social, por incapaces y miopes. Votar por la izquierda es, lo mismo que en muchas otras ocasiones, un voto simbólico. Y de simbolismos no está hecha la política.

El promedio histórico de abstencionismo ha sido el resultado de una postura eminentemente individualista y personalista por parte de los colombianos. Que, claro, si se pudiera organizar políticamente, por ejemplo, a través de las redes, podría convertirse en un mensaje claro y directo para el sistema político y el régimen político. De manera puntual, para denunciar un inconformismo activo frente a la mediocridad de propuestas electorales para la presidencia de la república.

En consecuencia, quedan dos opciones: una, votar en blanco, y la otra emprender una campaña activa por los diversos medios, de abstencionismo activo. Consideremos esto por partes:

Votar en blanco implica un hecho: tener que salir, muchas veces haciendo cola y lloviendo, a tener que votar, con la consecuencia de que históricamente el voto en blanco ha sido ampliamente minoritario.

Y abstenerse implica una buena posibilidad de castigo a los partidos políticos, a los candidatos, y a la misma política marrullera de toda la vida.

Quisiera entonces considerar una opción intermedia. Y es que, dado que las elecciones presidenciales coinciden con las elecciones al Congreso, bien podemos votar por un candidato al Senado o a la

Cámara, en donde sí hay opciones válidas por el valor individual de varios candidatos (en otro texto tendremos la ocasión de volver sobre este punto), y a la presidencia, votar en blanco o abstenernos. Pero dado el temor que tienen los políticos a la abstención, propongo justamente abstención al resto de las votaciones.

Al fin y al cabo, cabe una pregunta: ¿por qué si tantos de los males de la sociedad colombiana son culpa, por acción o por omisión, de los políticos y sus partidos, no sancionarlos social, ética y políticamente con su propia medicina? No estamos obligados a votar con la teoría medieval del mal necesario, o del mal menor. Pues eso no garantiza en absoluto una buena, sana, y alegre elección.

Los políticos han evidenciado desde siempre el temor a la abstención. La pregunta entonces es: ¿por qué no activar colectivamente la abstención dada la torpeza de unos, y las mentiras, fraudes y egoísmos de otros?

Según las encuestas, hasta la fecha los indecisos rondan el 30 %, aparte del histórico 50 % de abstencionismo. Por primera vez, una abstención contundente sería un mensaje claro y directo de escepticismo e inteligencia, al mismo tiempo.

Con el reconocimiento explícito de que si así fueran las cosas, bien podrían los partidos ponerse de acuerdo en imponer el voto obligatorio, como ya sucede en otros países de América Latina. Una salida artificiosa y formalista que no ocultaría los aprendizajes que la sociedad civil viene haciendo sobre la historia y el presente. Como quiera que sea, estamos ante una buena oportunidad.

La dificultad y complejidad de cambiar el mundo hoy en día

Jamás hay que perder la capacidad de soñar: esa es la única obligación moral de un ser humano auténtico en el mundo (de hoy). Y soñar significa, simple y llanamente, querer un mundo nuevo, querer un país mejor, querer una vida diferente, siempre más llenos de sentido y posibilidades.

Lo contrario es el triunfo del realismo, y eso vuelve vieja a la gente y termina por matarla.

Los revolucionarios de toda índole María Angélica Cuéllar Zuluaga –más allá de los colores de las banderas, o la música de las tonadas–, los soñadores, sí: incluso los idealistas, todos aquellos que luchan por los demás, que no se conforman con el *statu quo*, aquellos

que se sacrifican por sus ideales, aquellos que definen su existencia a partir del futuro, y no predominantemente por el presente o el pasado; todos ellos confluyen en una misma meta, a saber: ese sano sentido de inconformidad con los estados dados de las cosas y el decidido talante de apostarle a realidades diferentes, nuevas y mejores. La revolución, así, es una forma de vida, no simplemente una cuestión de ideologías, credos o principios. Pues a decir verdad, estos elementos son simplemente coadyuvantes del hecho mismo de pensar, imaginar y querer un mundo mejor.

Las revoluciones tienen una seria dificultad en el mundo actual, en contraste con el pasado. Se trata del hecho de que el mundo se ha vuelto sistémico. Más exactamente, el capitalismo desarrolló una robusta estructura y visión sistémica que, acaso, puede condensarse con cualquiera de los siguientes tres términos: globalización, mundialización, internacionalización; tres formas de llamar a una sola y misma cosa.

Hoy en día las revoluciones no son posible, ni lo serán hacia futuro, a la manera como lo fueron hasta mediados del siglo xx. Procesos como Vietnam, China, Nicaragua, Cuba o los intentos y experimentos a medio camino en países de América Latina. O como Mahatma Gandhi o Tolstoi, en otro plano. Por ejemplo.

La razón principal estriba en el hecho de que el capitalismo ha aprendido y desarrollado tres estrategias fundamentales: la resiliencia, la cibernética y el carácter sistémico de los procesos y estructuras. Todo lo cual significa, sencillamente, que ya hoy y hacia futuro no serán, en absoluto, posibles, cambios locales con apoyos externos. Por el contrario, y este es el reto magnífico de las políticas en el mundo actual, hacia futuro los cambios deberán ser correspondientemente sistémicos o no serán.

En efecto, la característica principal de la realidad actual es que el capitalismo ha tejido tal red que:

- Los cambios solo pueden emprenderse hoy por hoy por vía de reformas, y, etc.
- Los cambios estructurales deberán ser de proporciones planetarias simultáneamente.

En una reflexión sobre “la forma superior de lucha”, R. Zilbechi (2013), en *La Jornada* ha puesto, con acierto, creo, el dedo en la llaga. Hoy en día no es posible ya más hablar de una forma superior de lucha –a costa de las demás–. En consecuencia, no solamente el lenguaje, sino también las estructuras y las dinámicas deben ser acordes a los tiempos. Y una cosa determinante: las ideas; esto es, la capacidad cognitiva y de información de los agentes sociales, en toda la línea de la palabra.

La complejidad de los soñadores de toda clase consiste en el hecho de que sus ideas, acciones, y coordinaciones exigen la capacidad de que el mundo les quepa en la cabeza y que, por tanto, incorporen lo mejor de las ciencias y disciplinas que se ocupan de las nuevas dinámicas y estructuras. Con una condición sensible: la capacidad de aprovechar las oportunidades, de adaptarse al instante, de anticiparse al momento, por definición, siempre contingente y pasajero.

No cabe, por consiguiente, desdeñar unas formas de acción sobre otras, y ciertamente no jerarquizar la práctica por sobre la teoría, o al revés. Se exigen equilibrios dinámicos, y se imponen capacidades y habilidades conformes a los mismos. En esto consiste el nuevo liderazgo, acaso el liderazgo transformador.

Nadie puede hoy cambiar las cosas si, para decirlo de manera fractal, esos cambios no implican a los propios individuos y sus afiliaciones. La historia es suficientemente ilustrativa en cuanto a la futilidad de cambiar las estructuras sin cambiar la forma de vida. Y también es prolija la historia en los casos que ilustran que cambiar

las estructuras es demasiado fácil, pero que es inútil si no se cambian al mismo tiempo la forma, los estilos, y los estándares de vida. En esto consiste la complejidad de las revoluciones en el presente y hacia futuro.

No cabe ya desdeñar ejemplos y querer jerarquizar enseñanzas. Por el contrario, el buen aprendizaje consiste en poder incorporar los mejores ejemplos y prácticas con el reconocimiento expreso de que: a) Una teoría que surge en un contexto y en un momento, y b) una práctica que tiene lugar en un espacio y un tiempo precisos tienen valores y desarrollos perfectamente distintos en otros lugares y momentos, dependiendo de los resortes culturales, de las capacidades biográficas y de las circunstancias históricas de cada nación y pueblo; por ejemplo.

Cambiar el mundo hoy en día es altamente difícil, porque requiere de capacidades sistémicas, en toda la línea de la palabra. Pero ese es, al mismo tiempo, el mérito y la calidad de la idea de querer tiempos mejores. En otras palabras, si la política es en el mundo de hoy geopolítica, asimismo, los procesos individuales y sociales tienen siempre una raíz local pero una gran interdependencia con lo que acontece en otros escenarios y modos.

En una palabra, el carácter sistémico del capitalismo exige transformarlo de forma sistémica, correspondientemente. Nunca la historia se enfrentó con una situación semejante. Es eso exactamente lo que significa un mundo diferente de suma cero, esto es, un mundo en el que si uno pierde, todos pierden, así sea con diferencias; y por el contrario, si alguien gana, otros también ganarán, así sea con diferencias. El capitalismo se ha vuelto sistémico, o si se quiere, también, la realidad se ha convertido en una estructura altamente entrelazada, resiliente y cibernética de tal suerte que si se quiere cambiar una parte es absolutamente necesario cambiar también otra. El cambio

de la realidad es más que mero cambio de uno de sus componentes. Una tarea de inmensa complejidad, pero por ello mismo, de inmenso significado.

Las banderas y los discursos, los colores y los principios son subsidiarios del hecho primero, a saber: la capacidad de soñar mundos mejores, y el compromiso denodado con los sueños propios. Pues esa capacidad de imaginar futuros posibles convoca a la política, pero se alimenta de poesía y arte, se nutre de filosofía y ciencia, y se enfocan en la vida como en el valor único y absoluto que no puede traicionarse. Todo lo demás no es otra cosa que traicionar lo que nos hace más humanos.

Sociología de las tres dictaduras

La idea no es nueva ni tampoco difícil de entender. Sin embargo, quisiera intentar una mayor profundidad en la misma.

Sociológicamente, existen tres dictaduras: i) para la aristocracia, se trata de la monarquía; ii) para el pueblo, es la dictadura del proletariado; y para la clase media, se trata del populismo.

Con la desaparición de las aristocracias, la monarquía cayó en desuso, aunque ha sabido mutarse, cumpliendo los mismo roles, en otros espacios. Hoy por hoy, con la excepción de un puñado de países, las monarquías son arcaísmos desuetos, pero no por ello las aristocracias han dejado de intentar su dictadura, con otros lenguajes, pero con las mismas actitudes.

(Entre paréntesis: vale recordar ese adagio de López Michelsen, cuando aún no era presidente, cuando sostenía, no sin razón, que en Colombia la clase alta se asimila al modelo y al ideal europeo, la clase media al norteamericano, y el pueblo se quiere mexicano. Palabras más, palabras menos).

Por su parte, el pueblo tiene su modelo e ideal de dictadura, a saber: la dictadura del proletariado. No cabe la menor duda de su eficacia, fuerza y sentido. Ahí está la historia para mostrarnos la capacidad de adaptación, desde Corea hasta Vietnam, desde la ex-Unión Soviética hasta las expresiones de Europa central y oriental, y otras. No sin razón decía Marx que las revoluciones son las fiestas de los más pobres.

Ahora bien, el sistema de libre mercado tiene un sincero afán por eliminar la pobreza, reducir la marginalidad y ampliar, tanto como sea posible, a la clase media. Las clases medias constituyen el verdadero colchón y resorte del capitalismo, de lejos. La eliminación de la pobreza y la ampliación de la clase media tienen un sentido al mismo tiempo cultural, social y político. Pues bien, la dictadura de la clase media es el populismo. Y sus expresiones tienen nombre propio: los Rajoy en España, los Macri en Argentina, los Uribe en Colombia, y más que Peña Nieto, el PRI en México, o también los Trump en EE. UU., por ejemplo.

Existe el populismo de derecha, el de centro-derecha, y también el de izquierda. No sin ambages, detrás del populismo reviven las 11 tesis propagandísticas de Goebbels. El populismo, como el fascismo, siempre ha sido un movimiento de masas, y logra calar muy fácilmente en el imaginario social. Sus argumentos son planos, están llenos de extremismos, adjetivos y adverbios, y se fundan en el maniqueísmo. Con un muy eficiente control de los medios. Marketing político y comunicación estratégica.

Ya sea de izquierda o de derecha, el populismo no exige grandes elaboraciones teóricas, y por eso mismo llega a las clases medias. Eso, las clases de los hombres estándar, promedio, mediocre. Como les encanta decir a los políticos norteamericanos: “gente como usted y yo” (*people just like you and me*).

Evidentemente que existen numerosos estudios sobre el populismo. Y desde el punto de vista del cruce entre sociología e historia, América Latina ha sido un crisol del populismo. Con los recurrentes llamados de Tirios y Troyanos a reducir la pobreza y aumentar la formalización de la ciudadanía, la institucionalización de los diferentes sectores sociales y económicos. Aquí la banca cumple un papel absolutamente determinante.

Los símbolos y signos del populismo son fáciles de identificar, aunque son amplios: desde el fútbol hasta determinados cantantes, desde la bandera hasta el himno nacional, desde la escuela hasta el clero, en fin, desde los mitos fundacionales hasta la estandarización y simplificación de la información.

Y es que las dictaduras se caracterizan exactamente por eso: por el rechazo a pensar, ya sea por pereza, por inutilidad, o por dificultad. Pensar, en el mejor de los casos, queda para unos pocos: y el eufemismo para ello es la distinción entre “políticos” y “técnicos”. *Horribile dictum*.

Los aristócratas deberán reinventarse alguna vez si es que quieren que su dictadura sea posible, de nuevo, en otra ocasión. De las tres formas de dictadura, la de la aristocracia la tiene más difícil. La dictadura del proletariado aún puede reinventarse a sí misma. Pero tiene la dificultad de los Pol Pot, los Gulags, y las purgas Estalinistas, por ejemplo. (La historia siempre ha sido y será políticamente incorrecta).

Pero las clases medias están en su cuarto de hora: el populismo está a la orden del día, y si tiene que apelar a la violencia, en cualquier

ra de sus formas, no le tiembla la mano. Al fin y al cabo, las dictaduras constituyen la mejor expresión institucional de la violencia.

Con un par de salvedades. La dictadura de las clases medias trabaja particularmente a partir de la violencia simbólica y pasiva. No es gratuito, por tanto, que, sociológicamente, en diversos espacios, se hable de bullying (matoneo), acoso sexual, acoso laboral, y otras. Colombia constituye un ejemplo magnífico al respecto, aunque no el único. En Colombia, el principal problema de salud pública es la salud mental. Depresiones, insatisfacciones con el propio cuerpo, bulimia y anorexia, sobrepeso y sedentarismo, obesidad y empresas de spa y ejercicios, depresión, ansiedad, altas tasas de suicidio sobre las cuales nadie habla, psicosis, esquizofrenia y otras patologías severas, muchas veces irreversibles.

El costo de la civilización se ha dicho. En realidad, desde el punto de vista sociológico, el costo de ser clase media y tratar de sostenerse en ella o acaso, incluso, intentar saltar hacia niveles superiores. La salud mental es en la sociedad actual, el precio de la clase media, pues los pobres no pueden darse el lujo de deprimirse o aburrirse, por decir lo menos, y los más ricos pueden desviar sus crisis o encubrirlas de varias maneras.

El populismo es la dictadura de la clase media, y su expresión cotidiana es la sociedad de plástico, y el mundo líquido del que habla Bauman. Un mundo, la verdad sea dicha, feo. Pero que es ampliamente compartido y vivido por todos; o mejor, por muchos. Cuando el experimento funciona.

Los lenguajes de la política y la información

La habilidad más importante de los políticos en general, tanto como de la sociedad civil y el sector privado, consiste en estudiar el lenguaje —de los opositores, los gobernantes, los líderes, los programas—, dicho de un modo genérico. No solamente porque efectivamente hacemos cosas con palabras, o también, no solamente debido a que en numerosas ocasiones los políticos identifican a los fenómenos, procesos o estructuras con las palabras, sino además, y acaso principalmente, debido a que en el lenguaje suceden dos modos principales de realidad.

En efecto, la comunicación política consiste en dos elementos básicos: un sistema de estrategia y un sistema de encriptamiento y decriptación. El primero apunta al impacto en el mundo y a la capa-

cidad comunicativa, que en numerosas ocasiones sirve como explicación para el liderazgo o la ausencia de liderazgo. Se lo conoce como comunicación estratégica; esto es, saber emplear el lenguaje que el público quiere escuchar, motivar a acciones y generar confianza.

Quizás las dos maneras más inmediatas de ilustrar este primer plano es el de Goebbels, el ideólogo del nazismo: “Una mentira repetida mil veces termina por convertirse en una verdad”. O la del político ultraderechista colombiano Gilberto Alzate Avendaño: “¡Calumnia!, que algo quedará”. O Robespierre, el habilidoso del lenguaje.

De otra parte, la comunicación política trata de los grados y modos de encriptación de mensajes, la selectividad del receptor del mismo, en fin, el manejo de los secretos y la información clasificada. Pues la política consiste en muy buena medida en el manejo de este tipo de información y el manejo del mismo frente a la sociedad, la oposición, o el gobierno, dependiendo del caso.

Comunicación estratégica, y encriptamiento y decriptación de las comunicaciones: dos caras de una sola y misma moneda. Dos niveles distintos de un solo y mismo fenómeno. Y en cualquier caso, el problema de la inteligencia política, y la inteligencia de y en la política.

En efecto, la verdadera inteligencia consiste en observar lo que dice y hace el político, un tema que genéricamente se conoce como de marketing político, que es la capacidad de divulgación de una idea, un plan, una acción, en general.

Pero, al mismo tiempo, y muy fundamentalmente, la inteligencia consiste al mismo tiempo en observar lo que el político no dice, lo que calla, o lo que dice muy pocas veces. Pues aquí se encuentran mensajes importantes, decisiones verdaderamente estratégicas, núcleos de poder sensibles. Por ejemplo, se trata de atender a los pocos que hablan, porque cuando lo hacen indican en direcciones que al cabo se revelan como determinantes. O a lo que se calla en momentos álgidos o críticos.

Análogamente a lo que revela el propio psicoanálisis.

Es a este último caso a lo que se refiere la comunicación en términos de criptografía. Para lo cual no se necesitan teorías conspirativas. Pues los líderes de todo orden expresan a través del silencio o en los modos como informan o se manifiestan sobre un suceso determinado. Solo que los políticos están, por definición, expuestos a la luz pública de manera permanente y necesaria.

Más exactamente, la verdadera inteligencia consiste en saber encriptar o desencriptar las informaciones, comunicados, declaraciones o expresiones del mundo de la política, más allá del nivel o tamaño del auditorio, del medio de comunicación, de la ocasión misma. Literalmente: encriptar y desencriptar, y no ya simplemente en interpretar los mensajes y las voluntades.

En otras palabras, la política no se agota en las esferas de lo estrictamente público y evidente. Además, y acaso más fundamentalmente, la política es del ámbito de lo no evidente, o lo no inmediato; semejante al efecto Doppler en física.

En verdad, como lo puso de manifiesto Claude Shannon, el padre de la teoría de la información, la información no consiste en el manejo de mensajes y contenidos de cualquier orden. Pues el riesgo en este caso consiste en una banalización de la política que puede conducir al psicologismo, al sociologismo, al historicismo, y a otras interpretaciones semejantes que terminan, al cabo, en discusiones interminables con cargas eminentemente subjetivistas y de mera opinión o posiciones partidistas a priori que acaban siendo fundamentalistas.

Por el contrario, todo el trabajo de Shannon consiste en señalar que la información se encuentra estrechamente vinculada a la incertidumbre, implica la sorpresa, y también la dificultad. Y muy significativamente, el hecho de que la información es entropía. Esto es, la información apunta a, y contiene a la vez, una medición de orden, o de

desorden, según el bando o partido del político de que se trate. O del país, o del sector económico, o del bando militar.

En otras palabras, la información debe ser desprovista de contenidos psicológicos, emocionales, subjetivos, incluso aun cuando sean un sector, un bando, un partido, o una persona determinada quien habla. Este es un elemento sensible que la ciencia le arroja a la política, y permite comprender entonces la complejidad del mundo político mismo.

En verdad, si existe un único mensaje, no hay, por tanto, ninguna incertidumbre y, por consiguiente, no hay información alguna. Pero si son posibles distintos, numerosos mensajes, entonces no cabe descartar la incertidumbre, y es entonces cuando hay información. En otras palabras, la verdadera inteligencia política consiste en el trabajo con incertidumbre, y en el manejo de la misma. Y ulteriormente, en la medición de la misma.

La información comporta siempre mediciones de orden o de desorden, y lo que hace el oyente inteligente consiste en identificar, trabajar y medir al cabo la entropía que comporta dicha información. Entropía, que es el término técnico que designa un ámbito amplio y muy sugestivo pero que generalmente es desconocido en la ciencia y los estudios políticos que es la termodinámica. Y entonces, la termodinámica de los fenómenos y procesos alejados del equilibrio.

En otras palabras, la política no sucede en absoluto única y principalmente en la esfera de la opinión pública, de lo que anuncian constantemente los diversos medios de comunicación (de masas). Creer algo semejante es altamente ingenuo, éticamente irresponsable y políticamente peligroso.

Por el contrario, la política sucede además, y acaso de manera nuclear, en lo que se insinúa, se oculta, se desplaza, o se niega. Pues allí puede verse un movimiento específico (efecto Doppler) —es decir,

literalmente, una dinámica–, y un comportamiento caracterizado por complejidad. Complejidad del tiempo y el momento, complejidad de las decisiones, en fin, la complejidad misma de los procesos y comportamientos.

El lenguaje de la política comporta, en consecuencia, dos niveles mínimos de complejidad: el de lo público y evidente, y el de la incertidumbre y los contenidos clasificados. La inteligencia de la sociedad civil consiste en identificar ambos niveles y en trabajar con ellos.

Deporte, individualidad y país

Los motivos de alegría y orgullo de los colombianos proceden generalmente de los deportes. A pesar de que la manifestación de las artes también son motivos de alegría, los deportes cumplen un papel central en la autoestima y la autopercepción de los pueblos y las naciones. Lo mismo sucede en el caso colombiano.

Los nombres son numerosos y cada vez crecientes. Incluyen a figuras, hoy ya históricas, como Martín Emilio “Cochise” Rodríguez, en el ciclismo, hasta Helmut Bellingrodt en tiro al jabalí; María Ximena Restrepo en atletismo o más recientemente Mariana Pajón, pasando por Lucho Herrera, Patrocinio Jiménez, o Karen Suache Arias, en taekwondo, y tantos otros.

En estos días, las alegrías se encarnan y se expresan a la vez en Nairo Quintana y Rigoberto Urán, con los triunfos en el Giro de Italia 2014. ¿Quién se acuerda de Víctor Mora, el mejor maratonista colombiano que le brindó alegrías y esperanzas varias veces en la maratón de Sao Paulo? La lista puede hacerse larga y sería necesaria elaborarla. Alfonso Zapata y Jaime Cuartas en ajedrez, María Isabel Urrutia y Mabel Mosquera en pesas, por ejemplo.

Pero existe una constante en esta historia. Los más grandes deportistas colombianos han sido en deportes individuales. Los deportes colectivos han brindado alegrías, pero no grandes victorias; pasiones, pero jamás llegan, en modo alguno, a los honores de muchos deportes individuales. Ni el fútbol ni el baloncesto, ni el voleibol ni el balonmano, entre varios otros.

Todo parece indicar que, como se dice popularmente, la garrá colombiana tiene cuño de eso: coraje individual, fuerza mental personal, ganas de triunfar y de vencer las vicisitudes de la vida por cuenta de cada uno. Ya sean deportistas boyacenses o antioqueños, del pacífico o del eje cafetero, bogotanos o de la costa atlántica.

Ya decía el padre de las matemáticas en Colombia, el profesor Takeuchi: “Un colombiano piensa mejor que un japonés, pero dos japoneses piensan mejor que dos colombianos”. Con esto quería decir, que los colombianos se destacan en el mundo entero por su tesón y su decisión personal, por su originalidad y su capacidad de trabajo individual; pero que tienen serias dificultades para el trabajo colectivo, la asociación y la unión de esfuerzos y propósitos.

Alrededor del mundo los colombianos son altamente valorados por su entrega al trabajo y la capacidad de sacrificio, por su lealtad y sus ganas de triunfar, por la autodisciplina y la originalidad e inventiva personal. Los casos de tantísimos nacionales que han emigrado por razones laborales o personales, y que se han abierto un camino, a trocha y mocha, en tanos campos y dominios.

Son ejemplos de ellos los deportistas y los investigadores, los empresarios y los trabajadores, los profesionales y la mano de obra física y mental en esa diáspora que, con diversas motivaciones y justificaciones, se halla por el mundo entero.

A decir verdad, Colombia es un exportador no oficial de altísimo talento –individual–. Y como dicen los neoliberales, el mercado así lo aprecia y lo reconoce. Sin ambages, crecientemente, Colombia es un exportador no oficial de muy calificada mano de obra intelectual y profesional, de garra deportiva y empuje, y tesonero trabajo.

Incluso en actividades tan individuales, tan personales, se ve bien a los colombianos. Esa actividad tan solitaria como la escritura y la poesía. Nuestros escritores son alta y crecientemente valorados en el mundo entero. Desde García Márquez hasta Héctor Abad Faciolince, Laura Restrepo, Piedad Bonnett, Tomás González, y una larga y generosa lista.

Ahora bien, desde luego que los deportes individuales implican equipos: gregarios y psicólogos, nutricionistas y preparadores, médicos y gerentes, entre otros. Pero, a la hora de la verdad, quien se desenvuelve solo o sola es una figura central, y ella acapara las miradas y los amores, las esperanzas y las alegrías.

Todo parece indicar que el destino de Colombia se expresa fractalmente en nuestros deportistas, escritores, científicos o académicos. Todas, empresas de cuño eminentemente personal.

No hay nada malo en ello. Tal es la historia del buen nombre de Colombia y de los motivos serios de orgullo, autoestima y buena autoimagen –hacia adentro y hacia fuera–. Colombia es un país hecho de individualidades, y los triunfos de Nairo y Rigoberto así lo ponen de manifiesto. No hay nada malo en que la historia de Colombia sea, hasta la fecha, en términos de triunfos, victorias de cuño y talante personal. Contra viento y marea, contra el destino y la cultura,

contra la biología y las desgracias. Se trata, en todos y cada uno de los casos, del triunfo de un ser humano sobre el mundo, pero ante todo, sobre sí mismo.

¿No es acaso esta la más grande de todas las victorias? Vencerse a sí mismo, como triunfar sobre el destino.

Quizás en el futuro los deportes y las experiencias colectivas de triunfo puedan tener lugar. Cuando ello suceda, una verdadera inflexión en la psicología social de los colombianos se habrá comenzado a producir. Mientras tanto, es evidente lo sostenido por Takeuchi: un colombiano piensa mejor, y actúa mejor por sí mismo. Sin desconocer los equipos y las alianzas, pero ante todo, como la victoria de un individuo singular; hombre o mujer.

Por lo demás, en Colombia aún no ha sucedido lo que sí en otros países: que haya deportistas que hayan reconocido, una vez triunfantes, su condición homosexual o lesbiana, por ejemplo. Pero ese es otro motivo que quizás pueda tener lugar en el futuro. Mientras tanto, los colombianos nos alegramos como país y sociedad, como cultura y Estado gracias a los esfuerzos sistemáticos y de largo aliento de valores individuales, personales. Y en cada uno de ellos, cada quien puede verse a sí mismo(a) como al símbolo de un esfuerzo victorioso.

Colombia: un país que se ha hecho a punta de esfuerzos personales, pues los pocos esfuerzos colectivos han sido cortados de tajo, por una razón o por otra. El individuo: el representante de una nación, en el ciclismo o en la literatura, en ciencia o en poesía, en el derecho o en el karate. Al fin y al cabo son numerosísimos los casos de auténtico y total esfuerzo por vencer un destino social y por superar una biografía en proceso.

Contra las estructuras, a pesar de las estructuras, según parece, son los individuos los que marcan la diferencia.

Ciencia básica en Colombia y América Latina

Peter Gruss, presidente de la Sociedad Max Planck, estuvo hace unos días, por primera vez, en Colombia, en un periplo, dijo, que cubre a varios países, e hizo una conferencia sobre La investigación básica en un país como Colombia. Estuvo acompañado por el embajador de Colombia en Berlín, lo que permite pensar que la visita fue concertada con el gobierno nacional.

Dos temas, estrechamente entrelazados, constituyen el núcleo de la exposición del biólogo molecular. De un lado, es el hecho de poner en el foco del desarrollo la importancia de la investigación en ciencia, un tema que es habitual entre la comunidad de científicos e investigadores, y que sin embargo, nunca ha sido entendido por los

gobiernos nacionales a partir de la creación del Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología (SNCYT) en 1991, y tampoco por parte del Estado. Y de otra parte, el énfasis se puso en la importancia de la investigación básica.

Lo cual exige una aclaración puntual: se hace investigación básica cuando se introduce, por primera en el mundo, una novedad, dicho de manera genérica, en términos de un bien o un servicio. En consecuencia, la investigación básica no debe asimilarse sin más a las ciencias básicas, pues también las ciencias sociales y humanas pueden llevar a cabo, como en efecto acontece en ocasiones, investigación básica.

Pero lo que vale la pena situar aquí en el centro de la mirada es el reconocimiento explícito que hizo el Profesor Gruss: “Si Colombia quiere ser admitida en la OCDE debe invertir, por lo menos, el promedio de lo que los países de la OCDE invierten en investigación y desarrollo. Es decir, entre un 1,2 y 1,5 % del PIB”. Una cifra que se encuentra lejos de la inversión que históricamente el Estado ha hecho en I&D.

Para un buen entendedor ello significa, además de una lista de otros requerimientos en otros planos y contextos, una de las condiciones que la comunidad de países de la OCDE demanda de un país como Colombia –que ha tocado con insistencia a las puertas de la OCDE solicitando ser admitido como miembro–, es que le otorgue a la I&D el papel –promedio, por lo menos– que tiene entre los países más desarrollados del mundo occidental.

Para no mencionar los requerimientos en el plano de los derechos humanos, en inversión, en infraestructura, en reducción de la inequidad, defensa del sindicalismo, y otros más.

El mensaje va directo al gobierno y a los entes estatales. Los cuales, a decir la verdad, no dan hasta la fecha ninguna señal clara de haber entendido el mensaje, presentado también en la gran prensa nacional.

En época pre-electoral, una de las condiciones que puede presentarle la comunidad educativa, académica y científica a los candidatos es que recojan y aporten propuestas sensibles e inteligentes de compromiso real con la ciencia y la investigación en el país. Que es apostarle a un proyecto a largo plazo, y no inmediatista como son, por lo general, las promesas y compromisos de los políticos de un lado y de otro. De lo contrario, la comunidad académica y científica puede expresar sus desengaños y escepticismo y castigar a los políticos, y en general, al sistema político con uno de los castigos que más temen: la abstención. Una abstención expresa y militante.

En un país con una tasa histórica de abstencionismo elevado, “la democracia más antigua de Sur América”, como le gusta denominarse a sí misma a la institucionalidad colombiana, puede recibir una vez más el veredicto de ser una democracia más que imperfecta: miope, hipertrofiada y fuertemente tartamuda. Para no hablar de la violencia sistémica y sistemática en la historia nacional.

Jamás, en la historia del país la I&D han sido tomados con la seriedad que corresponde a una verdadera democracia. Pues, entre otras cosas, lo que ha primado es una historia de “verdades oficiales”, pensamiento doctrinal, ausencia de crítica y deliberación argumentativas. Todo a favor de la sobrevaloración de la opinión pública, que por opinión es altamente manipulable y superficial.

En el marco de la sociedad de la información y de cara a la sociedad del conocimiento, la defensa de la opinión pública no es, en absoluto, suficiente. Resulta incluso mentirosa y antojadiza. Históricamente hablando, la opinión pública es anterior a la emergencia de la sociedad de la información, moderna únicamente, perteneciente a esa clasificación que con M. McLuhan (1969) se conoce como la distinción entre “medios fríos” y “medios calientes”. La sociedad postindustrial, en suma.

La sociedad basada en la opinión pública: un pensador del más rancio conservadurismo como K. Popper (1945) la definió como la “sociedad abierta”, justamente porque permitía espacios para el debate y la opinión. Popper, uno de los fundadores del neoliberalismo.

Por el contrario, de lo que se trata es de nutrir y transformar a la opinión hasta convertirla en conceptos; en razonamiento argumentado, y demostraciones. Todo lo contrario a los *mass media* y sus indicadores de opinión.

Colombia ha sido recientemente apreciada por su crecimiento económico y pujanza social. Miembro del grupo de países CIVETS (Colombia, Indonesia, Vietnam, Egipto, Turquía y Suráfrica), los verdaderos países emergentes detrás del nuevo bloque de los países del grupo BRIC. En medio de la profunda crisis económica, social y política de Europa, y de EE. UU.

Colombia, en el foco de numerosas miradas gracias al proceso en marcha de las conversaciones sobre la paz y la finalización del conflicto armado y social en La Habana.

Si el gobierno de Santos quiere diferenciarse de los anteriores –como es su pretensión– puede lograrlo con una dúplice condición mínima: lograr la paz y el buen resultado de las conversaciones de La Habana –dependiendo de los desenlaces políticos a mediano plazo–, tanto como lograr que Colombia sea admitida en el seno de la OCDE. Con todo lo que ello implica.

Un país que hace algunas cosas en materia de comercio e industria; un país que tiene algunos aciertos en materia social pero con serias deficiencias aún de orden estructural; un país que es cada vez más apreciado por la calidad de su sistema educativo, distando aún mucho de estándares de calidad de orden mundial; un país así no puede seguir considerando a la ciencia y la investigación como un asunto episódico y remanente. Debe, en fin, entender que la I&D no

son simplemente políticas de gobierno, sino políticas de Estado. Que es lo que jamás ha habido en nuestra historia.

En el marco de la economía basada en la información y el conocimiento, el conocimiento es, manifiestamente, la mejor condición de bienestar, calidad de vida y dignidad humana. Que es de lo que, finalmente, se trata todo en política tanto como en economía.

Al fin y al cabo la infinita mayoría de logros que Colombia puede exhibir en materia de ciencia y tecnología no obedece al apoyo del gobierno central. Por el contrario, son logros a pesar del gobierno y el Estado.

Hasta la fecha, la ciencia que principalmente ha sido promovida en Colombia es de tipo aplicado. Lo cual, en blanco y negro significa: el conocimiento básico es producido en otras latitudes y simplemente aplicado en las regiones de la geografía nacional. Lo cual es una forma refinada de dependencia y atraso.

Si un país quiere efectivamente ser autónomo y mirado con dignidad en el panorama internacional, debe poder desarrollar y favorecer en toda la línea de la palabra la investigación básica. Lo cual de consuno, implica reconocer la importancia de ciencias como la física, la química, la biología, las matemáticas y las ciencias de la computación. Todas las cuales demandan la capacidad de pensar en términos abstractos. Que es lo que no han tenido, para nada, los gobernantes en la historia nacional, que siempre se han caracterizado, absolutamente, por un pensamiento concreto. (¡Si ellos lograran entender lo que significa esto!).

Pues bien, en su acepción más elemental, pensar en términos abstractos significa exactamente pensar en posibilidades, y no ya única y principalmente en necesidades y urgencias. En otras palabras, equivale a anticiparse a futuros, o bien, lo que es equivalente a proyectar el presente. Abandonar la política de corte inmedatista, efectista, cortoplacista.

Con un colofón final: *la lingua franca* de todas las matemáticas contemporáneas es la teoría de conjuntos. Un tema que se debería enseñar, en todas sus implicaciones, en las Escuelas y Facultades de donde usualmente son egresados nuestros políticos: administración, economía, ingeniería y medicina; por decir lo menos.

Ética y política en la derecha y la izquierda en Colombia

Colombia es y ha sido un país de extremos. Colombia jamás ha sabido de términos medios, o intermedios, en cualquier acepción de la palabra. Esto explica, en términos generales, la historia de Colombia tan estrechamente vinculada a la violencia en todas sus facetas.

En política, la historia del país se divide claramente entre la derecha y la izquierda. Una derecha con derechas extremistas o más moderadas, y una izquierda radical o menos extrema. En Colombia, a diferencia de muchos otros países, no ha sido posible, en manera alguna, una política de centro. A pesar de las palabras y las declaraciones. A pesar de las apariencias y las declaraciones ante la prensa. Incluso con la duda razonable acerca de lo que signifique ser de cen-

tro. La capacidad de independencia, más allá de las polarizaciones, por ejemplo.

La política en Colombia se ha debatido entre los dos extremos, y eventuales posturas de centro solo son concebibles a nivel de actitudes y decisiones únicamente personales. Todo lo demás son solo cuestión de nombres, de palabras.

En la derecha ha primado en la historia el más craso realismo político. Y en política el realismo se concibe de cara a los esfuerzos por conservar el poder, o por alcanzarlo.

Así, lo que permite caracterizar sin duda alguna a la derecha es la integración, la mimetización, o la total disolución una en la otra, de la ética y la política. La política prima y ha primado ampliamente sobre la ética. No han importado ni importan los cambiazos políticos, los cambios de bandera y de militancia, la corrupción y los cuestionamientos morales, por ejemplo. Lo que caracteriza al realismo político de la derecha es su muy clara visión de conservación del poder, o de reparto y participación en las cuotas del poder.

Incluso de esa derecha dentro de la izquierda que fue el gobierno de los hermanos Rojas, en Bucaramanga o en Bogotá. (Frente a lo cual, por lo demás, el Polo Democrático Alternativo (PDA) jamás ha sido radical y explícito en su condena a estos ejemplares de la corrupción).

Esta ha sido la historia del país desde siempre, pero mucho más claramente diferenciada en los últimos setenta años. Basta con echar una mirada desprevenida, pero alerta a la historia de gobierno, a la historia de las elecciones, a la historia del manejo del Estado.

Por su parte, la izquierda se ha caracterizado en toda su historia por una clara delimitación entre la política y la ética. Por lo menos si no en términos puros, sí en marcado contraste con la historia de la derecha.

Las posturas y decisiones, las declaraciones y participaciones evidentes en la vida pública por parte de la izquierda han sido consistentes en establecer, sino una línea demarcatoria, sí un umbral que no cabe atravesar entre la política y la ética. Y en la izquierda, grosso modo, ha sido la ética la que ha primado sobre la política. Y eso, en la historia y en los tiempos habidos y que corren se llama, simple y llanamente, inocencia o falta de realismo político.

Con lo cual el realismo político implica el aprovechamiento del poder, el enriquecimiento y el favorecimiento, el nepotismo y las roscas. No hay ni ha habido ningún político del realismo político que no haya salido más enriquecido de lo que entró a un cargo o una función. Y de cómo se mantuvo en él mientras estuvo en ese cargo. En eso consiste ser de derechas.

Así, la derecha en Colombia es más que un título ideológico, programático o político, un principio de realismo de los beneficios del poder. Todo lo demás queda para los académicos y los teóricos.

A la izquierda se le ha ido la mano en el purismo ético, mientras que a la derecha se le ha ido la mano en el realismo político. Y ambas posiciones son, de modo general, irreconciliables. Por principio y radicalmente.

No se trata de demonizar ni de simplificar la historia política y de gobierno y oposición en términos maniqueos. Pero es bueno mirar las cosas sin pre-concepciones ni pre-juicios, y llamar a las cosas por su nombre.

Unos y otros han pecado al mismo tiempo, y por paradójico que parezca, por defecto y por exceso. En cualquier caso.

El resultado es que en varias ocasiones el país ha sido calificado como gubernamentalmente inviable. O que Colombia es uno de los países más inequitativos del mundo. O que en el país el abstencionismo es de los más elevados en el mundo entre los países que cuen-

tan con elecciones democráticas. Que en Colombia una cosa es votar, y otra distinta elegir. Que el país se encuentra entre los peores en el mundo en corrupción y ausencia de transparencia. Que la información en Colombia –un tema básico y fundamental de la democracia– ha sido históricamente asimétrica en todos los niveles e instancias. En fin, que el país es uno de los más fragmentados y sectorizados en el mundo. Para mencionar solo los aspectos más evidentes y conocidos.

La historia del realismo político de la derecha muestra que esta ha estado históricamente unificada y compacta. Y que eventuales fisuras y excepciones han sido idóneamente asimiladas y superadas de manera estructural.

Y también muestra la historia que el purismo político y ético de la izquierda ha hecho que esta haya estado históricamente dividida y fragmentada. Y que jamás se haya logrado en la historia la unidad de las fuerzas, poderes y movimientos de izquierda. Un lamentable balance si se lo mira objetivamente. Y peor aún, si se lo contrasta con otros países, cercanos o más lejanos.

No parece viable, en vísperas de un nuevo momento electoral, que las cosas vayan a cambiar. Y ciertamente no de manera significativa. Todo queda entre los extremos –laxos– de la derecha, realista política. Una derecha más moderada, o más extrema y violenta. Y una izquierda sempiternamente dividida, y por eso mismo torpe.

Peor aún, cabe anticipar que en el futuro previsible la historia de Colombia no cambiará de manera sustancial. Para desgracia del nombre del país, para desgracia de sus ciudadanos. Y ciertamente no cambiará, si se observa el asunto con ojos de política y gobierno nacional.

A título conjetural, esta historia podría cambiar, pero con la activa participación, de dinámicas y procesos de fenómenos internacionales. Como quien dice: esto no cambiará, a menos que lo hagan

cambiar, con la ayuda de alguien o algo desde afuera. La importancia de la geopolítica. Un panorama no muy esperanzador, a decir verdad. Pero claro, cuando se diagnostica o identifica una enfermedad tradicionalmente la primera reacción es contra el médico. Tiene que pasar mucho tiempo para que vengan los otros momentos: negación, reconocimiento, superación eventual.

La derecha y la izquierda: los defectos de dos enfermedades crónicas. Una llamada realismo político y aprovechamiento. Y la otra, purismo ético e ideológico y división histórica.

Política de jóvenes versus política de viejos. Acerca de la MANE

Para externos y neófitos, tanto como para conocedores y próximos, es cierto que la MANE (Mesa Ampliada Nacional Estudiantil) enfrenta varios retos en el presente y en el futuro inmediato, principalmente internos.

La MANE nació, en el plano internacional, al albur del movimiento de estudiantes chilenos, dirigido en ese momento por la hermosa y lúcida Camila Vallejo (lo cual es otra muestra no solamente

de que se puede ser hermosa e inteligente, sino además, y mucho mejor, hermosa y de izquierda o de avanzada). Y en el plano nacional, al calor de los movimientos alternos y paralelos como la Minga Indígena, y la Marcha Patriótica. Para decirlo de manera puntual y rápida.

Los jóvenes se caracterizan por el ímpetu y las ganas, el deseo y la improvisación, la pasión y el empuje. Histórica y genéticamente, los jóvenes están hechos para comerse el mundo, literalmente.

Sostenía Hegel, no sin un tono de humor negro, que el joven se siente naturalmente inclinado a cambiar el mundo. Y cuando se da cuenta que no lo puede, se vuelve hipocondríaco. O, en Colombia, diríamos, uribista (que es casi como lo mismo).

Luego de las primeras marchas y manifestaciones del año pasado, hubo un interregno de negociaciones, espera y paréntesis. Que es una de las peores cosas que les pueden suceder a los jóvenes, naturalmente impacientes. La impaciencia es una virtud de la juventud. Ya en la adultez es un serio defecto.

La ministra de Educación, muchos de los rectores, ASCUN, y el gobierno como un todo están hechos por adultos. Cuyas virtudes consisten en la paciencia, en el conocimiento, en la memoria y en una cierta pasividad. Estas son virtudes en la adultez. En la juventud son auténticas patologías.

Lo que sucede alrededor de las acciones, la organización, las políticas y las decisiones en torno a la MANE es el conflicto, histórico, entre política de jóvenes versus política de viejos. Y así las cosas, los procesos tienden naturalmente a polarizarse y a agudizarse.

Idealmente, es preciso que los jóvenes se acompañen de mayores y aprendan de ellos, tanto como los viejos se llenen de sueños, deseos de cambiar el mundo, y no solamente de mejorarlo; un eufemismo para hablar de conservatismo y reformas liberales. Cambiar las cosas para que sigan iguales. Los viejos también deben rodearse y estar abiertos a la alegría loca de los jóvenes.

Para no hablar de otras dificultades mayores al interior de la MANE, y es la sempiterna división interna de la izquierda; de las izquierdas, en rigor. Los maoístas contra los comunistas, los troskistas contra los de izquierda independiente y aun-no-claramente-llamados, los camilistas contra los liberales; y varios, muchos independientes más. Por ejemplo.

Mientras el gobierno permanece unido (a la topa tolondra), la impaciencia de los jóvenes –que están asesorados por adultos mayores, ciertamente–, hace que estos alcancen consensos y mayorías de manera más dificultosa.

El tiempo, por definición, está hecho contra los jóvenes. Pues el tiempo implica extensión, prolongación, futuro, y finalmente, una visión de largo alcance. Entender estos fenómenos del tiempo, se dice, es exactamente madurar. El tiempo, parece ser, es una invención de los adultos, en la mitología, la ciencia y la filosofía. La juventud es, literalmente, intempestiva: no sabe de tiempo, y es súbita, abrupta, impetuosa (ya Nietzsche hablaba justamente de sus consideraciones intempestivas).

Los jóvenes quieren la revolución, pero la quieren ya; o pronto. Los adultos, por el contrario, han perdido la idea de cambiar el mundo, y se han vuelto conservadores, mental, cultural y existencialmente hablando.

El futuro de la MANE depende del hecho de que los jóvenes aprendan que el juego de los viejos consiste en esperar y dejar que los entusiasmos se apaguen. Viejos zorros, literalmente. Como los zorros y los lobos: observar, esperar a que la presa se canse o se descuide, y atacar. La idea de zorros es idea de viejos, de hecho (difícilmente se habla genéricamente de zorrillos o lobeznos). Hacemos cosas con palabras, y las palabras contienen una cierta sabiduría popular.

La vida, a veces, les juega jugadas traviesas o perversas a los jóvenes: tienen que graduarse rápidamente; tienen que trabajar; for-

man sus parejas; algunos quedan embarazados, y demás avatares, todos los cuales, en numerosas ocasiones implican aplazar el entusiasmo y posponer la acción inmediata y espontánea. Conjuntamente, y nunca al margen de, la organización continuada y consistente.

Colombia ha estado hecha, históricamente hablando, por viejos; o por adultos mayores. A los jóvenes se los va probando con cargos y responsabilidades graduales en los que deben dar muestras de aprendizaje y lealtad, de maduración y sí: una cierta conservadurización. La historia de Colombia ha sido, de manera tradicional, la del sacrificio de los jóvenes. La de desoír a los jóvenes por imprudentes, precipitados e inmaduros.

Las sociedades y las culturas, los procesos y las dinámicas requieren de una confluencia favorable y positiva de jóvenes y adultos; de una sana dosis de locura, sueño, ambición e imaginación, y prudencia, recato, experiencia y aprendizaje. Separadas, son la fórmula perfecta para la catástrofe. Y, *in extremis*, para el colapso de una sociedad; de cualquier proyecto.

Existe, desde luego, como por lo demás también en el caso de Petro, una campaña mediática negativa contra la MANE. Y contra todo lo que signifique oposición y cambio. Existen, no hay que ocultarlo, fisuras al interior del movimiento estudiantil. Pero también factores objetivos que se dirigen a erosionar el mismo.

El estado colombiano ha sido exitoso en desbaratar, de diversas formas, al movimiento estudiantil a lo largo de la historia. La FUC, la UNEC, el MOEC, y otros son claros ejemplos. De la MANE depende que esta vez los estudiantes sean escuchados y respetados como nunca antes.

Los estudiantes son el futuro de una sociedad; de cualquier sociedad. En ellos cabe depositar las mejores esperanzas del progreso social. Pero si los estudiantes logran organizarse, y su organización perdura en el tiempo, cabe pensar que el futuro de la sociedad pue-

de ser distinto; es decir, mejor. Como quiera que sea, el entusiasmo juvenil no es incompatible con la organización política. A condición de que sepa jugar a mediano y largo plazo y que aproveche también y genere momentos oportunos, imprevisibles.

La historia de Colombia ha estado, atávicamente, elaborada y dirigida por adultos mayores. Es bueno intentar que esta historia cambie. Y un actor decisivo y necesario es el movimiento estudiantil organizado. Hoy, la MANE.

Estética y política de LGBTI

Los círculos más conservadores se niegan a reconocer los valores y derechos de la comunidad LGBTI debido a dos razones fundamentales. La primera razón es estética.

En efecto, la razón de los movimientos más conservadores consiste en no abrir los ojos para ver. Ante lo nuevo y lo diferente, cierran los ojos. Es decir, no ven, y por tanto, se dan a la tarea de explicar lo que ven con otras cosas que sus ojos: con prejuicios. Lo que ven lo ven con los ojos del pasado. La razón del conservatismo consiste, por tanto, en mirar el presente y el futuro con los ojos y los intereses del pasado. Esto es lo que cabe designar como una justificación de tipo estético, pues se niegan a las formas nuevas y diferentes, y la asunción, abierta o implícita, de “formas puras” y de “formas degeneradas” constituye la base para actitudes y acciones violentas; simbólica o físicamente.

El conservatismo es así, premoderno, pues la modernidad consiste exactamente en la total libertad de las formas. En toda la línea de la palabra. Si no, basta con mirar a la historia de la cultura y el arte, de la filosofía y la política, por ejemplo.

El rechazo a ultranza de la comunidad LGBTI por parte de los círculos más reaccionarios pasa, en primera instancia, por un encerramiento y proscripción de cualquier imagen, representación y forma de lo que implica alternatividad sexual, opción sexual, libertad sexual, en fin, incluso, diferencia sexual.

Pues más allá de los fundamentos básicos, de orden cromosómico, gonadal y genital, la sexualidad es, además, un fenómeno cultural y simbólico; y claro, en consecuencia, estético.

La complejidad de los seres humanos estriba justamente en el hecho de que no existe una comprensión única, reduccionista y lineal de lo que es ser un ser humano. La biología y la cultura se cruzan y se implican de modos que van cambiando con la historia. Así, esa complejidad se va enriqueciendo, y ganando en diversidad y variedad.

La segunda razón por la cual los círculos más retardatarios no son capaces de ver lo que implica la comunidad LGBTI en toda la extensión de la palabra, es política. Y la política, en su acepción primera no hace referencia a instituciones, normas, poderes o fuerzas. Sino al fenómeno mismo de la convivencia. En otras palabras, se trata de la física incapacidad para con-vivir en medio de la alteridad, la diferencia y la pluralidad.

En este sentido, los más conservadores se encierran en medios aislados o quisieran, igualmente, encerrar y circunscribir el universo físico y simbólico de la sexualidad vivida como un acontecimiento que no encaja en los pre-juicios fundados en el pasado. La política conservadora es siempre de exclusión. Literalmente, de cordones y corredores sanitarios.

Los conservadores de toda índole no se reducen a partidos políticos de tal o cual índole, sino, más radicalmente, consisten en estructuras de orden mental y cultural que les impiden ver el mundo en diferencia y como novedad.

Sencillamente, se trata de distinguir si se ve lo que se conoce o se conoce lo que se ve. Y ellos solo ven —o pueden ver— aquello que ya conocen, que les es familiar, que logran explicar; en una palabra, aquello que controlan. Pues el conservatismo es, en toda la línea de la palabra, política de control y estética de manipulación.

Todo lo que se salga de este esquema entra en un mismo paquete, digamos: el de la anomia y la ausencia de valores, el de la anatematización y la violencia en sus distintas formas.

Una característica de la complejidad cultural de la historia de la humanidad consiste justamente en el reconocimiento explícito de que esta puede ser entendida como un cono invertido que va ganando en información, en aprendizaje, en enriquecimiento. Que se van ampliando gradual, o bien abruptamente.

Pues bien, el conservatismo se funda en una negación de la historia como un proceso que se va enriqueciendo: enriqueciendo en problemas, enriqueciendo en perspectivas, enriqueciendo en aprendizajes de muy diversa índole. En una palabra, la historia misma, sin más, se convierte en una ciencia políticamente incorrecta. Tanto la historia del arte como la de la cultura, la historia de ciencias particulares como la historia misma de la inter, trans y multidisciplinariedad. Las numerosas y muy ricas historias locales, y la historia de las sociedades y los continentes.

Al fin y al cabo, la sexualidad es un descubrimiento muy reciente en la historia de la humanidad. Recordando siempre que la sexualidad no consiste exclusivamente ni se reduce a genitalidad, analidad y demás. Lo cual sería un motivo de aún mayor confusión y alarma para los más retardatarios de la sociedad.

Afortunadamente, una constante de la historia consiste en el hecho de que la cultura siempre va por delante, y el derecho y la normatividad siempre van a la zaga de los acontecimientos. Si en materia de idioma o lengua el pueblo es rey, asimismo, en materia de costumbres es también el pueblo quien es siempre rey.

Y las costumbres son un fenómeno que no se reducen a universalidad abstracta ni a normatividad fría, las cuales nada pueden frente a las dinámicas y procesos de orden al mismo tiempo individual y comunitario. Que, ulteriormente, pueden contribuir a transformar un orden social.

Como quiera que sea, la estética y la política se refuerzan positivamente una a la otra y se implican recíprocamente cuando se trata de entender las costumbres humanas, los usos, las vidas específicas de los seres humanos. Para lo cual, el piso primero es y será siempre el problema del convivio. Convivir, vivir juntos aunque no siempre unidos.

¿América o Colombia?

Puede parecer un pequeño lujo intelectual ocuparse de los nombres de los países; o de los continentes. Los nombres, algo a la vez tan artificial y permanente. Sin embargo, hay ocasiones en las que una reflexión al respecto arroja luces insospechadas y nuevas para una mirada desprevenida.

El problema: “América o Colombia” hace referencia al nombre, significado, implicaciones, filosofías y consecuencias que, en un caso, hacen referencia a Américo Vespucio; y en el otro a Cristóbal Colón. Pero hay mucha letra menuda debajo del título. Hay que leerla con atención.

Tres nombres estaban al inicio en el partidor: Las Indias, que era el nombre que se le asignaban en España a las nuevas tierras; América, el nombre que muy pronto, a comienzos del siglo XVI, se le asigna al nuevo continente, en particular, en los países del centro

de Europa; y Colombia –junto con otras variaciones– que significa literalmente “la tierra de Colón”, en homenaje al viajero y descubridor genovés.

De acuerdo con la historia –o la leyenda–, Américo Vespucio puso el nombre de “América” sobre los mapas elaborados a raíz de los nuevos viajes y descubrimientos de 1492 y los años siguientes (1497, etc.). La Academia de Saint Dié, en la Lorena, publicará sendos mapamundis en los que aparece el nombre de América al lado de “Europa”, “África”, “Asia” y demás. Y el debate que perdura por parte de numerosos autores de diversas nacionalidades desde el siglo xvi hasta el xix, y que incluyen nombres como: *La Colonea*, *Colonia*, *Coloneo*, *Columbaia*, *Colombina*.

Lo que pudiera parecer una cuestión de chovinismo, o acaso de impronta intelectual, e incluso de reconocimiento u homenaje a un personaje u otro, esconde, en realidad, en este caso, un debate de ideas.

Muy específicamente, Francisco de Miranda es, en la historia del debate, una voz importante y el principal defensor para que a las nuevas tierras –y a sus habitantes, por consiguiente– se las llame “El Continente Colombiano”. En su gesta por la independencia, sostenía: “Nuestro principal objeto es la independencia del Continente Colombiano, para alivio de todos sus habitantes, y para refugio del género humano” (1998).

Bolívar, por su parte, pensaba en el público liberal europeo y, muy particularmente, francés, y confiere el nombre de Colombia para lo que originariamente eran Venezuela y el Nuevo Reino de Granada, aun cuando tuviera en mente la independencia de toda América. Su misiva en el Congreso de Angostura (1819) es ilustrativa al respecto. Y, sin embargo, Bolívar piensa en el continente como en América.

Miranda se enfoca, pues, en Colombia, y Bolívar termina adoptando el de América –con todo y su preocupación por el destino del Continente–, algo que deja escuchar con fuerza desde Haití y

en otras oportunidades. Digamos, de pasada, que el debate Miranda-y-Bolívar trata de dos vertientes de la masonería.

Las guerras de independencia, en un caso, estaban orientadas a recuperar lo propio, el continente de la libertad, el refugio del género humano. A los habitantes primeros del Continente les han sido usurpados todos los derechos, y les deben ser restituidos, contra las fuerzas extranjeras que se las arrebataron. De esta suerte, Colombia hace referencia a la creación o recuperación de un Nuevo Mundo inocente. En Bolívar no se encontrará, para nada, el llamado a una continuidad de las viejas civilizaciones indígenas; algo que sí estaba en el ideario de Miranda.

Olga Cook Hincapié escribió en 1998 un excelente libro: *Historia del nombre de Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1998. Una joya y una rareza en donde el problema de base considerado aquí está estudiado con todo detalle.

Ello, para no mencionar el hecho –delicado para una cierta tradición– de que Miranda era partidario de que con el Continente Colombiano “se convocara a una vida histórica propia” por parte de los habitantes de las nuevas tierras. Más allá de las herencias, deudas y favores hacia otras potencias. Algo que, al parecer, no alcanzó a vislumbrar enteramente Bolívar.

El trabajo de y sobre las palabras es un tema delicado. En la historia del pensamiento, el análisis del lenguaje es el patrimonio del empirismo lógico. Una tradición filosófica y científica, constituida y alimentada principalmente por lógicos y matemáticos. El análisis del lenguaje se traduce rápidamente en el reconocimiento explícito de que, efectivamente, hacemos cosas con palabras (Austin).

Pues bien, el drama de la existencia radica en que en numerosas ocasiones los problemas reales terminan resolviéndose en términos de palabras, y confundimos así las palabras con las cosas. Frente a este estado de cosas, la distinción de las palabras, la crítica de los

nombres y los conceptos, el análisis del uso del lenguaje se revelan como altamente críticos y radicales.

Para todos los efectos prácticos, digamos: América Latina: el último refugio del catolicismo (por eso la elección del papa Francisco). El último reservorio de recursos naturales. Acaso, incluso, la última frontera de desarrollo y crecimiento económico –una vez que los llamados “Tigres Asiáticos” hicieron lo suyo–. América Latina: la fuente para el estudio de la felicidad, las alternativas al desarrollo y el aprendizaje del buen vivir (*suma qamaña* y *sumak kawsay*). Muchos son los intereses y las miradas sobre Latinoamérica, y muchas también las esperanzas y los aprendizajes.

¿Colombia o América? (Incluso con ese apellido: América Latina). En ocasiones, las palabras terminan siendo lo último que modificamos.

Colombia: entre la polarización y más violencia

Es un principio de sabiduría de la vida válido también en política. Como se dice en términos populares: “¡El que se emberraca pierde!”. Pues bueno, la política colombiana se corresponde perfectamente con la historia del país. Una historia de violencia, una historia de eliminación sistemática de la oposición, en fin, una historia de polarización. Sin cambios estructurales, solo de nombres y rostros.

Antes de ayer, Santanderistas y Bolivarianos (seguidores de Santander versus los de Bolívar). Ayer, liberales y conservadores, chulavitas y pájaros. Hoy Santistas y Uribistas (seguidores de Santos y de Uribe), por lo menos si atendemos a los grandes titulares. Y los demás, anónimos e indefensos, o simbólicos y limitados.

Y siempre, la ausencia de argumentos, de programas y políticas. Pero lo más grave de todo: siempre, afanes partidistas, egos inflados, biografías turbias, y mucha mediocridad de lado y lado.

No existe en toda la historia del país, y nunca ha existido, un programa-país. Toda la historia nacional ha sido la de programas personales, programas de partido, intereses de clase, afanes privados, y mucha ilegalidad y corrupción campante. Por lo menos, para decirlo a la luz de una gran película argentina: esa ha sido hasta la fecha la Historia Oficial. Esa que se plasma en la gran prensa, la que se enseña oficialmente, la que se vive a diario.

Los más recientes acontecimientos son exactamente de este talante. Y todo con una finalidad: evitar las discusiones basadas en argumentos, los debates públicos, los programas políticos y las ideas. La historia colombiana ha estado sistemática y sistémicamente marcada por guerras sucias. Un pleonasma, en realidad: ¡como si hubiera guerras limpias!

La guerra, ese “arte” que vuelve a la gente mala y pérfida o bien que necesita de gente desalmada y violenta para hacerse posible.

Pudiera pensarse que todo está orquestado –hoy, como siempre–. Colombia, una isla en América Latina, y por ello mismo un bastión contra América Latina, si llegara a ser necesario. En esa política subrepticia y detrás de bambalinas, o en esas declaraciones aisladas y unívocas, sobre las cuales existen profusos ejemplos.

Un país que se desinstitucionaliza por obra de misma de las instituciones. Esto no puede ser casualidad. Y ciertamente no una y mil veces.

Fue justamente eso lo que vio con lucidez García Márquez y plasmó, poéticamente, en *Cien años de soledad*. Es a ellos, a esas clases dirigentes, a quienes se dirige la maldición: “no tendrán, porque no se lo han ganado y no se lo merecen, una segunda oportunidad sobre la faz de la tierra” (1967).

La verdad es que si uno de los bandos ejerce la guerra sucia, chuza, persigue periodistas, intelectuales, defensores de derechos humanos, y académicos y cuando puede se expresa de la mejor manera que puede (“¡Si lo veo, le rompo la cara, marica!”), el otro bando utiliza todo el poder de la maquinaria estatal para sus propio beneficio en una historia en la que el poder ejecutivo no ha cambiado absolutamente nada desde cuando Bolívar lo estatuyó.

Colombia es, desde el punto de vista de los poderes, acciones, articulaciones y extensiones del Poder Ejecutivo, un país del siglo XIX. Le falta mucho para llegar al siglo XXI. La Constitución de 1991 hizo mucho, pero dejó inalterado “el solio de Bolívar”, que es el nombre eufemístico de la Presidencia de la República.

Y claro, como las cosas siempre pueden ponerse peor, en el caso de que en la elecciones presidenciales del 25 de Mayo (y tres semanas más tarde, eventualmente) triunfe el Centro Democrático, las cosas sí pueden empeorar. En materia de seguridad ciudadana y persecución de cualquier atisbo de oposición e independencia –en toda la línea de la palabra–. Las fuerzas más oscuras parecen prepararse: en el clero como en el sector privado, en los sectores militaristas y guerreristas tanto como en el sector político y financiero.

De triunfar el candidato Zuluaga, el primer acto de su mandato será romper las conversaciones en La Habana. Y todo lo que física y simbólicamente ello entraña. Incluso sin importarle el apoyo de la Comunidad Internacional –Europa, EE. UU., la comunidad Latinoamericana– hacia la construcción de la paz.

La historia de Colombia en estos días es de aguda polarización –de medios de comunicación, de opinión pública, de partidos y personajes– y de violencia. Violencia verbal y guerra sucia.

Sin descartar la posibilidad de atentados violentos o incluso de autoatentados. Así fue ayer, ha sido, puede ser hoy o mañana.

Sin olvidar tampoco ese otro atisbo de lucidez de Marx: los pueblos tienen los dirigentes que se merecen. Solo que a Marx se le escapó que los pueblos tienen esos dirigentes después de que sus líderes —estudiantiles, campesinos, obreros, intelectuales, etc.— fueron sistemáticamente diezmados.

Una nube negra se ciñe sobre el cielo de Colombia. Pero, contra todas las apariencias, no es inevitable que perdure.

Colombia 2014-2015: comienzo oficial del posconflicto

El triunfo de Santos para el mandato 2014-2018 representa una garantía de que las negociaciones en La Habana seguirán por buen camino. Que ya lo estaban. Y que no dependían de Santos, pero que su reelección ayuda.

El triunfo en las urnas no es tanto el triunfo de un presidente con evidentes señales de mediocridad en todos los órdenes. Por encima suyo, triunfó el voto decidido que apoyó la paz, en contra de la guerra, de los sectores militaristas y guerreristas y de la extrema derecha que se encarna en Uribe, todos los congresistas electos del

Centro Democrático, y el procurador Ordóñez, como los principales puntales.

Las negociaciones en La Habana tiene una garantía sólida e irreversible: la decidida voluntad, acompañamiento y participación de la comunidad internacional. Con nombre propio: Estados Unidos y la Unión Europea, la comunidad Latinoamericana y los organismos multilaterales. Son ellos la verdadera gasolina de los acuerdos adelantados hasta la fecha en Cuba y de los previsibles próximos consensos entre las FARC y el gobierno de Santos.

Es, una vez más, cuando la política coincide con, se funda en y se expresa como geopolítica. Política de un mundo multilateral, política de un mundo diferente de suma cero, en fin, política de la sociedad de la información y del conocimiento.

En el 2014-2015 comienza formalmente el posconflicto. Una nueva etapa en la historia de Colombia. Y con ella, verosímilmente, de América Latina. Ahora bien, evidentemente que el proceso no será plano ni lineal. Los sectores más militaristas y guerrillistas aún se opondrán con todas las herramientas jurídicas y extrajurídicas a los acuerdos logrados en La Habana. La posibilidad de una Asamblea Constituyente será bombardeada desde diversos ángulos.

Pero la salvaguarda verdadera del posconflicto provendrá, sin ninguna duda, de la comunidad internacional, por encima de mezquinos intereses feudales, de pequeños intereses políticos, de rezagos de una historia de violencia que se niega a morir.

Digámoslo sin ambages: el ingreso al posconflicto –un período que será largo y que puede cobrar aún entre una y dos generaciones– no es tanto asunto de valores y ética, de humanismo y humanitarismo (lo que quiera que sean esas diferencias), de ideas y buenas intenciones. Para la institucionalidad –por tanto, pública y privada– del país tanto como para los principales países acompañantes y garantes es un magnífico negocio. El PIB podrá doblarse sin dificultad, incluso

de manera sostenida, ya desde los primeros años de la firma de la paz. Es de desear que el presupuesto social –educación, vivienda, seguridad social, salud– se vean verdaderamente satisfechos.

El primer mundo se encuentra en una crisis sistémica y sistemática sin parangones en la historia de la humanidad. Incluso la economía criminal viene a ser incorporada por parte de los principales países como un mecanismo para aumentar los datos macroeconómicos de crecimiento y prosperidad. Así las cosas, a ellos también les interesa reducir los gastos a la cooperación internacional. Justamente por ello, verosímilmente, entre el 2015 y el 2016 Colombia será admitida formal y oficialmente en la OCDE. Es un buen negocio para todos. Unos porque se creen del club de los millonarios y otros porque al admitir un nuevo socio ya no tienen que aportarle recursos de cooperación, que no son pocos.

Lo que se dirimía en las elecciones del domingo 15 de junio era el retorno a la extrema derecha guerrerrista de Uribe, o el camino por la derecha negociadora de Santos. Han sido las fuerzas y los votos, la opinión pública y la sociedad civil partidaria de la paz la que ha definido el triunfo de Santos. Ya fuera en contra de Uribe-Zuluaga, o bien por el mal menor que representa Santos.

Una nueva etapa de vida –individual y colectiva– comienza. Como lo enseña la historia, pueden aún existir notables altibajos. Pero el vector final es irreversible. Pero como todo fenómeno irreversible, y por tanto complejo, esencialmente abierto. No existe nada dado ni sentado, nada determinado y definido. Se ha despejado un enorme obstáculo con la derrota de Zuluaga-Uribe. El proceso del posconflicto apenas comienza. Y como toda creatura recién nacida requiere de los mayores cuidados permanentes.

Sobre la capacidad de apuesta. Un problema político

Es común escuchar hablar en los círculos académicos, en las reuniones políticas, y leer en la prensa en general, por ejemplo, acerca de las apuestas: “apostar por la paz”, “la apuesta por una medalla”, “apostar por el agro”, “apostar por la acreditación”, por ejemplo; y otras muchas expresiones semejantes.

Si bien pueden rastrearse, como ha sido efectivamente el caso, los orígenes hasta el *Mahabharata*, apostar es un fenómeno que, como tal, nace en los siglos XVI y XVII, en Europa, como consecuencia de lo cual nace un capítulo apasionante de las matemáticas y la ciencia

en general que es el *cálculo* de probabilidades, la confrontación con el azar; y más tarde la teoría de juegos. El tema fuerte, finalmente, es la aleatoriedad. Girolamo Cardano se destaca en los orígenes modernos del tema.

Hay sociedades de apuesta, sociedades de riesgo. Y también sociedades más conservadoras, más fundadas en verdad, certeza y toda clase de seguridades. Como lo sostiene N. Wiener (1948), el padre de la cibernética, existen sociedades de innovación y sociedades de conservación.

Pues bien, las teorías científicas nacen en contextos sociales bien determinados y con resortes culturales precisos. Olvidar esto equivale a un analfabetismo científico craso. Una teoría que nace en un entorno cultural, se desarrolla en otros lugares y momentos con otros rasgos distintos. Pues la cultura –esto es, la cultura y la biografía– desempeñan un papel fundamental pero invisible. Es la atmósfera de las ciencias y disciplinas.

Colombia, y buena parte de las culturas latinoamericanas, se han convertido en fuertemente conservadoras, desde el punto de vista de la mentalidad. Las religiones orientan con fuerza la mirada hacia la búsqueda de verdades y certezas. En la educación cualquier cosa parece deseable menos el escepticismo –esto es, el escepticismo académico, la duda metódica–. Por el contrario, el foco se sitúa en técnicas, herramientas y preguntas que se deben responder (a toda costa).

Apostar, en contraste, significa una literal capacidad de riesgo, de aventura, en fin, de desafío. Que no está desprovisto de la física capacidad de jugar, tanto como de imaginar opciones y alternativas. Un auténtico modo de pensamiento y acción políticos. Y de vida.

Ha devenido ya un lugar común, a partir de los estudios empíricos de Kahneman y Tversky que los seres humanos prefieren pájaro en mano a ciento volando. Esto es, una cosa es la cultura en la que emerge el cálculo de probabilidades, y otra aquella en la que se sis-

tematiza, en los EE. UU. Y aun otra distinta, aquella cultura, como la nuestra, en la que se lee el fenómeno.

Porque digámonos la verdad: los colombianos son conservadores en toda la línea de la palabra. Es lo que la cultura y el sistema justamente ha hecho de ellos. Notablemente, el estudio de las políticas públicas en el país deja en claro que no ha habido ningún gobierno que haya sabido apostar, arriesgar, desafiar –en toda la línea de la palabra–. Aquí es el cálculo lo que prima sobre las probabilidades. Y el cálculo se ha traducido como violencia y mucha segregación.

A nivel individual, particularmente en las grandes ciudades, prima una mentalidad más bien aseguradora, de contención, y apuesta pequeña, en baja escala, y sobre seguro. Cualquier cosa menos riesgo e incertidumbre. Dicho en la jerga de la teoría de la decisión racional, existe una marcada tendencia a favorecer las decisiones paramétricas sobre las estratégicas.

La religión tampoco es que ayude mucho. Y le educación menos, centrada, como lo está a desarrollar competencias –una moda más– y con esa veleidad que suena hermoso pero no dice nada: “aprendizaje significativo”.

Apostar, al fin y al cabo, no es un rasgo simple y llanamente cultural o humano. Es exactamente lo que hacen todos los sistemas vivos para vivir. Explorar posibilidades, desafiar límites y barreras, abrir horizontes, en fin, no descartar, sino jugar con la aleatoriedad misma.

Así que, en fin de cuentas, la expresión, muy colombiana, de apostar a cosas es, en realidad, al final, mera cuestión de palabras. Otra expresión retórica. Que es lo que sucede cuando las palabras terminan imponiéndose a la realidad, y deformándola. Por miedo a la realidad misma.

Es de desear que llegue el día cuando el país político y social, formal y étnico, aprenda a apostar fuerte. Que es cuando, por primera

vez en la historia, habremos aprendido a formular un proyecto-país. Mientras tanto, todo es cuestión de pequeñas apuestas mediocres de corte electoral, de partido, administrativas o de gobierno. Todas anécdotas ante la mirada de la historia.

Bien entendida, la política no es asunto de administración pública y gobierno. No sin ellos es, ante todo, el desarrollo de capacidades de desafío, riesgo, apuesta, exploración; en una palabra, cambio. Pues de eso se trata exactamente con las apuestas: en cambiar las cosas, no simplemente mejorarlas –para lo cual, literalmente no se requiere apuesta alguna–. Y la puerta que conduce a esa capacidad de cambio es el juego mismo por la innovación. En toda la línea de la palabra.

Solo que mientras que se habla, con la boca llena, de innovación, la verdad es que el Estado y la economía, las instituciones y muchas organizaciones le tienen pánico a la innovación. Y por ello, claro, no les enseñan a sus ciudadanos a apostar. Que es pensar y soñar en un futuro nuevo y mejor, a largo plazo.

El sabor agridulce de las acreditaciones de universidades

Las universidades con acreditación institucional como de “Alta Calidad” son en Colombia hasta la fecha veintiocho (28). Estas son:

Universidad de los Andes, Escuela Naval de Suboficiales – ARC–, Javeriana, EAFIT, UIS, de la Salle, del Norte (Barranquilla), Externado, del Rosario, de Caldas, de Antioquia, de la Sabana, UPB, UTP (Pereira), del Valle, de Medellín, Escuela de Ingeniería de Antioquia, Nacional de Colombia, ICESI, UPTC (Tunja), Tecnológica de Bolívar, UNAB (Bucaramanga), Escuela de Suboficiales de la FAC, USTA, Autónoma de Occidente, Fundación Tecnológica Antonio de Arévalo –Tecnar–, DINAÉ (de la Policía Nacional), Jorge Tadeo Lozano (lista de IES acreditadas institucionalmente, consultada el 22 de septiembre

de 2013). La información en la web tanto del Ministerio de Educación como del CNA está desactualizada.

Las acreditaciones institucionales tienen un claro significado que apunta hacia la calidad de una institución de educación superior (IES). Y pueden ser leídas con varias lentes.

Representan un avance importante, en muchas ocasiones, a escala regional. Sin ninguna duda, se traducen en mejores políticas internas para el cuerpo de profesores, pues se promueven mejores condiciones laborales; son una señal de calidad para los estudiantes y sus familias, y que, por tanto, la “inversión” está mejor hecha que con universidades que no están acreditadas; que existen en principio reglas de juego claras a nivel administrativo. Muchas tienen muchos convenios internacionales, pero como se dice (con razón): “el papel todo lo aguanta”; esto es, en la mayoría de los casos se trata de convenios minimalistas y de poco alcance real para el país. Con las acreditaciones se despierta un cierto sentido de orgullo interno en cada IES que favorece en algo a la comunidad universitaria como un todo. Esto es, las acreditaciones son socialmente un logro importante.

Pero el sabor de los procesos de acreditación es, en general, agri dulce. El hecho de que las Universidades sean acreditadas no se traduce necesariamente en calidad académica y científica. Existen, en efecto, varios nombres en los que sus índices de publicaciones son muy bajos, o en los que los profesores con doctorado se cuentan con los dedos de las manos, aproximadamente. Hay muchas de estas universidades en las que los salarios no son los mejores, en los que hay confesionalidad que limita la libertad académica y de pensamiento, y que internamente predominan los administrativos sobre la academia. Con notables excepciones, claro.

Es un secreto a voces: el sistema está corrupto en general. El de los procesos de acreditación universitarios, tanto como el de los procesos de acreditación de programas. Solo que nadie o muy pocos

se atreven a decirlo en voz alta. Es como el cuento aquel del rey desnudo. Nadie lo ve desnudo hasta cuando un niño lo grita con voz fuerte: “¡El rey está desnudo!”.

Los procesos de acreditación no están exentos de política, y de influencias gubernamentales, o económicas. Hay incluso grupos de poder, de tal o cual tinte, detrás de estos procesos. Y tampoco están exentos de intereses económicos. Pues es evidente que una acreditación es adecuadamente entendida por el mercado como una marca de calidad, y que entonces se traduce en mayores ingresos por diversas fuentes. A las cosas por sus nombres: las acreditaciones institucionales son cuestión de negocio: mayores ingresos, como resultado de un *good-will* de marca.

Los procesos de acreditación son, en Colombia, fenómenos de microgestión en el sentido de que es cada una de las IES, trabajando denodadamente, día y noche (literalmente) cada una para sí, cada cual por sí misma. Las políticas del Estado acerca de calidad de la educación superior están, pues, sujetas a los intereses de cada universidad, tanto más en un país con un muy elevado número de universidades privadas.

Un secreto a voces: el número de universidades acreditadas es, hoy por hoy, más elevado de lo que alguna vez, “subjetivamente”, se pensó que habría. Y hacia futuro el número crecerá, con toda seguridad. El techo se ha bajado, y el listón parece de plástico. Y sobre todo, la vida académica, intelectual, artística y científica no se destaca en el primer plano, pues los administrativos y los sistemas de control, junto a los procesos jurídicos, son verdaderas talanqueras.

En muchas de estas universidades, los profesores trabajan para los estudiantes, y estos sienten a los profesores como empleados suyos. Pues pagan matrículas elevadas. Y no existe un clima universitario al tenor de los mejores centros universitarios en el mundo; o en los más destacados en América Latina. Las acreditaciones institucio-

nales contribuyen, ciertamente, a la vida académica, pero son, ante todo, procesos administrativos, y de ingeniería.

Una expresión en boga es el aseguramiento de la calidad. Que son, en realidad, mecanismos de contención antes que de liberación o promoción de vida investigativa e intelectual.

Existen varios grupos económicos internacionales tocando a las puertas de varias universidades. Unas ya han sido adquiridas, y se sabe. Otras han sido adquiridas y la sociedad no tiene aún conocimiento. Y otras más están siendo cortejadas y el resultado solo se sabrá cuando se hayan hecho las transacciones financieras. Que para las transnacionales es pagar casi a precio de huevo, y para los dueños de las Universidades muy jugosos contratos y beneficios.

Un grupo de las siete u ocho universidades de excelencia se mantiene en la delantera de manera sólida. Primeras en casi todos los rankings: pruebas Saber-Pro, producción científica, y demás. Sigue habiendo una ventaja grande de ese grupo puntero sobre todas las demás.

El sistema está corrupto, globalmente hablando. Pero establece, a trocha-mocha, cambiando con frecuencia –como lo hace notablemente Colciencias–, los criterios, las reglas de juego, los sistemas de reconocimiento. Pero hay avance contenido, digamos. Sin embargo, para hacer solo un parangón, lejos, muy lejos de lo que sucede en Ecuador, por ejemplo.

El presidente Correa ha establecido que no es posible ser profesor titular, decano, vicerrector, rector, y demás cargos semejantes, si no se tiene doctorado (Ph.D.). Ya ha cerrado 18 universidades “de garaje”, y ha abierto cuatro más. Y ha lanzado el plan “Prometeo” como política nacional. Para el año 2017 Ecuador tendrá 10 000 doctores graduados. Los actuales directivos tienen un plazo de cinco años, de los cuales ya ha transcurrido un año. Una política nacional del conocimiento.

En Colombia, en cualquier caso, la lista que tenemos es la de las mejores universidades, institucionalmente hablando. Y en ellas hay muchas nubes, grises y negras. ¿Cabe imaginar lo que acontece en la inmensa mayoría de las otras universidades?! Aquellas que, voluntariamente, no se someten a los procesos de acreditación. De los muchos diagnósticos posibles uno salta inmediatamente a la vista: verdaderas hemorragias sociales. Y atraso político en materia de conocimiento.

Teología de la liberación: ¿remix, reloaded, o segundo tiempo?

Es un secreto a voces y una noticia mundial: el papa Francisco está recomponiendo el terreno para la reconciliación del Vaticano con la teología de la liberación. Se veía venir, la verdad, luego de los gobiernos de Juan Pablo II y Benedicto XVI, los representantes de lo más retro en la iglesia católica. Con sus propias fuerzas, con nombre propio, apoyándolos.

La teología de la liberación fue ese movimiento dentro del catolicismo, a partir de las comunidades de base, que surgiera a raíz del Concilio Vaticano II y, notablemente, a partir de la Conferencia

Episcopal en Medellín en 1968. Eran los tiempos de 1968: la protesta contra la guerra de Vietnam, la caída del neocolonialismo, el triunfo de la revolución cubana luego de todos los ataques, el Ché Guevara, Franz Fanon, Praga de 1968; en fin, Mayo de 1968. Que al decir de un historiador como E. Hobbbsbawn, ha sido el cisma más grande al interior del sistema capitalista.

La teología de la liberación puede resumirse en unas cuantas frases: marxismo y catolicismo; liberación en la tierra; fe liberadora y no alienante; el Cristo de los pobres y para los pobres, por ejemplo. Los nombres originariamente de cuño latinoamericano incluyen, entre otros, a Gutiérrez, L. Boff, Hinkelammert, L. Múnera, Camilo Torres, Romero, Sobrino, Segundo, por ejemplo.

Es decir, antes que una concepción sacrificial de la existencia, se trata de reconocer que la salvación del alma no es posible sin el cuerpo mismo, y que la salvación sucede aquí mismo en la tierra, y no en el cielo. Nadie que no se gane el respeto en la tierra podrá tenerlo en cualquier cielo o paraíso. O inversamente, la condena histórica se corresponde exactamente con la condena eterna.

Ahora, en la reconciliación propuesta por Francisco desde el Vaticano, es claro que (a las cosas por su nombre) varios jesuitas, que sin ser, en absoluto progresistas, se verán beneficiados por la sombra de teólogos de verdadero calibre como Hinkelammert, Boff, Sandino o Gutiérrez.

Culturalmente, la teología de la liberación se corresponde —es la contracara de la moneda de un pensamiento crítico y propio latinoamericano— con esa otra historia apasionante de pensamiento y ensayistas latinoamericanos: Mariátegui, Vasconcelos, Reyes, Romero, Henríquez Ureña, Fernández Retamar, Martínez Estrada, y tantos otros más. Todos originales, todos críticos, todos radicales e independientes. Profundamente comprometidos con lo social y con Nuestra América.

Con la reconciliación que propone y, con seguridad, llevará a cabo Francisco, son varios los beneficiados, así:

Se beneficia la iglesia católica, desde luego: es un *reloaded* porque quiere así recuperar el terreno perdido, que parece a todas luces irreversible: laicización de la sociedad, pérdida de vocación, conventos y monasterios cerrados, ausencia de relevo en los cuadros directivos por crisis generacional al interior de las diversas órdenes religiosas del catolicismo, pluralismo ético y axiológico, y la pérdida del mercado de fieles por parte de las iglesias cristianas notablemente.

Se beneficia el liberalismo político y filosófico, pues ante la evidente derechización del mundo contemporáneo (este será el tema de otro texto aparte en el futuro), se requiere un segundo aire para el liberalismo. Que puede ser entendido como la socialdemocracia. Y que son la mayoría de los partidos socialistas de Europa, que no son otra cosa que partidos socialdemócratas; en el mejor de los casos (cuando no son directamente de derecha).

Se beneficia la izquierda, la cual dada la crisis estructural de los discursos de la izquierda particularmente debido al fracaso del llamado socialismo real y la consiguiente desaparición del bloque socialista, puede encontrar un segundo tiempo para revitalizar sus discursos, y su accionar político.

Pero se benefician, ante todo, los pobres y los necesitados, los excluidos y los invisibles, los sin-voz y los marginados. Pues pueden encontrar una fuerza de esperanza, un aliciente de fe y confianza. Pueden encontrar en la unión la fuerza que necesitan para vencer, de una vez por todas, los oprobios producidos por los grandes poderes predominantes.

Ahora bien, la teología de la liberación no existe ni es posible sin los teólogos de la liberación. El principal problema, sin embargo, es que los teólogos de la liberación están ya algo mayores. Por tanto, más sabios, pero menos osados en materia de acción, y de organiza-

ción. Deberá, por tanto, formarse a jóvenes teólogos de la liberación, lo cual, dada la crisis de vocación dentro de las comunidades religiosas, implica que el impacto social y político no será el mismo que en los años de 1960 y 1970. Dada, además, la singularidad de que hoy en día la teología y la religión tienen una importancia menor que en el pasado.

En consecuencia, dos conclusiones rápidas se siguen, disyuntivas: o bien, esta situación implica un enorme reto social, cultural, teológico y político, o bien lo del papa Francisco no pasará de ser un acto que mira bienintencionadamente hacia el pasado, pero resulta artrítico ante el futuro. Solo la capacidad de resiliencia de lo más progresista de las diversas comunidades religiosas podrá dar respuesta satisfactoria a este dilema. Y, mientras tanto, el tiempo apremia, pues la inequidad y la violencia, la pobreza y la indignación no disminuyen.

En honor a la verdad, hay que decir que el segundo tiempo de la teología de la liberación no será, en manera alguna, igual al primer tiempo –ese entre 1960 y 1970–. Porque el tiempo ha transcurrido, la historia ha variado. El segundo tiempo de la teología de la liberación será un remix, esto es, los motivos originales se alimentarán y fusionarán con otros recientes que el primer tiempo no conoció. Notablemente, el ecologismo, el feminismo, el movimiento LGBTI a nivel mundial, la Femen mismas, si se quiere, varios otros motivos de orden científico, filosófico y ético que, sin embargo, aquí por razones de espacio, no cabe precisar de manera puntual, pero que apuntan a los nuevos desarrollos del pensamiento de punta. Ya no es única y principalmente el marxismo –entonces vigente físicamente, antes de la caída del muro de Berlín en 1989, la Perestroika y el Glasnot–, el que será el primer o principal alimento complementario de la teología de la liberación.

La izquierda –las izquierdas, en rigor, deben re-alimentar su propio discurso ante la crisis ideológica del marxismo–, y correspon-

dientemente, la teología de la liberación podrá buscar otras fuentes de nutrición en los mejores desarrollos de la ciencia y la epistemología contemporáneas.

Como quiera que sea, al fin y al cabo, según parece indicarlo una parte de la historia, los cambios sociales y políticos, las revoluciones, si se quiere, no pueden hacerse, en determinadas circunstancias, sin la iglesia; esto es, sin una iglesia determinada, dado su papel en la cultura.

Ulteriormente, para ser sinceros, el problema no es la iglesia católica o cualquier otra iglesia, o vertientes de ellas. Pues lo verdaderamente fundamental es el papel activo que juegan o pueden desempeñar en la democracia, en la defensa de los valores populares y nacionales, en la defensa y promoción de los derechos humanos; en fin, en la denuncia de las tiranías de todo tipo, los excesos, los desmanes y las violencias del poder institucional y del *statu quo*.

Con todo lo anterior, gana ante todo la esperanza, el optimismo y las posibilidades de la vida. Que es lo que verdaderamente cuenta e interesa. Todo lo demás son accesorios o coadyuvantes.

El costo institucional del problema agrario

En la historia de Colombia solo dos veces algún gobernante intentó elaborar una reforma agraria, desplegar una política de apoyo abierto al agro en general. Primero fue A. López Pumarejo, y más tarde C. Lleras Restrepo. Y ambos fracasaron. Estuvieron, literalmente, a punto de perder el poder, si no la vida por su intento.

La reforma agraria es un asunto eminentemente liberal. Burgués, por tanto. Nada tiene de marxista ni de comunista. Es, simple y llanamente, la idea de desarrollo agrario para alimentar al propio pueblo. Así fuera para después ponerlo a trabajar. La mayoría de los

países europeos llevaron sus reformas agrarias en el contexto del desarrollo del estado nacional, de proyectos-país, para consolidar la república. Y en América Latina, con variaciones, fueron logros que llevaron a cabo otros países entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Pero en Colombia, las élites nacionales jamás tuvieron una política agraria que pudiera ser considerada como algo semejante a una política pública. Colombia pasó de la mita y la encomienda, directamente al latifundio y la inequidad en el campo. Es decir, pasó del medioevo a la Edad Media. En materia agraria, lo de Colombia ha sido eterno retorno de lo mismo. Y, por tanto, sus consecuencias: violencia en el campo y contra el campo, aislamiento de la ciudad y el campo (que en Colombia se denomina eufemísticamente: “Bogotá y la provincia”, cantada por un cantante de vallenato, y reiterada en estos días a raíz del cambio de gabinete del presidente Santos).

En honor a la verdad, a Santos le estalló la bomba agraria, resultado de toda una historia de inequidad, abandono y violencia. Colombia, un país de regiones, inmensamente rico en naturaleza, que, sin embargo, específicamente a partir del neoliberalismo (“modelo neoclásico”) importado por el gobierno de Gaviria y sostenido y alimentado hasta la fecha por todos y cada uno de los gobiernos habidos, importa el 80 % de la comida que consume. Totalmente irracional (y solo aceptable para un archipiélago como Japón).

El costo institucional de las protestas agrarias –la cuestión agraria– es que Santos perderá la reelección en el 2014. Él, que quería, a semejanza de un expresidente de EE. UU., “traicionar a su clase” para pasar a la historia.

Pues esa es su verdadera finalidad, su sueño, su pesadilla. Pasar a la historia. A diferencia de su predecesor que duró ocho años –gracias a haber cambiado las reglas para beneficio propio–, y que pasará a la historia como una anécdota. Una muy mala anécdota.

De familia de expresidentes, miembro de la más encumbrada aristocracia colombiana, él mismo no puede perdonarse no pasar a la historia, que, lo sabe bien, es el verdadero mérito de los gobernantes y políticos.

Y, sin embargo, el verdadero costo del problema agrario no es el institucional, sino el social. Cincuenta años de cruenta guerra civil, en los que la guerrilla y el Estado alcanzaron, a un altísimo costo humano, un equilibrio estratégico, con ventajas diferenciadas de orden táctico. Con el costo social subsiguiente.

El problema agrario es la mejor expresión de que en Colombia jamás ha habido un proyecto nacional. Toda la burguesía en Colombia traicionó el papel que le correspondía históricamente: desarrollar las fuerzas productivas, cuidar a su sociedad y nación, elevar la calidad de vida interna. Eso es lo que hace históricamente la burguesía, para fortalecer su apuesta por el sistema de libre mercado. Pero en Colombia ni siquiera eso. Y como lo dice con fineza García Márquez al final de *Cien años de soledad*, una burguesía semejante no merece una segunda oportunidad sobre la tierra. El papel que debía jugar jamás lo entendió, jamás ni siquiera lo leyó. Una burguesía históricamente analfabeta, miope y bruta. Y por eso mismo violenta.

¿Que las negociaciones de la Habana son un proyecto nacional, una política de Estado, un proyecto-país? Eso no se lo cree nadie. Nunca sobraría recordar que luego de echar lápiz y papel, como se dice, los principales gremios y poderes del país llegaron a la conclusión que, literalmente, la paz es el mejor negocio. Pues con la firma de la paz en La Habana, el PIB aumentará entre dos y tres puntos por año.

Lo de La Habana no es nada de altruismo o democracia, ética y buenos valores. Es cuestión de oportunidad de negocio, mejorar la imagen internacional del país, y atraer a los más prestigiosos capitales internacionales. Y eso: crecer económicamente. Que es algo perfectamente distinto al conjunto de temas y problemas relativos

al desarrollo. Dentro de los cuales, el tema agrario es fundamental e inaplazable.

La consecuencia social –no ya institucional– de la cuestión agraria, consiste en que todos los gobiernos que nunca fueron capaces de llevar la reforma agraria al terreno que corresponde, hicieron de Colombia el segundo país más inequitativo en el mundo; el segundo país con mayor desplazamiento forzado en el mundo, uno de los países con mayor falta de transparencia en el orbe mundial.

Santos está tocando a las puertas de la OCDE pidiendo que Colombia sea acogida en el club de los países más ricos y desarrollados. Si la OCDE lo acepta, habrá una enorme inconsistencia: será el único país miembro que jamás llevó a cabo una reforma agraria. Con todas las consecuencias necesarias.

Al presidente Santos le queda un año de gobierno. Y su verdadera preocupación no es la de resolver la cuestión agraria, sino la de hacerse reelegir. En un país con todos los grandes medios puestos a su disposición, y con una corta memoria histórica, es posible que lo logre. Pero, si lo logra, será su verdadera tragedia (la de Santos). Pues carece de un proyecto-país. A diferencia de varios de los gobiernos de América Latina.

Una observación final: la expresión más puntual de que Santos carece de un proyecto-país es que en el marco de la sociedad de la información y la sociedad del conocimiento, Colciencias fue entregada, con criterios eminentemente políticos, a un partido de estos, algo que jamás había sucedido. Y que su locomotora de la innovación jamás prendió ni siquiera motores. Y que el conocimiento no aparece ni de lejos como una preocupación central de este gobierno. Pero muchos otros argumentos pueden presentarse sin ninguna dificultad. Un proyecto-país: nada de eso suena ahora en las agendas y nombres pre-electorales. Otro motivo más para la abstención.

La protesta social como una fiesta

Los grandes medios presentan a la protesta social de manera amañada, ideológica. Y el lector medio se chupa acriticamente esa lectura. Pero una observación desprevenida, fenomenológica, arroja mejores luces sobre la protesta social; las protestas, en realidad.

Las marchas en las ciudades y pueblos, en las carreteras y en las plazas son verdaderas fiestas sociales. Gritos, música y cantos, arengas y carreras. Grupos de gente que se conocen por el trabajo o el estudio, del campo o de la ciudad, se mezclan y comparten –basta verlo– una misma alegría. Como una autentica orquesta improvisada. La improvisación, uno de los ápices del arte.

Ya lo decía, en otra época y en otro contexto Marx (1852) (*El 18 Brumario y La lucha de clases en Francia*): la revolución es la fiesta de los pobres, de los explotados.

Vemos una corriente de gente gritando y vociferando, arengando y cantando, tocando ritmos diferentes, y grupos de jóvenes tomados de las manos, cantando y corriendo como solo los jóvenes felices lo saben hacer. Haciendo del tiempo el tiempo propio. Y mostrando que las calles les pertenecen. Hablando y gritando las esperanzas que tienen, los dolores que los aquejan. Denunciando los oprobios y anunciando en breves eslóganes –aforismos– los sueños que tienen. Todo al mismo tiempo. Como en una orquesta se combinan los vientos y las cuerdas, los metales y los tambores. Con bajo continuo incluido, con destrezas y direcciones del violín primero. Una coordinación adecuada de la batuta diligente del director de la orquesta. Para el deleite del público. Solo que en las protestas sociales la orquesta es el público mismo.

La gente no viste vestidos elegantes, sino ropas cómodas, ligeras, zapatos cómodos y confortables. Como cuando se va a paseos de descanso. Justamente, como cuando se va a las fiestas casuales.

Cuenta la historia que cuando los revolucionarios de 1789 se dirigían a la Bastilla, ya en la toma definitiva de París, para liberar a los presos que allí se encontraban, comenzaron, espontáneamente, a disparar a los relojes de las torres de las iglesias. Para señalar que allí moría un tiempo, y otro tiempo nacía. (En la Bastilla había unos muy pocos prisioneros, uno de los cuales era el Marqués de Sade. Al cabo de un breve tiempo, la revolución volvería a encarcelar al Marqués, por anti-revolucionario).

La protesta social puede salirse de cauces, y se sale en ocasiones. Con o sin necesidad de filtraciones. Policíacas o guerrilleras. Como en las fiestas hay siempre alguien que en algún momento se

salga de cauces, comience con chistes de tono fuerte, o invitaciones salidas de tono. Conocidos, o ajenos.

Y sí, las protestas sociales son ensayos para la gran fiesta. Incluso, eventualmente, aunque la gran fiesta se demore o nunca llegue. En la fiesta, por definición, importa el momento, y hay que aprovecharlo. Cualquiera que sea el nombre de la fiesta, y la forma de la misma.

Fiesta contra el mundo laboral uniformemente siempre el mismo. Que esa es la primera forma de alienación contemporánea: no en el extrañamiento en el producto —¡también!—, cuanto en los tiempos anónimos del trabajo y la labor. Esa perversión que es vivir para trabajar. Fiesta contra los días anónimos y aburridos. Fiesta para sentir la vida misma.

Siempre hay en las fiestas quienes no saben manejar el licor y la algarabía y se desmiden. Asimismo la sociedad y el pueblo debe aprender a manejar la fiesta. Que es cosa que se olvida pronto, para organizar la siguiente. Porque toda buena fiesta siempre anuncia la siguiente.

¡Hay que ver los rostros de contento de quienes taponan las vías! Es una alegría, de veras. No lo hacen como trabajo y menos con angustia. Mientras cargan piedras grandes, o queman llantas, se ríen; hay alegría en los taponamientos. ¡Hay que ver los rostros de alegría de los jóvenes que se toman de la mano y de sorpresa se dirigen corriendo hacia la policía a quienes los abrazan! La policía no está preparada, no está hecha para las fiestas. Hay que enseñárselo y ganarlos así, para cuando llegue la verdadera primavera.

Como en las fiestas, hay también quienes confiesan sus dolores y desventuras en un momento dado. Y a nosotros, que a veces apenas sí los conocemos, nos confiesan sus cuitas. Esos son también los momentos de las protestas sociales. Actos humanos, ante todo, jalonados

por historias de vida en tiempos y en contextos claros, marcados por turbulencias e inestabilidades. Son las protestas contra la ignominia.

Tomarse las calles y mostrar el caos que es el transporte público, y mostrar que las calles no son de esas máquinas que son los automóviles, sino de la gente. El espacio público se convierte en espacio de encuentros casuales y organizados a la vez. Y la gente comparte sus historias, como se comparten momentos en las festividades.

Tomarse las calles y la plaza pública, tomarse las carreteras, las ciudades y los pueblos. Aunque sea un momento. Un largo momento que es el resultado de reuniones preparatorias para la fiesta, y que presagian reuniones posteriores que pueden organizar festividades nuevas.

El poder del Estado, el poder financiero y militar le teme a la alegría y a las fiestas populares porque en ellas, lo primero que salta a la vista —*prima facie*— no son las ideologías ni los poderes y las fuerzas, sino la alegría y las esperanzas, los horizontes y la fuerza misma de la vida.

La protesta social es una fiesta política.

Nosotros en la tierra

El planeta puede y debe ser visto como un organismo vivo. Una idea que ya encuentra hoy, en la ciencia occidental, varios lustros de reconocimiento y que, sin embargo, en las culturas ancestrales de nuestra América es ya milenaria: la *Pachamama*.

En una fórmula acertada y ya clásica, J. Lovelock señala cómo la biosfera, a la que él en alusión a la mitología griega denomina como *Gaia*, exhibe rasgos fisiológicos. El problema serio es que *Gaia* está enferma. Tiene problemas de hipertensión (veranos calientes y largos), tiene problemas respiratorios (contaminación del aire), tiene problemas cutáneos (erosión de los suelos, desertificación, inundaciones), problemas digestivos (aguas subterráneas contaminadas),

piensa, y la corteza cerebral somos los seres humanos. La enfermedad de *Gaia* está (sobre) diagnosticada.

El ex vicepresidente de los EE. UU., Al Gore, viene proclamando, con tono apocalíptico y dramático, que la crisis medioambiental corre el peligro de hacer que los seres humanos desaparezcamos de la faz de la tierra. En un libro científicamente pésimo y en un video, igualmente, científicamente insostenible.

Lo que olvidan Gore y compañía es que la historia siempre ha puesto de relieve que cuando una élite tiende a desaparecer —un sistema político, religioso o cultural, por ejemplo—, siempre identifica el final de su propia especie con el final de la humanidad. Un rasgo del milenarismo.

Asistimos al final de una época, ciertamente. El final de la cultura y de la civilización tal y como las hemos conocido. El final de un estilo de vida. El final de determinadas relaciones entre los seres humanos, y entre ellos y la naturaleza, por mencionar unos pocos rasgos.

Más específicamente, se trata del final de ese estilo de vida que es el consumismo. La creencia en la superioridad ontológica y moral de los seres humanos sobre la naturaleza. El final de la explotación e instrumentalización de unos seres humanos por otros. El final, en fin, del sistema de libre mercado, del capitalismo y esa cultura fundada en las tres religiones monoteístas de Occidente. En fin, el final de la occidentalización de las culturas y las sociedades. 2500 años, mal contados.

Si la crisis que vivimos hoy en día tiene un claro rasgo diferenciador con respecto a todas las crisis habidas en la historia de la humanidad es el hecho de que es sistémica; esto es, planetaria. Pero debido a la hegemonía de lo que culturalmente se llamó el modelo eurocentrista, y que corresponde en los tiempos que corren, a la hegemonía de los EE. UU. y a sus alfiles corresponde, en realidad, a la crisis del sistema capitalista.

Los signos de la crisis sistémica son evidentes, y los diagnósticos son ya múltiples y ricos. En muchas ocasiones acertados. ¡Qué época cultural e intelectualmente apasionante la nuestra! Rápidamente: es el final del sueño fascista y nacional-socialista. Se derrumbaba, literalmente, el muro de Berlín. Europa se cae a pedazos, sin exagerar. Y los EE. UU. tiene una muerte lenta, larga y penosa.

El capitalismo se desmorona a ojos vista. La propia canciller alemana A. Merkel reconoce que la salida de la crisis no está cerca. Los índices de recuperación apenas sí son perceptibles. Y mientras tanto, la naturaleza, atacada, reacciona. Como dicen equivocadamente los medios, “con violencia”. ¡Pero la naturaleza jamás es violenta! La violencia solo existe en el marco de la cultura humana. La enfermedad de *Gaia*, en su última fase, se llama el sistema de libre mercado.

Tifones en la India y China, Huracanes en el mar Caribe y en el sur y la costa este de los EE. UU. tornados constantes y cada vez más fuertes en los estados centrales de los EE. UU. temblores de tierra y terremotos frecuentes en las principales cordilleras alrededor del mundo. Los evidentes signos de sequía en Oriente medio. Inundaciones regulares y crecientes en el sureste asiático.

Más las responsabilidades propiamente humanas, económicas: la central nuclear de Fukushima; el nunca más mencionado error craso de Chernóbil, en Rusia. Y el rampante modo de vida consumista que genera necesidades a través de sus demonios que son la publicidad, la propaganda y el diseño industrial y otros. Y los biocombustibles: literalmente dejar de alimentar a los seres humanos para alimentar a las máquinas: los automóviles. En medio de la crisis, decoración, mucha decoración. La total inversión de todos los valores (Nietzsche); esto es, el olvido de la voluntad de vivir, vivir en y con la naturaleza, nunca contra ella.

La naturaleza actúa en tiempos de densidad natural, no humanos. La larga duración de la historia (Braudel, si se quiere). Contra un sistema económico, político y cultural que es inmediatista y efec-tista. Que no quiere saber del tiempo a largo plazo porque ya no tiene futuro. En escala histórica, claro. Y cualquier pelea que se entable con la naturaleza la lleva perdida el ser humano. Lo sabe la sabiduría ancestral, lo saben los pueblos mal llamados “primitivos”.

Sí, la naturaleza está golpeando, principalmente a quienes más atentan contra ella. ¿Es esto panteísmo? Nosotros, los seres occidentales, no hemos logrado comprender que la Pachamama siente y actúa: nosotros que creemos torpemente que solo los seres humanos sienten y deciden.

La naturaleza “experimentó” exitosamente con los dinosaurios por 250 millones de años. Hasta que un meteorito intervino aleatoriamente. Con los homínidos ha “experimentado” un millón de años. Para no hablar de esa especie de homínidos que se llama a si mismo *Homo Sapiens*, que lleva apenas 40 000 años de historia. Un suspiro en tiempos geológicos, 2500 años de esta civilización. Frente a otras que vivieron mucho más tiempo: egipcios y mesoamericanos, chinos e indios, notablemente (mínimo 3200 años).

La tragedia de la humanidad estriba en que Occidente confundió su propio destino con el destino entero de la humanidad. Pero frente a esta idea numerosas comunidades locales –sí: locales– aprenden otras formas de pensamiento y de vida, de decisiones y relaciones consigo mismos y con el universo entero. Y no es ni Nueva Era, ni posturas marginalistas. Es mucha y buena antropología y sociología rural; mucha buena etnografía y micro-historia. Esos conocimientos que no circulan a través de los grandes medios de información y educación, pero que comunidades de académicos convierten en sus temas de trabajo.

El final de Occidente ya comenzó. Y el nombre que adoptan las alternativas a Occidente es la recuperación del buen vivir. Y que en nuestra América se llama *suma qamaña* y *sumak kaway*. Recuperación para mirar hacia adelante. Soberanía alimentaria, trueque e intercambio, liberación del consumismo, escuchar y aprender de la naturaleza, que siempre puede ser vista como buena.

En el peor de los casos, el final de los seres humanos puede ser dramático. En primer lugar para ellos mismos, claro. Y luego también para todas aquellas especies que hemos hecho que dependan de nosotros (la mayoría de los mamíferos superiores, y varios tipos de plantas). Existe un documental acerca de *El mundo después de nosotros* que hace una sugestiva reflexión sobre esa posibilidad. Al cabo, muy rápidamente, *Gaia*, *la Pachamama*, la biosfera –como se quiera– puede recuperarse. Y la vida continua, indefectible, irremisible, crónicamente optimista.

Colombia no está en América Latina

Los pueblos y las sociedades son muchas veces lo que los gobiernos y los dirigentes deciden, piensan, hacen y les agrada. En eso consiste la importancia y la tragedia de la política y el gobierno.

Históricamente ha existido una especie de desconfianza de los países y sociedades de América Latina hacia Colombia. Las élites gobernantes en el país nunca se han hecho respetar o querer en el contexto latinoamericano. A diferencia de sus escritores y pintores, de sus artistas y cantantes, de sus poetas, estudiantes y académicos, notablemente.

Geográficamente, Colombia pertenece a América Latina, pero no más. Emocional y afectivamente nunca lo ha pertenecido. Culturalmente tiene etnias e idioma semejantes con otros países de la región, pero no más.

Exceptuando a Bolívar (¡y eso!), desde la independencia de 1810 y 1819, las élites colombianas siempre han mirado a otras geografías, como referentes y enseñanzas, como modelos y ejemplos, y nunca a América Latina. A no ser, como muy recientemente, varias empresas y bancos, como beneficio, mercado y oportunidades de ganancias. Y ello en marcado contraste con otros países que sí están y han estado social, cultural y políticamente en Latinoamérica.

Las élites colombianas jamás se han identificado con la idiosincrasia cultural de la región con la sorpresa de que para Europa Colombia apenas sí es relevante, y que para los Estados Unidos se trata simple y llanamente de su patio trasero. En otras palabras, jamás ha habido reciprocidad de parte de las sociedades y estados europeos y estadounidenses como pudiera haberse imaginado y como lo hubieran anhelado siempre los gobernantes nacionales.

A la tragedia de que nuestros pueblos precolombinos jamás tuvieron el desarrollo, la historia y el alcance de otros pueblos aborígenes en el continente se suma el hecho de que la cultura colombiana no tiene ni ha tenido un referente sólido, un símbolo claro, o un signo destacado que defina algo así como su identidad, a semejanza de lo que sucede en otros países. La cultura en Colombia ha sido considerada en este sentido como lo otro de la historia nacional y se ha dejado de lado, subvalorado, como un asunto incluso de cuño izquierdista, como si eso fuera negativo.

Manifiestamente, la cultura ha sido un asunto marginal que jamás ha impregnado a la política y al gobierno, a la administración pública, al derecho y a la economía. Formalismo y extranjerismo desde arriba, dependencia y sumisión, contra contenido y riqueza, marginación y diversidad desde abajo.

Pues bien, exactamente en este sentido, la política y la historia colombiana han consistido en las tensiones entre el centralismo de Bogotá, y la vida de las regiones, atávicamente llamadas como “provincia” hasta el día de hoy. La historia y la política han consistido en el formalismo de y desde Bogotá y el caciquismo regional como una expresión concreta de las culturas de los Departamentos y Municipios. En fin, la política y la historia en el país ha consistido en la distancia entre las élites y la base de la sociedad sin que haya habido, en el más preciso y fuerte de la palabra, un conocimiento y diálogo real y horizontal entre un lado y otro.

Ni siquiera las izquierdas tradicionales lograron superar el modelo político, la mentalidad y las actitudes de las élites desde siempre hasta hoy. Pues sus referentes siempre fueron y han sido extranjeros: Moscú, Pekín, La Habana y Berlín, por ejemplo. Tampoco para la izquierda tradicional Colombia ha formado parte de América Latina; solo lo ha sido, en el mejor de los casos, de manera tibia y ocasional.

Visto desde arriba, Colombia está en América Latina solo formalmente, nunca en sus raíces, en su emocionar, en su sensibilidad e idiosincrasia. He aquí, por decir lo menos, una oportunidad, un bache necesario de ser superado si de veras el estado y la sociedad quieren y pueden mirar, honesta y francamente, hacia el futuro. Pues simple y llanamente no es posible el futuro sin América Latina, y sin la real, verdadera y auténtica comunicación horizontal y en todos los niveles con los pueblos, sociedades y gobiernos del continente latinoamericano.

Esto lo han entendido ya, hace lustros, hace decenios, otros países, pueblos y sociedades de la región. Pero no en el país. Tanto menos de cara al multilateralismo, al reconocimiento de la diversidad y diversificación cultural, de cara a los procesos de integración regional —ojo: ¡integración, después de quinientos años de descubrimiento

y conquista!—, a esa posibilidad de cerrar las venas de América Latina, tradicionalmente abiertas y desangradas.

En Colombia, el Estado no sabe de región ni de territorio, pues lo propio de ambas es que son móviles y vivos, adaptativos y cambiantes. Y enraízan siempre en la ecología y la antropología, en la sociología y la historia, jamás en el formalismo del derecho (positivo), la economía y las finanzas, y la administración pública, todas ellas veleidades rígidas, fronteras formales frente a la cultura, en la acepción al mismo tiempo más amplia y fuerte de la palabra.

Que en el país, históricamente la mayoría de los profesionales sean administradores, médicos, abogados, ingenieros y educadores significa que formaciones como la sociología y la antropología, la filosofía y la historia, los estudios culturales y sociales son y han sido políticamente incorrectos. Como corresponde.

La complejidad de la política estriba, para decirlo rápidamente, en la conjunción entre el pasado y el futuro, entre lo local y nacional con lo regional y lo internacional. Algo que la historia política colombiana desconoce ampliamente. Pues lo verdadero ha consistido en el seguidismo y el desarrollismo, en el acatamiento y la entrega, en la sumisión y la complacencia de las élites colombianas hacia la Metrópolis, por encima, muy por encima, del conjunto de América Latina.

Puede ser posible que Colombia se integre a Latinoamérica, pero si ello llega a suceder es al costo del reconocimiento y valoración de acendrados valores e historia culturales en las que lo local, lo regional y lo nacional pueden llegar a ser tomados en toda su significación. Esto es, en la que la cultura llegue a tener voz y a ser vista. Esa historia acallada, silenciada, ignorada e invisible hasta la fecha. Y entonces la cultura popular podrá tener, por primera vez, una valía propia, a la par, exactamente a la par de la cultura intelectual y elitista, tradicionalmente de corte eurocéntrico.

Al fin y al cabo la cultura no son edificios, construcciones y calles. Además son estilos de vida, creencias, músicas, danzas, comidas, prácticas y ritualidades.

El llamado al futuro y a las posibilidades de progreso del país ha sido enfocado, no sin buenos argumentos, en la ciencia, la tecnología y la innovación. Pero ello no debe dejar pasar por alto la importancia y el significado de las ciencias sociales y humanas, de la cultura y las historias plurales del país y las regiones, y la innovación social, que son, todas estas las que le otorgan contenido a la política, la educación y la investigación. Sencillamente, no es posible hacer ciencia, si no tiene raíces en la cultura, pues lo contrario es simple y llanamente transferencia de conocimientos. Otra forma de dependencia y colonialismo.

Ni siquiera la crisis le pertenece a España

Han pasado varios días ya y como casi siempre, es en el tiempo, en ciencia como en la vida, como se miden verdaderamente los fenómenos.

Se hizo la comparecencia de Mariano Rajoy ante el parlamento por el escándalo Bárcenas que involucra un sistema de corrupción sostenido y sistemático por parte del PP. Una corrupción que se remonta al gobierno de José María Aznar (1996-2004). La oposición, liderada por el PSOE y en cabeza de Alfredo Pérez Rubalcaba ha pedido la cabeza de Rajoy, pero sin éxito. La crisis global de España

se profundiza y las responsabilidades financieras o políticas no se asumen. Existen, desde luego, sólidas razones para ello.

En rigor, el PP no puede dejar el poder y el PSOE, la fuerza más importante de la oposición, tampoco puede asumirlo, pues la solución a la crisis no depende de la Moncloa y mucho menos de la Corona española. Incluso, trágicamente, el destino de la crisis tampoco depende de la sociedad española. Por el contrario, el manejo y la solución a la crisis depende de Bruselas (Parlamento Europeo) y de Berlín (Banco Central Alemán, la verdadera locomotora de la Unión Europea). España no tiene su destino en sus propias manos. Su destino depende de otras geografías y poderes. Hoy, como de hecho, siempre, en el pasado.

En la época de la Conquista y la Colonia, el oro y las riquezas eran extraídas de América Latina y seguían derecho, por territorio español, para pagar las deudas a los acreedores italianos y belgas, alemanes y franceses. Que fueron los verdaderos beneficiarios de la devastación de la riqueza de los países colonizados, como ya la historia lo ha puesto suficientemente de manifiesto.

España, ese país que, de acuerdo con un historiador de las *civilizaciones* como K. Clark, *Civilisation* (1969), jamás ha hecho ninguna contribución a la historia del proceso civilizador de la humanidad. Ese país que jamás tuvo Renacimiento, y que tampoco tuvo Ilustración. Ese país que saltó o atravesó por la modernidad como por callejones hasta el día de hoy, a través de la guerra civil, cuya memoria, reparación y olvido no se afronta ni se resuelve hasta el día de hoy. En fin, España, ese país que se encontró con la democracia gracias a la muerte de F. Franco y como obsequio de la geopolítica internacional en plena guerra fría.

Y que después disfrutó de todos los beneficios —¡todos!— gracias al oro que provenía, literalmente, de la Unión Europea. Y vi-

vieron como nuevos ricos. Hasta que la crisis financiera les llovió diluvialmente y se aunó con la crisis política y de confianza. Ese veraneadero de escandinavos, alemanes y belgas. Hoy propiedad de chinos y China, país que compró hace unos pocos años buena parte de la deuda interna y externa de España. Sí, los chinos, que ahora van por el mundo comprando países.

El PP no tiene la dignidad moral de ofrecer la cabeza de Rajoy pues, entre otras razones, mucha otra información indeseable saldría a la luz pública. Y el PSOE tampoco tiene el peso político hoy que tuvo en el pasado para asumir la crisis española. Ninguno de los dos principales partidos políticos cuenta ni con el favorecimiento definitivo de la sociedad española, ni tampoco con la confianza de los núcleos duros de la UE. Y en el entre tanto, los otros partidos políticos tratan de hacer su agosto en materia local o regional, aprovechando las oportunidades o pescando en río revuelto (Andalucía y el país Vasco, Cataluña y Sevilla, notablemente).

Las grandes transnacionales españolas —empresas financieras y energéticas, de comunicaciones y transporte, con nombres propios— continúan, entre tanto, extrayendo riquezas y recursos de los países latinoamericanos para transferirlos a España, de donde pasan casi automáticamente a los centros económicos de Europa. Exactamente como en la Colonia.

Y mientras todo ello acontece, una oleada enorme de individuos y familias emigra. A Alemania, Francia, Italia y los países escandinavos, más familias arriban en cifras altas y crecientes a los países de América Latina. Para escampar el aguacero, o para asentarse del todo y quemar las naves. Siempre la incertidumbre.

Rajoy se sostendrá en el futuro previsible al frente de España, no por mérito propio ni por éxito de su partido político. Sino debido a que si cae Rajoy, la señal que se envía a los mercados y al mundo

entero es de total caos de gobernabilidad. Un mensaje altamente peligroso dada la crisis financiera y económica de España.

Y es que la crisis de España ni siquiera le pertenece a ella misma. Rajoy se mantendrá, porque de caerse la estantería, España se hundiría como Grecia, Irlanda y Portugal, y el paso siguiente sería el colapso de Italia o Francia. Lo cual significa el final no solamente del sueño europeo de la postguerra, sino, sin ambages, incluso, el final de la cuna y los cimientos de la civilización occidental.

Más exactamente, el problema ya no es Rajoy, un personaje político, intelectual y moralmente pequeño y oscuro (“Los países se merecen los gobernantes que tienen”, suena siempre en el fondo; con Marx o sin Marx). Rajoy y el PP son solo la epidermis de una crisis en cuyo horizonte inmediato y directo se encuentran países de mucha mayor importancia que España misma: Italia y Francia. A decir verdad, Bruselas y Berlín (pero lo mismo puede y debe decirse de Washington y Pekín) poco y nada les importa Madrid. Pues la mirada se dirige con preocupación más allá de la península Ibérica a países verdaderamente determinantes.

A decir verdad, España, miembro de la UE, miembro del G-20, miembro de la OCDE, solo ha jugado el papel de un peón en la política y la historia mundial. Ni siquiera un alfil o un caballo. Lo de Rajoy y todo lo demás es la expresión de un argumento de origen teológico: Rajoy y el PP, el PSOE y España entera son la idea del mal menor. Porque el verdadero mal, es decir, la verdadera preocupación, no es España misma.

Nos encontramos en un momento apasionante: cuando la política no simplemente se cruza con el derecho, la administración pública y la economía –asuntos menores–, sino, mejor aún, cuando la política se unifica con la historia y ambas se implican recíproca y necesariamente que es cuando suceden las inflexiones en la historia.

Religión y sociedad: una visión política

Socioeconómica y políticamente las Iglesias pueden considerarse como empresas. Tienen poder, lo quieren preservar o lo buscan. Poder, que eufemísticamente se denomina influencia, Sus votos se cuentan como almas.

Como las empresas, en estos casos, transnacionales, están ávidas de mercado. Ellas también practican la segmentación del mercado. Mercadeo social, marketing político, en fin: mercadeo espiritual.

Hay, no sin buenas razones, bastantes personas entusiasmadas por las acciones e intenciones del papa Francisco, jesuita. Manifiestamente que ha marcado una distancia con respecto a los papados (gobiernos) de Juan Pablo II y de Benedicto XVI. No está oculto su

deseo de recuperar lo que se pueda de la teología de la liberación y de demarcarse de la corrupción (Banco Ambrosiano) de los gobiernos precedentes del Vaticano.

Su primer viaje a Brasil tampoco estuvo exento de mensajes y contenidos políticos. En resumen, América Latina es el último bastión del catolicismo en el mundo porque en el resto del orbe el catolicismo perdió el negocio o la pelea o el mercado. De un lado, la falta de vocación, los monasterios y conventos vacíos, las iglesias desocupadas. Y la crisis del valor moral por múltiples razones, entre las que se destaca la pedofilia, la doble moral, el enriquecimiento (muchas veces ilícito), la corrupción y el formalismo rígido, distante de los pueblos y las sociedades.

Por otra parte, el auge de los movimientos cristianos con un marca distintiva: la inmensa capacidad demostrada por acercarse y recoger a los “malditos”: alcohólicos y drogadictos, desempleados y necesitados, marginados y minorías, con un lenguaje accesible (mientras que Roma quería imponer volver a la misa en latín de espalda al público (clientela). Para no mencionar la inmensa capacidad de disciplina al interior de las iglesias cristianas. Señaladas, no sin razón por Roma, como sectas.

Tirios y troyanos. El fenómeno no es simple y llanamente otra cosa que un reparto, apropiación, desplazamiento y conquista de mercados. Segmentación de mercados, publicidad y propaganda. Y finalmente, sí: poder económico y político. Dios queda al margen de todo esto: como tantas veces en la historia, es utilizado para beneficio propio por parte de una iglesia y contra el contrincante oponente o enemigo.

No es que el turno le llegara a los jesuitas –ocasionalmente considerados como la izquierda de la iglesia–, contra la derecha representados acaso por el *Opus Dei* y los Legionarios de Cristo. Con las posturas intermedias, más próximas a un extremo o al otro (Franciscanos, Lasallistas, Agustonianos y tantos más). Tampoco es el caso

que esta vez le tocara a un papa del Tercer Mundo y específicamente de América Latina. Y tantos otros argumentos y consideraciones semejantes y próximas. Es que, en razón a la verdad, era la única o la mejor jugada que Roma y el Vaticano podía llevar a cabo *faute de mieux*, después de haber intentado, con o sin pugnas internas (que siempre las ha habido), todo lo que quiso con los papas polaco y alemán. Es que, literalmente, por acción o por omisión, el negocio estaba y está perdido: “esa platica se perdió”.

La sociedad de la información desempeña aquí un papel fundamental. La corrupción y los crímenes internos en el Vaticano siempre han existido. Las conjuras y las bandas siempre han existido. Las rapiñas y los favorecimientos de todo tipo han sido el pan de cada día en el Catolicismo en el Vaticano y alrededor del mundo. La bibliografía al respecto es abundante y no se puede tapar con una mano. Solo que antes, en la historia, vivíamos en un mundo de suma cero donde las cosas podían ocultarse fácilmente.

Por el contrario, en un mundo diferente de suma cero, la información –y por extensión la cultura la educación– juegan un papel determinante. El público se entera, asocia, recuerda, juzga y actúa. Y la consecuencia es el descreimiento hacia las jerarquías católicas en el mundo entero, por obra del propio clero. El vector es claro y según parece irreversible.

En contextos semejantes, la gente que necesita, atávicamente, de religiosidad, ritualidad y espiritualidad se acerca a donde puede. Y los cristianos han sido, táctica o estratégicamente, o bien por oportunismo, lo suficientemente sagaces o inteligentes para llenar un vacío.

Navegando en río revuelto, como se dice, los musulmanes han comenzado en el mundo entero una cruzada silenciosa de conquista de mercado y crecimiento. Y se han metido en países en los que ja-

más habían tenido presencia, y de manera consolidada. Es un fenómeno que merece la mayor atención hacia el futuro.

Y, sin embargo, el budismo, que no es una religión, es el que más ha crecido geopolíticamente en el mundo. Con una diferencia notable con respecto a las tres religiones monoteístas de Occidente. Y es que mientras que católicos, cristianos y musulmanes coinciden en prácticas y estrategias claras como el ecumenismo, la catequización, la publicidad y la propaganda de diversa escala, es una característica del budismo que no hace absolutamente ninguna campaña de atracción. El budismo no busca a nadie. La gente llega al budismo, y encuentra las puertas abiertas.

La religión, en general, representa una esperanza para la gente en tiempos de crisis. Les otorga a las personas un solaz y una esperanza que les permite sostener, resistir y esperar. Manifiestamente, la religiosidad cumple una función evolutiva en las capacidades de adaptación de los individuos y las sociedades.

Distinguiendo, sin embargo, siempre tres cosas: la divinidad (o Dios), la Iglesia y la religiosidad y la espiritualidad. Es propio de las iglesias identificar y compactar en una sola acción, lo que será exclusivo es cada una. Con lo cual, desde luego, el papel político es imposible de omitir y, por el contrario, salta al escenario inmediatamente.

Sin duda, parte de la crisis sistémica y sistemática actual se debe a la crisis de las iglesias, que no está relacionada a la crisis de espiritualidad.

En verdad, los lazos no formales cumplen la más importante de todas las funciones en la evolución de los individuos y las sociedades. La amistad y el amor, la lealtad y la fidelidad, el vecindazgo y la solidaridad, la ayuda y la compasión —son y han sido los verdaderos factores que han permitido la supervivencia de los pueblos y los individuos en

tiempos de crisis—. Ellos no pueden ni deben ser cooptados o amañados, tergiversados o utilizados por tal o cual bando.

La mejor garantía para la democracia es una sociedad civil laica, secular y pluralista, en la que distintos credos pueden tener cabida. Sin fundamentalismos, sin pasiones de fe que son, históricamente, las más violentas y peligrosas; en fin, sin odios. La tolerancia religiosa pasa por, y se funda en, el conocimiento recíproco, en el diálogo y en la contribución al capital social, al capital humano y al capital intelectual de una nación.

La democracia, en fin, consiste, de un lado, en la toma de distancia frente a las ideologías de todo tipo: y en primera instancia las religiosas, con espíritu crítico y abierto. Y de otra parte, en el llamado a la más amplia de las libertades de credo y de pensamiento. Sin intentar cooptar a los individuos, a las comunidades y a la sociedad. La democracia consiste en la capacidad de pensamiento crítico y autonomía, debate argumentado y examen propio. Frente a quienes aún o bien se basan en argumentos religiosos o se escudan detrás de ellos para los asuntos públicos o los privados, vale recordar que el subdesarrollo no es gratuito.

Significado social y político del *bullying*

Es un hecho generalizado con indiferencia de los estratos socio-económicos, en muchos (amplia mayoría) de los colegios del país, públicos y privados, existe una práctica lamentable y a todas luces inadmisible de matoneo. Que es como se traduce el término inglés del *bullying*: “la montadera”. Que en muchas ocasiones más que simbólica es física, y siempre grupal y psicológica.

Usualmente se trata de una práctica que se emprende contra niños con un cierto perfil: recatados, éticos, de perfil bajo, intelectuales, reflexivos. Pues bien, quiero sostener abiertamente que el matoneo se corresponde con la moral del narcotráfico y la corrupción, de la derecha y extrema-derecha, y el dinero fácil. Su característica primera es evidente: la prevalencia del pensamiento de grupo (group-think) para macartizar a quien(es) se aleja(n) del grupo; la gallada, la pandilla, el parche. Moral gregaria, en realidad, moral de esclavos:

que siempre quieren imponer un modo de pensar colectivo sobre los demás, y que no acatan diferencias. El que no está conmigo está contra mí. Exactamente como la política de guerra y belicosa, camorrera y levantada, a todos los niveles y en todos los estratos.

El matoneo se corresponde con un pensamiento grupal que quiere anular las diferencias y subsumir a los individuos al grupo como tal. En donde predomina exactamente una moral que alinea, punto por punto, con la ética de los corruptos, los violentos, los acosadores de todo tipo, los guerreristas y belicosos-belicistas. Es la moral del hacer las cosas a la fuerza y ya y rápido antes de despacio y después.

En espacios de la adultez como la universidad o en ambientes laborales, el matoneo sigue existiendo, pero de forma más sutil: acoso laboral, acoso sexual, polarización de los grupos, subsunción del individuo al colectivo. En los espacios laborales se anula al individuo y maneja un discurso colectivista. (Si no es por la referencia teórica, es exactamente el *Wir* y el *uns* del que habla Heidegger en *Ser y Tiempo* (1927), ese texto fundamental que plasma el pensamiento del nacional-socialismo, como ha quedado dicho en la bibliografía técnica sobre el tema).

Moral facilista e inmediateista, moral polarizadora y colectivista, ética de debilidad hecha fortaleza, el *bullying* es, literalmente, el toreo contra alguien físicamente inferior y, cuyo destino, si se abandonan las cosas a sí mismas, será la total indefensión, reducción de la autoestima, la muerte física, social, simbólica o grupal.

Uno de los grandes secretos de este país y que el país mismo no se atreve ni siquiera a verbalizar aún (como el drogadicto y el alcohólico, por ejemplo, quienes verbalizan su problema como el primer paso para superarlo) es la alta tasa de suicidios infantiles y juveniles. Indiferentemente del estrato socio-económico, con independencia de la geografía y la cultura. Y en muchos de esos casos, como resultado del matoneo. Alrededor de lo cual comienza a girar la espiral

absorbente de la drogadicción, y otros problemas agudos y crónicos de orden al mismo tiempo social e individual.

Que el matoneo sea un fenómeno contemporáneo no es un consuelo, y por el contrario, es la expresión de un severo “malestar en la cultura”. El matoneo se corresponde con la superficialización de la sociedad, total liquidez (Bauman) de las relaciones humanas, el imperio del pensamiento débil (muy en la línea de Vattimo). Pensamiento débil, autoestima mancillada, evaporización y transvaloración de los valores más fundamentales. Como dignidad, libertad, democracia, equidad, igualdad, soberanía, independencia, respeto, diferencia. Valores que no corresponden a ningún credo y que no son bandera de ningún bando en particular.

Estrictamente, el matoneo es el embrión de la criminalidad. En la línea de las llamadas bandas criminales (BACRIM, un eufemismo para el paramilitarismo) y un ejemplo diáfano de lo cual son los Maras, en El Salvador y en Guatemala. Y en buena parte de Nicaragua. Desconocimiento de la ley, o promulgación y aprovechamiento de la misma para los beneficios propios.

Cabe aquí una observación puntual: es sintomático que a los procesos de paz y diálogo en los países centroamericanos mencionados, una vez que pasaron, emergieron “automáticamente” esas bandas terribles que son los Maras. Que, para decirlo de manera rápida, fue la metástasis de las bandas criminales y el paramilitarismo, y la epigénesis del matoneo. Que ya está abierta y en total impunidad, organizada y a gran escala. Un motivo de reflexión acerca de los procesos en curso en el país.

Como quiera que sea, el matoneo se encuentra aún circunscrito al colegio. Aunque en muchos lugares sucede también extra-muros: en el barrio y en la calle. Una epidemia que si no es bien diagnosticada y tratada puede convertirse en una verdadera pandemia. Sin alarmismos. Pero con lucidez.

Una sociedad que calla ante el matoneo y que prefiere no resolverlo de manera coherente y radical es una sociedad que descrea del futuro, y que descuenta el futuro. Exactamente como lo hacen los corruptos y los criminales; de cuello blanco y de cuello azul; armados o con poder de distinta índole. Un niño maltratado es el espacio en el que se incuba más maltrato; algo ya suficientemente conocido.

El *bullying* comienza siempre cubierto por un grupo pequeño que absorbe y refleja todas las miradas exteriores. Exactamente como buena parte de las construcciones arquitectónicas recientes en las medianas y grandes ciudades. Un grupo que cuando ha logrado su cometido pasa a la búsqueda, ávida, de nuevos niños, niñas y jóvenes como un cáncer invasivo. Todo cáncer puede ser tratado y curado si se detecta a tiempo. De lo contrario, la metástasis lo vuelve agresivo. Como sucede con los Maras en Centroamérica.

Frente al matoneo, existen varias soluciones: el reconocimiento abierto y público, su verbalización y posterior tratamiento. Existe también la protección a todos y cada uno de los individuos y la recusación de esa perversidad que existe en todos los órdenes, que es el pensamiento grupal, la moral grupal y gregaria. “La gente va para donde va Vicente”. Y en el grupo cada quien se siente su propio Vicente, y todos son uno solo.

Frente a los discursos institucionalistas de todo tipo no cabe olvidar jamás que el descubrimiento del individuo constituye una de los mayores triunfos de la humanidad y de su progreso moral. En contraste con tiempos como la Edad Media cuando primaba la Iglesia y el individuo no había sido descubierto o inventado. O en la Modernidad cuando el Estado se atribuye exactamente las mismas prerrogativas que la Iglesia en el medioevo. O como en nuestros días, análogamente, con el institucionalismo. Institucionalismo formal e informal. Que es, en una palabra, la legitimación misma del *bullying*. Y todos ellos con mayúsculas: Iglesia, Estado, Institución.

Espiar al mejor amigo incondicional

Colombia es, de lejos, el aliado más incondicional de toda América Latina con los Estados Unidos. Es el único país que de manera absoluta ha participado en todas las guerras y misiones militares que los EE. UU. ha organizado.

Le declaró la guerra a Alemania en la segunda guerra mundial (un dato que no muchos conocen), estuvo en la guerra de Corea, antes de que EE. UU. fuera derrotado, por primera vez allá (en Bogotá existía una escultura pública en homenaje a esa ignominiosa participación). Luego participó en la guerra de Vietnam con otras tropas, mandó tropas al Sinaí y ahí mantiene algunas. Ha enviado soldados del Estado

y mercenarios a las dos guerras de Irak. Fue el único país que estuvo con los Estados Unidos y en contra de Argentina en la guerra de las Malvinas (esa que los británicos llaman la guerra de Falkland).

(Los nuevos soldados tienden a ser cada vez más mercenarios. El retorno a la vieja Roma imperial y decadente. Aunque se trata, desde luego, de soldados formados profesionalmente en los campos de Colombia, en las guerras alrededor del mundo).

Existen en política dos caras que indican en blanco y negro, sin ambages, si alguien es verdaderamente amigo o aliado. Todo lo demás es subsidiario y baladí. Una es la de las alianzas, información, formación e incondicionalidad militar. Y la otra, sin duda alguna, es la economía. Aunque vayamos por pasos.

En materia militar, se trata del hecho de que la soldadecza, desde los niveles más inferiores hasta los superiores, se formen exactamente en términos de la Doctrina. Así: con mayúsculas. Y la Doctrina la dicta, en últimas, el Departamento de Estado y sus satélites de formación militar. En Colombia en el plano militar, como en la teología de Roma, por ejemplo, la Doctrina es algo que se acata y se sigue, sin cuestionamientos. Ella determina, literalmente, la estrategia y la táctica. Todo lo demás es lo de menos y se deriva de esto.

Veamos un contraejemplo: Cuando el gobierno de Chávez decide, hace ya varios lustros, cortar toda la ayuda militar norteamericana, eso significa expulsar a los agregados militares y, literalmente, suspender toda la información —¡toda!— que se toma y existe al interior de las fuerzas militares. Es, sin lugar a dudas, la más radical de las decisiones en materia estratégica. (Digamos, en *passant*, que los demás gobiernos de Mercosur no han hecho jamás algo semejante. Por esa razón representan menos riesgos para el gobierno de los EE. UU., y por esa razón no forman parte del llamado “eje del mal”, como sí lo es Venezuela. Al mismo nivel de Cuba, Irán, Corea del Norte, Libia y Siria).

Y en el plano económico, evidentemente, se trata del hecho de que las políticas económicas nacionales se siguen o están ajustadas exactamente a los intereses de, para decirlo de manera eufemística, las leyes del libre mercado. Bajo proteccionismo nacional, firmas de TLC que afectan estructuralmente la soberanía nacional, manejo cambiario acorde a los organismos financieros internacionales, en fin, seguimiento al pie de la letra de los dictámenes del FMI, el Banco Mundial y la Organización Internacional del Comercio. “La maldita trinidad”, como lo llama un autor conspicuo (Richard Peet, *La maldita trinidad*, Ed. Laetoli, Pamplona).

No es suficiente con que se le ordenen las políticas nacionales e internacionales, económicas y financieras, militares y de seguridad. Hay que espionar para confirmar si se hace lo que se ha decidido.

Pero no nos llamemos a dudas: el espionaje se lleva a cabo contra enemigos o bien contra gente que no es de confianza en manera alguna. Pues bien, en plata blanca: el gobierno nacional, mejor aún: el Estado colombiano no es de ninguna confianza para los intereses de los EE.UU. Y por eso exactamente hay que espionarlo. De tantas formas como sea posible, todo el tiempo que sea necesario.

Así se acumulan pruebas contra políticos, empresarios y líderes que en algún momento puedan salirse de los dictados de los EE. UU., con el fin de hacerlas pública cuándo sea necesario.

Acumular información y usarla de manera contundente: destruir el “buen” nombre, el *good-will* de cualquier dirigente actual o futuro. Del gobierno o de la oposición.

Sin olvidar que se trata de información. Y físicamente, la información no pesa nada. Se guarda en unidades giga, peta, y otras. Por el tiempo que sea necesario, a diferencia de los papeles.

Se ratifica ese hecho: en política –en el sentido más amplio y fuerte de la palabra– no hay, nunca, amigos. Solo aliados. Y los aliados son susceptibles de desconfianza por principio. A los aliados hay

que seguirlos y tenerlos cerca: con base en información obtenida por medio de espionaje.

No nos llamemos a engaños. A la oposición se la espía constantemente. Líderes políticos y campesinos, académicos e intelectuales, obreros y ONG. Eso no es nuevo para nada. Pero lo verdaderamente importante es que el espionaje en este caso es contra el propio establecimiento, contra la institucionalidad colombiana. Pues espionar significa prevenir. Y controlar equivale a anticipar.

El espionaje al Estado colombiano viene de tiempo atrás. ¿Habrá alguna reacción de parte del gobierno o del Estado?

De este gobierno o de los próximos gobiernos nacionales de Colombia no cabe esperar absolutamente ninguna acción en contra del espionaje, largo, sostenido, estructural y sistémico contra el país. Menos aún de parte del Congreso, el cual solo se preocupa por sus dádivas económicas. Las élites políticas y económicas nacionales no harán nada. Porque no les preocupa en lo más mínimo. Y porque, la verdad, nada pueden hacer. A un ultraje se responde con argumentos religiosos como paciencia y aceptación. Pasividad –en toda la línea de la palabra–. A lo sumo algún comunicado diplomático; punto. Han pedido explicaciones, pero como quien pregunta por el menú en un restaurante.

A una violación se agradece con un beso y un te amo. Al estupro se responde con un: “vuélvelo a hacer cuando quieras. Le estoy comenzando a sacar gusto”. La total patología. Síndrome de Estocolmo, síndrome de Snowden, síndrome de NSA. Se escuchan propuestas de identificación para esta anomalía. O como dicen las señoras: “Así paga el diablo a quien bien le sirve”.

¿Cómo puede la ciencia contribuir a una cultura de paz?

La búsqueda de la paz implica, negativamente, el final de la guerra y por derivación de toda forma de violencia, justificada o no, legítima o no. Esto es, como lo muestra la historia, relativamente fácil. Y positivamente, significa el desarrollo de una cultura de dignidad de la vida y de calidad de la misma. Esto otro, por el contrario, es más difícil pues la paz no consiste en el final de un conflicto armado, con todo y sus mecanismos jurídicos y políticos correspondientes.

Los procesos de construcción de paz son esencialmente políticos, en el más directo y preciso de los sentidos. Es decir, acuerdos políticos, negociaciones, cesión de parte y parte, intereses abiertos y otros encubiertos. La política en el sentido pragmático y práctico de la palabra.

Y frente a la misma, la ciencia se encuentra en una relación difícil, en la antípoda, prácticamente. Pues la ciencia no se hace, en absoluto, con base en negociaciones, procesos de maximización y optimización, elección de *second best*, acuerdo de voluntades y demás. En historia o en antropología, en sociología o en lingüística, tanto como en física, química, matemáticas o en ciencias de la computación, por ejemplo.

La relación entre ciencia —en el sentido más amplio pero fuerte de la palabra— y política ha sido tema de numerosos tratamientos, desde la antigüedad, tratando de lograr, por así decirlo, la cuadratura del círculo, en el marco de la geometría euclidiana. Con lucidez, ya en la edad madura, con mucha razón, Platón, hablando del rey filósofo, en la República (*Politeia*), lo decía así: “la conjunción entre ciencia o filosofía y política, y la emergencia de un rey filósofo es algo que se logra solo por milagro” (*epekeine*).

En una expresión que se ha vuelto de uso corriente, heredera de Weber, en el mundo político se traza la distinción entre el político y el técnico para designar con este último término, en general, a un científico, especialista, etc.

Con este texto quisiera proponer tres argumentos contundentes de acuerdo con los cuales es posible que la ciencia contribuya activamente al desarrollo de una cultura de paz. Estos son:

- *Interdisciplinariedad*. La experiencia de la interdisciplinariedad consiste en un diálogo y aprendizaje horizontal entre distintas tradiciones disciplinares, conducentes a un

trabajo activo, mancomunado. Propiamente hablando, la interdisciplinariedad consiste en la participación de más de tres ciencias o disciplinas a partir de la identificación de problemas de frontera.

- Exactamente en este sentido, la tendencia de la ciencia de punta es al trabajo en redes académicas y científicas y, con razón, el trabajo en medio de estas redes (que incluyen entre otros aspectos, la participación activa en diversos circuitos de conferencias internacionales y publicaciones cruzadas) es un fenómeno que se valora crecientemente. En una palabra, la cooperación, el entendimiento y el aprendizaje recíproco es una forma de pensamiento y de vida que rompe en mil pedazos la creencia en jerarquías de conocimientos. De hecho, cualquier ciencia o disciplina, concebida desde, por y para sí misma, se acerca vertiginosamente a la ideología y termina por volverse excluyente y en motivo de violencia (simbólica, por decir lo menos).
- Tres traducciones distintas de la interdisciplinariedad son la interculturalidad, los diálogos de religiones, y los diálogos entre civilizaciones. Con la condición, naturalmente, de que no deben ni pueden haber hegemonismos.
- La interdisciplinariedad consiste exactamente en procesos continuados en el tiempo en los que las barreras culturales, lingüísticas, nacionales y otras, se desplazan a lugares secundarios y se le da prioridad a los procesos de construcción colectiva. Para nadie que forme parte de estos procesos resulta evidente la especificidad del trabajo académico y científico de punta en el mundo. Con seguridad la ciencia puede, por tanto, contribuir como ningún otro campo, a la construcción de paz.

- *Argumentación y buen manejo de datos.* Los datos, sin ser empiristas, constituyen un acervo propio en el trabajo en ciencia. Pero el trabajo verdadero se da a partir de los mismos. Más exactamente, en los procesos de interpretación de los mismos. Hacer ciencia consiste, de plano a plano, en un trabajo mancomunado de argumentación, de discusión en el que se llega a acuerdos fundamentales que se traducen exactamente en publicaciones conjuntas, en la realización y continuación de eventos académicos y científicos, etc.
- Si es verdad que la ciencia implica un proceso de formación sólido de argumentación y debate, ello no va en desmedro del hecho de que lo que alimenta la ciencia son los diversos puntos de vista, los desacuerdos, la ausencia de consensos. Pues la interdisciplinariedad no implica, en absoluto, la adopción de puntos de vista mayoritarios, y menos de unanimismo. Ya el trabajo solitario (de genio en el sentido del siglo XIX) es inviable en la investigación de punta. La ciencia es un sistema esencialmente abierto.
- La verdadera interdisciplinariedad no consiste en publicar conjuntamente en revistas, capítulos de libros y libros contruidos de manera colectiva. Por el contrario, más radicalmente, la verdadera interdisciplinariedad consiste en el hecho de que un investigador o un grupo de investigadores con una formación determinada logren publicar, ser leídos, criticados y citados, en campos de formación perfectamente distintos a los de la formación de base. Solo pocos ejemplos destacan en este sentido, hasta la fecha.

Pues bien, como quiera que sea, es su forma de actividad, su forma de vida, lo que la ciencia puede aportar a los escenarios de construcción de paz. Pues ni se trata de una paz imperfecta, y mucho menos, de la paz de los sepulcros sino de esa forma de existencia que es la diversidad misma, que es constitutiva de la vida. La paz es algo que se encuentra lejos, muy lejos de las mayorías, punto de los consensos y de los unanimismos. La paz es diversidad floreciente que se nutre de puntos de vista distintos. Como lo sostenía el Subcomandante Marcos: “No queremos un mundo de zapatistas. Queremos un mundo donde quepan los zapatistas”. Los poderes imperantes son, hasta el momento, ciegos, sordos y mudos ante este reconocimiento. Los grandes medios de comunicación al servicio de mayorías planas, intereses preconcebidos y/o beneficios que no se quieren negociar ni ceder.

Es la complejidad de la paz, la complejidad misma de la ciencia o de la vida misma.

Protesta social y violencia policial

Ankara y Estocolmo, Atenas y Madrid, Río de Janeiro, Brasilia, San Francisco y Nueva York, Tibú y Ocaña en el Catatumbo, son algunos de los protagonistas de los titulares La noticia, a primera vista, es la de procesos locales o nacionales, aparentemente des-localizados o inconexos. Los motivos de la protesta, en cada caso, justificados lo suficiente.

Una cara del análisis hace referencia a nuevos movimientos, fenómenos y procesos de movilización social y de protesta. Todo, encubado en la geopolítica, alrededor del movimiento estudiantil chileno, la primavera árabe, el movimiento de indignados y el movimiento *Occupy Wall Street*.

Pero la otra cara de estas noticias y fenómenos son los sempiternos excesos de las fuerzas policiales. Desmanes que quieren ser acallados por los grandes medios de comunicación de masas, pero que logran filtrarse por esos y otros canales.

La brutalidad policial es una constante, desde la creación de las primeras policías por parte del *Ancient Régime*, y luego por Napoleón. La policía surge como lo otro de la sociedad civil, como su antípoda, al servicio de la institucionalidad, que no siempre; es más, en la mayoría de los casos, no coincide para nada con democracia y libertad.

En Colombia, en su momento, el general Óscar Naranjo (“el mejor policía del mundo”), hoy participe en la sombra de las negociaciones en La Habana, mientras sus compromisos en México (perfectamente conocidos y muy cuestionados en el país azteca) se lo permiten. Cuando no se presta para juegos ambivalentes en política a la sombra del llamado Centro Democrático. Pues bien, el general Naranjo trató, infructuosamente, de implementar una campaña de acercamiento entre la policía y la sociedad civil. “El policía amigo” se llamó a esa campaña; o algo así, cuestión de estrategias comunicativas. En momentos en los que se destapaba el escándalo para la policía con relación a las BACRIM. Nada: campaña infructuosa y estéril.

Como dice una canción de Tracy Chapman, “la policía siempre llega tarde cuando llega” (*The police always comes late, if they come at all*).

Lo que resulta evidente en el factor común, en Colombia y en el mundo, acerca de los despropósitos, las provocaciones, las infiltraciones y las torturas policiales a las acciones de protesta social se resume, rápidamente en cuatro puntos, así:

- Existe una unidad doctrinal de escala mundial en las policías nacionales que se traduce en un efecto teflón con respecto a sensibilidad social y civil. En una pala-

bra, las diferencias en las policías podrá ser de himno y uniforme, porque lo que las hace una sola es la violencia extrema a las acciones ciudadanas.

- Existe de parte de los Estados, los poderes y la policía un claro temor a la acción social y a la protesta social. Prefieren infiltrarla, provocarla y atacarla antes de que pierdan el control sobre la misma.
- Existe una distancia grande entre la sociedad civil y las fuerzas de la policía. El nivel de politización y de sensibilización social y democrática al interior del cuerpo de policía es nula o extremadamente baja. Lo cual se traduce en toda clase de despropósitos. Con el argumento del “uso legítimo de la fuerza”.
- La policía es un órgano cerrado e incondicional del poder político y económico de turno que con el uso de numerosas prebendas y dádivas, oficiales y extraoficiales, logra atraer para sí todas las capacidades humanas y técnicas. Eufemísticamente, como fuerza del Estado. (“Un gobierno se puede derrocar; un Estado, difícilmente”).

La expresión del temor que para el Estado y las fuerzas policiales implica la protesta social se plasma en la judicialización de la misma, de un lado, y en la violencia policial, por otro. Dos caras de una sola moneda.

Como lo demuestran los acontecimientos más recientes, no parece haber mayor temor para el Estado y sus órganos represivos, cuando la protesta social se expresa a través de las redes sociales y se queda allí. Pero cuando desde las redes sociales se hacen llamados, usualmente espontáneos, a la movilización callejera y las ocupaciones de lugares públicos, por ejemplo, el recelo crece y las llamadas acciones preventivas se implementan. Es exactamente por esta razón por

lo que el control policial y de inteligencia militar se ha desplazado ahora, y cada vez más, a las redes sociales. No por sí mismas, sino por el temor a que las comunicaciones digitales convoquen acciones de protesta físicas, reales, en la calle. Donde la incomodidad se hace común, donde los individuos se reconocen como fuerza social, donde las acciones sociales pueden transformarse en acciones políticas.

La sociedad civil tiene, en estas condiciones, varias tareas de vital importancia: denunciar la violencia y los excesos policiales, para ello puede y debe hacer uso de registros tecnológicos y vehicularlos por canales de comunicación y jurídicos, nacionales e internacionales. Atraer hacia sí, en la medida de lo posible, a la base de la policía y a los mandos medios y superiores. Esto es cuestión tanto de una estrategia política de largo alcance como de aprovechamiento de las circunstancias y oportunidades del momento. Y, en condiciones extremas, desplegar sus propios mecanismos de protección en contra de los eventuales desmanes de la policía; es decir, del Estado.

La psicología y la historia, la antropología y la sociología, la ciencia política y los estudios sobre seguridad contienen numerosos trabajos en la dirección mencionada.

Al fin y al cabo, la memoria de la vida de la sociedad civil pasa también por la memoria misma de los procesos de protesta social. Mencionar que este tipo de protesta es un derecho fundamental y constitucional es necesario pero no lo suficiente. El Estado es indolente, en especial su fuerza militar y policiaca ante los derechos humanos. Razón por la cual la protesta social es una expresión de la búsqueda de mayor y mejor calidad de vida y dignidad donde la vida misma busca hacerse cada vez más posible. Ahí se marca cualquier límite entre derechos y deberes, en Turquía o Suecia, en Brasil o Egipto, en Grecia o en Colombia, por ejemplo.

Colombia: más geografía que historia

Hay países con más geografía que historia. También a ello se refería Hegel, cuando pensaba en América, exactamente como Colombia. En efecto, tenemos un país de regiones (nada nuevo), Seis exactamente. En Colombia hablar de Estado o de nación es una abstracción o doctrina teórica foránea, importada acriticamente por académicos que fungen como embajadores *ad hoc* de autores y cosmovisiones que pensaron su realidad, sin tener que importarla.

Esto es cierto, tanto más, en un país controlado y gestionado, hasta la fecha, tradicionalmente por Bogotá. El tema centralismo-descentralización es una constante en las tensiones entre la capital y la provincia, como se ha hablado siempre desde la antes

fría Bogotá, y ahora más caliente por efecto del calentamiento del planeta. Caliente el clima, fría y, más distante, indiferente la gente. Las regiones, como se las llama eufemísticamente. “Tierra caliente” se dice en Bogotá, cuando se quiere salir de ella; hasta la fecha.

La geografía determina en Colombia los estados de ánimo, y los comportamientos. Geográficamente, tres cordilleras, llanos y selva, dos mares, muchos ríos, y la región insular. En muchos lugares, el mundo llega hasta donde llega la mirada, cortada por las montañas, majestuosas, dominantes. O bien, en los valles, la mirada alcanza hasta donde se encuentra el pie de monte. Con la excepción notable y hermosa de las zonas costeras, en donde la mirada se pierde, más allá del horizonte, allá donde se encuentran el mar y el cielo.

Y siempre, y cada vez más, el territorio. Con lo cual el entendimiento debe llenarse de mucha antropología y sociología, de mucha biología y ecología, antes que de derecho y política formal. Aquellas deben y pueden ser, en un país como Colombia, el nutriente de estas. Pero no, en la historia nacional, el formalismo de la ley y la administración pública han imperado. Y con ello, con total seguridad, han sido generadoras de violencia. Supuesta, desde luego, la sempiterna inequidad y pésima distribución de la riqueza. Que Colombia sea uno de los países más inequitativos del planeta es la consecuencia, no la causa, del desconocimiento de temas y problemas fundamentales como territorio y geografía.

Porque la historia ha sido aquella que dicta Bogotá, llamando aun a las demás historia(s) regional(es). Es lo que se enseña en los colegios, y lo que se aprende, artificialmente acerca de la nación colombiana. Con todo acierto, como lo señala con otro enfoque D. Brushnell: “Colombia, una nación a pesar de sí misma” (2012). Es decir, de su gente.

En Colombia, desde abajo, se es santandereano antes que colombiano, o paisa antes que colombiano, o valluno, antes que colom-

biano. Desde la comida y el temple de ánimo, hasta la vestimenta y la biografía. Pero luego se superpone la formalidad, que quiere cubrir y desplazar al territorio.

Peor aún, en el país existe, como dictado por la riqueza de la geografía física y humana, una perfecta asimetría entre las regiones y, por consiguiente, un desconocimiento perfecto de la importancia del territorio. En contraste, los raizales y los campesinos, los indígenas y las comunidades locales saben más de la región y el territorio que lo que la mirada impersonal desde Bogotá lo pretende.

Una solución básica sería ir directamente a las comunidades y preguntarles. Conocer sus historias y prácticas, sus intereses y sus necesidades, y ante todo, sus capacidades, que son infinitas, pues se enraízan en la fuerza misma de la vida. Etnografía e investigación acción-participativa (IAP), aquella que crea entre nosotros el Maestro O. Fals-Borda. Aquel sobre quien se echa un sonoro manto de silencio. Como, por lo demás, sobre Alfredo Molano, para mencionar la portada y artículo central del más reciente número de *Arcadia*.

En otras palabras, imponiendo o sugiriendo aquella perversa política de acuerdo con la cual: “ya que no podemos estar en contra suyo, más vale ignorarlo y dejarlo en la indiferencia” (1944). Como tantas veces, aquí y allá, con políticos, pensadores, científicos, y artistas valiosos en la historia. Eso que propiamente es: política del silencio, no menos violenta que la violencia física de todo orden.

En Colombia, el derecho –que es la gramática de la política– está artificiosamente construido, ignorando la geografía y a expensas de esta. Geografía humana y física, geografía social y geografía política, entre varias otras.

¿El resultado? Un diagnóstico parcial puede expresarse en estos términos: Colombia como la ecuación que se resuelve en las relaciones entre gramática y poder, para plantearlo con la clásica fórmula de M. Deas. En otros términos: la imposición de las palabras sobre

la realidad, de la forma sobre el contenido, de la apariencia sobre la realidad. Raíces epistemológicas para una historia de violencia, que no es historia ni es nada, sino exclusión, dolor, martirio. En nuestra América, Colombia es un ejemplo conspicuo de la violencia simbólica de la palabra.

Que se expresa en la historia del siglo xx hasta la fecha como la cotidianeidad del estado de excepción o estado de emergencia. Otro eufemismo. Y todo ello, al costo de que el Estado y la nación se superponen como realidades abstractas y abstrusas sobre las regiones y el territorio. Términos que para las “buenas conciencias” suenan a alternatividad y subversión teórica y conceptual. Cuando en verdad son la realidad misma del ser humano en el país.

Como auténtica y originariamente se expresa la gente: “mi barrio”, “mi pueblo”, “mi vereda”, “el vecino o la vecina”. El punto de vista local o fontanal desde donde se lee la biografía y los tejidos sociales en la mayoría del país. Ese país que funciona en base a relaciones informales que sostienen verdaderamente nuestra historia. La amistad, la solidaridad, el vecindazgo, la fidelidad, la lealtad, el amor. Esas que el derecho y la política formal no conocen. Y a pesar de las cuales se habla, se enseña y se implementan políticas públicas. “Políticas públicas”, *horribile dictu* en la historia de Colombia.

Sobre los *rankings* universitarios

Acaba de aparecer el más reciente informe sobre los rankings universitarios, enfocado esta vez en América Latina: el QS Latin American University Rankings 2013. Varias consideraciones se hacen, una vez más, necesarias.

Los datos en lo que respecta a Colombia son:

Universidad de los Andes (4), Universidad Nacional de Colombia (9), Universidad Javeriana (20), Universidad de Antioquia (32), Universidad del Rosario (38), Universidad del Valle (53), Universidad de la Sabana (57), Universidad del Norte (65), UIS (Santander) (67), Eafit (89), UPB (Medellín) (95), Universidad Externado

(98), Universidad Jorge Tadeo (118), Universidad de la Salle (149), Universidad de Caldas (161-170), Universidad del Cauca (161-170), Universidad de Cartagena (171-180), ICESI (171-180), Universidad de Córdoba (181-190), Universidad El Bosque (181-190), Universidad del Tolima (191-200), Universidad Antonio Nariño (201-250), UNAB (Bucaramanga) (201-250), Universidad Católica de Colombia (201-250), CES (Medellín) (201-250), Universidad de Medellín (201-250), Universidad de Nariño (201-250), Universidad Distrital (201-250), Universidad Sergio Arboleda (201-250), UTP (Pereira) (201-250).

Y los criterios adoptados por QS (*Quacquarelli Symonds*) son los siguientes:

Criterios para la clasificación: a) reputación académica, b) reputación del empleador, c) proporción profesor-estudiante (*Faculty Student*), d) citación de artículos, e) artículos por profesores, f) Profesores con PhD, g) impacto en la web.

Como toda clasificación, esta puede ser leída de varias maneras. Por razones de espacio sugiero las siguientes:

Aunque no existe una relación directa y necesaria entre universidades acreditadas y el ranking de QS, sí es evidente que la mayoría de las universidades acreditadas están incluidas en la clasificación mencionada.

En efecto, a la fecha, las universidades acreditadas por el Ministerio de Educación son:

- I. Públicas (10): Universidad de Antioquia, UIS, UTP (Pereira), Universidad del Valle, Universidad de Caldas, Escuela Naval de Suboficiales ARC (Barranquilla), Universidad Nacional de Colombia, UPTC, Escuela de Suboficiales de la Fuerza Aérea, Dirección Nacional de Escuelas.

- II. iPrivadas (15): Universidad de los Andes, EAFIT, Externado, del Norte, Javeriana, el Rosario, la Sabana, UPB, la Salle, de Medellín, Escuela de Ingeniería de Antioquia, ICESI, Tecnológica de Bolívar, Santo Tomas, Autónoma de Occidente.

Las primeras cuatro universidades nacionales en el ranking QS permanecen en casi todas las otras clasificaciones. Los Andes, Nacional, Javeriana y Antioquia se encuentran entre las primeras 500 del QS.

Son interesantes los criterios: el prestigio académico (por tanto de docencia e investigación), la buena reputación de la universidad como empleador (clima organizacional y bienestar, junto con salarios e incentivos, esencialmente), relaciones y proporción entre profesores y estudiantes (es decir, tanto buenas relaciones, como no hacinamiento, diálogo y aprendizaje mutuo); luego, en materia de investigación, siguen primando los artículos científicos y por tanto las citas. Este tema se corresponde fuertemente con el número de profesores con doctorado, un tema presente en todas las clasificaciones, y finalmente, la visibilidad y el impacto en Internet. Esto es, visibilidad de los profesores, tanto como de los programas académicos y la universidad.

Una vez que Colombia puede ser acogida por la OCDE –lo cual merece un análisis sereno y largo aparte–, las políticas universitarias, de educación e investigación no pueden ser consideradas, como hasta la fecha, como un asunto superfluo por parte del Estado. Ellas forman parte, en toda la línea de la palabra, de las políticas sociales. Y si en las universidades se habla genéricamente de las tres funciones: docencia, investigación y extensión, las políticas sociales competen por igual al sector privado como al público y a la sociedad civil. Las universidades incluso aunque algunas sean privadas, cumplen una

función pública. En un contexto en el que, por primera vez en la historia de la humanidad, hemos llegado al reconocimiento de que el conocimiento es libre.

Un tema puntual es el del clima organizacional y el bienestar de los profesores, y estudiantes. Argumentar que hay políticas disímiles en las universidades colombianas es un truismo. Pero lo cierto es que prima más la competencia que la cooperación, el beneficio y la imagen propia antes que la construcción de redes de trabajo de gran escala. El mercado domina las dinámicas universitarias de manera fuerte.

Mejor aún, los temas concernientes a las regalías deben ser tratados de manera frontal de cara a, y con, la vida de la universidad en general. Los datos de esta clasificación, y los análisis rápidos que comienzan a surgir permiten afirmar, sin ambages, que el país se encuentra aún muy lejos de otras universidades del subcontinente, para no hablar a escala mundial.

Hay quienes sostienen, no sin ironía, que al ritmo que vamos serán muchas las universidades acreditadas. Pero una cosa, como es sabido, es la acreditación institucional de una universidad, que es en últimas un proceso de gestión, y otra cosa es la calidad de vida en la universidad y de la universidad de cara a las posibilidades del país. Y en este sentido el trecho por recorrer es muy largo aún, y no sin escollos.

Estos, como todos los rankings no son nunca definitivos. Son literalmente instantáneas de un proceso. Sirven como referentes —siempre cuestionables— acerca de tendencias. Tirios y troyanos debaten, usualmente con buenos argumentos, acerca de estas clasificaciones.

De la indignación a la resistencia y de esta a la rebelión

En tiempos de crisis asistimos a un proceso generalizado de indignación. Pero la indignación es una actitud, cuyos pasos siguientes, en el orden de la teoría y la práctica, son respectivamente la resistencia y la rebelión. Desde los mileuristas y nimileuristas en España a los indignados en Grecia y más de media Europa; desde el movimiento *Occupy Wall Street* a la primavera árabe; y desde el movimiento de estudiantes chilenos a los procesos en Colombia y en muchos países.

Veamos. En días pasados estuvo con nosotros, otra vez, G. Vattimo, uno de los últimos grandes filósofos mediáticos. Estuvo en un congreso en una importante universidad bogotana (en el que noso-

tros también participamos). Unos días después apareció una entrevista en la que el filósofo italiano, miembro del Parlamento Europeo, lo dice sin dilaciones: la situación en Europa es insostenible. Y no es de extrañar que de la indignación la gente pase a la resistencia.

Según el filósofo italiano, el establecimiento está haciendo todo lo posible por contener a la gente y hacer que la gente considere su problema como un fenómeno personal. A lo sumo, de indignación. Claramente, el sistema le tiene miedo al desenlace social y político de la crisis en Europa.

Efectivamente, está en crisis, pero esta no es sino la epidermis de la crisis del sistema mundial de libre mercado. El capitalismo punto, cuya última expresión es el capitalismo financiero. Por primera vez asistimos a crisis sistémicas y sistemáticas: tanto crisis de confianza, como crisis financiera; crisis ecológica y crisis política; crisis espiritual y crisis económica; entre tantas otras, y todas reforzándose positivamente entre sí. La crisis en un plano se traduce necesariamente en otros contextos.

Sin ánimo de ser dualistas, la situación es clara: instituciones (financieras) versus la gente, políticas públicas contra políticas sociales, planeación e improvisación contra la vida misma, sistema financiero contra vivienda. Literalmente, lo que el establecimiento entero está haciendo es conteniendo las posibilidades de movilización de la gente. El establecimiento prefiere concentración a movilización. Marchas y sentadillas a acción y protesta pública: indignación a acción colectiva. Los rescates han ido en el mundo entero hacia el sistema financiero, y jamás a la gente. Y en todas partes, salvo alguna excepción en Islandia, reina la impunidad ante los responsables de la crisis.

Frente a esta clase de situaciones cabe pensar, sin elucubraciones, en el paso de la actitud a la acción. Y la acción se llama claramente: resistencia (primero) y (luego también) rebelión (pero en el horizonte de la rebelión se encuentra siempre: revolución).

Ahora bien, existen diversos tipos de resistencia y rebelión: violenta y no violenta; armada y no armada. Pero no hay fórmulas. El giro de las circunstancias depende de procesos de maduración espontáneos al mismo tiempo, es decir, emergentes. La inteligencia política consiste exactamente en el estudio de esta articulación y, ocasionalmente, en su preparación.

Alemania, con el gobierno de A. Merkel a la cabeza, está logrando lo inimaginable: atraer por tercera ocasión en cien años todos los odios y rencores hacia sí, dadas las políticas de reformas de/ante los rescates. La lista es clara: Irlanda y Grecia, Portugal y España, Eslovenia e Italia, y Francia misma hace cola. Los pueblos y las sociedades aguantan la indolencia de Berlín y Bruselas. Hay brotes emergentes de acciones de protesta. Asistimos a un proceso en marcha al que le falta aún mucho para desenvolverse. El mundo entero observa.

Como quiera que sea, la inteligencia, la muy perversa inteligencia del sistema de libre mercado, estriba justamente en su carácter sistémico; sistémico y cibernético. Frente al carácter globalizador del sistema de libre mercado, la acción no puede ser lineal o secuencial, jerárquica o bien intencionada. Se requiere un proceso igualmente inteligente de carácter cibernético y sistémico, por decir lo menos. Mientras esto no acontezca seguirán produciéndose respuestas individuales que abarcan desde el suicidio a lo bonzo hasta la resistencia pasiva.

Las redes sociales son un factor importante. El sistema se contenta con *emails* y *twitters* de todo tipo; pero se preocupa cuando desde estos se llama a hacer concentraciones o particularmente a movilizaciones.

Pues bien, la sociedad civil puede desarrollarse sobre la base de un pensamiento crítico, de una posición desafiante. A esto también se refería Vattimo en su entrevista. Los filósofos, decía (él mismo es filósofo, pero la observación cabe para todos los científicos en general), son hoy en día políticamente inocuos. Se requiere un pensamiento radical de confrontación que se convierta en peligroso. Vattimo en

una época fue conocido por su ilustre estudio sobre el pensamiento débil. Ya en la vejez, pero siempre lúcido y jovial, llama a la necesidad de un pensamiento que se haga peligroso.

El peligro del pensamiento pasa por el buen conocimiento de los acontecimientos, por el acceso a diversas fuentes de información, por la lucidez, y por el rigor crítico. Si acaso la mejor explicación es una buena teoría (Keynes), una teoría robusta y flexible al mismo tiempo puede transformarse en condición para una acción justa y eficiente.

Sin ambages, lo que está en juego en medio de esta crisis son vidas humanas, la posibilidad de futuro(s), autoestima y confianza, dignidad y calidad de vida, coexistencia con la naturaleza, verdad y transparencia, justicia y equidad, reparación y solidaridad. El tema, por tanto, no es la supervivencia del sistema financiero o las reglas del mercado. Los ciudadanos de Europa actuarán o no: el mundo observa, y sacará lecciones.

El cálculo político

El cálculo político es quizás el hijo favorito del cálculo matemático desarrollado a finales del siglo XVIII por Leibniz y Newton, llamado genéricamente como cálculo infinitesimal y que se articula como cálculo diferencial y cálculo integral. Se trata del tipo de pensamiento de racionalidad propia para estudiar cambios, giros, tendencias y procesos.

El cálculo político nace contemporáneo a la historia en la que se definen y constituyen los estados nacionales y, por tanto, se delimitan fronteras de todo tipo: nacionales y regionales (=centralismo/descentralización), y consiste esencialmente en una cosa: diferenciar

para integrar. Es decir, distinguir para preferir, analizar para maximizar. El cálculo trabaja en la identificación de algoritmos, esto es, reglas de solución de problemas pero se define radicalmente como oposición a, y en contradicción con, la racionalidad, la reflexión, en el sentido primero de la palabra. Como tal, el cálculo subsume a aquellas bajo sí parametrizando los problemas y los componentes o agentes de los mismos.

Mientras que de manera tradicional y fundamental la racionalidad y la reflexión son cálidas e implican un principio de acercamiento, por definición el cálculo político corresponde a un tipo de pensamiento eminentemente frío que, se traduce inmediata y necesariamente en maximización y optimización, en aprovechamiento y utilidad, utilidad esperada.

En política, se ha manifestado numerosas veces que no existen amigos, solo aliados. Entre los amigos no cabe el cálculo sino otras formas de explicación. El cálculo mismo impide los amigos, y se refiere a los otros y las circunstancias en términos de aprovechamiento y beneficio propio. Exactamente en este sentido, un científico como I. Prigogine (1992) sostenía que el tipo de ciencia basada en el cálculo —y por derivación en la mecánica— produce un desencantamiento del mundo y de la vida. razón por la cual llamaba al reencantamiento del mundo al proponer dirigir la mirada hacia la complejidad de la naturaleza y el mundo, que implican otro tipo, radicalmente distinto de pensamiento que el cálculo, y sus hermanas favoritas, la estadística y la probabilidad.

El cálculo político es el tipo de pensamiento que, sin ambages, se encuentra en la base de la corrupción y las componendas del delito y el crimen de todo tipo, en esa peligrosa ideología que es el neo-liberalismo y sus variantes, en la base del pensamiento mafioso y de todo tipo de violencia. Es el pensamiento que subyace y soporta todos los juegos de poder y contrapoder. El cálculo político, por frío, es infame.

Las cosas más fundamentales en política nunca están escritas. Y las que están escritas, que son importantes, son subsidiarias de aquellas. El cálculo político se expresa en las decisiones y las acciones mismas que no admiten ni quieren, que no presentan ni dan cuenta, de justificaciones o razones porque lo que prima es el interés (propio), el resultado. Y cuando se trata de tendencias y procesos, el aprovechamiento de los giros, circunstancias y oportunidades.

La naturaleza misma del cálculo político se observa todos los días pero no tanto en los discursos, como en los resultados de todo tipo de vida política. Dos vías favorecen esta comprensión: en un caso, el conocimiento profundo de la política que hacen posible la filosofía política y la teoría política. Pero, asimismo de otra parte, un buen conocimiento de las matemáticas y los sistemas computacionales. Sería ideal que ambas vías logren combinarse y colaboren porque entonces el resultado es la crítica radical de esa clase perversa de racionalidad que es el cálculo político: con toda seguridad, la madre de las acciones, las decisiones, las justificaciones y las explicaciones más perversas.

Contra el cálculo político existen varias soluciones, que van desde una denuncia de su naturaleza y consecuencias, hasta un seguimiento de la actualidad acusando la ausencia de ética y la violación de los más fundamentales principios del Estado de Derecho y, más específicamente, del Estado Social de Derecho. Pero es igualmente posible una solución radical: transformando en todos los planos de la vida social —pública, privada, académica y de comunicaciones— ese tipo de pensamiento mediante otras formas más sosegadas, más amables, más humanas de pensamiento.

Sin duda alguna, el cálculo político es el principio mismo de realidad (*Realpolitik*) y ha sido esgrimido y manejado con astucia por autores como Trasímaco, Santo Tomás de Aquino en *Todas las Sumas*

Contra Gentiles, Maquiavelo, Clausewitz y, en general, por los áulicos de la falsas inteligencias mal llamadas superiores. En un libro clásico, fundamental –Bernard Mandeville: *La fábula de las abejas, o los vicios privados hacen la prosperidad pública*– (escrito también en el siglo xvi-ii) se estudia brillantemente esa enfermedad crónica, crítica y compleja que es el cálculo político al poner de relieve esa ética revulsiva que prefiere el lujo, la envidia y el orgullo, que son los sentimientos morales del cálculo político. Bien vale leerlo, releerlo, discutirlo y hacer de él un tema de discusión pública.

El cálculo político es en verdad la atrofia del pensamiento y, por tanto, de la vida, pues se refiere a los demás como meros instrumentos. Siendo la mucama del cálculo político el sistema de administración y gestión que se funda en estrategia, se concentra en liderazgo y exalta, en apología directa o indirecta, el egoísmo.

Ese palimpsesto que es América Latina

Decía Hegel, hablando –no sin ironía o sarcasmo– de Norteamérica, es decir, de los Estados Unidos, que hay países que tienen más geografía que historia –un contraste fuerte cuando se habla de Europa en general–. Entre las numerosas desventajas que tiene América Latina ante el mundo, uno clara, su enorme tamaño.

Ciertamente, si Rusia es el país más grande del mundo, si la China es el que más población tiene, y otros datos semejantes, el “país” culturalmente más grande del mundo es América Latina. Luego del tratado de Tordesillas de 1494, cuando se reparte al Nuevo Mundo, el destino –tanto para bien como para mal de Latinoamérica– quedó trazado. Un notable historiador (de las ideas) como J. Barzun lo ha

dejado ya en claro hace tiempo: “Europa es una península que se cree un continente” (2000). No hay verdad más cierta. Estrictamente hablando, Europa es la península de Asia, pero se asume a sí misma –otro rasgo del eurocentrismo– como un continente.

Se ha enseñado tradicionalmente que los continentes son cinco: América, África, Europa, Asia y Oceanía. Pero esa lectura es estrictamente una invención de los europeos. Porque lo cierto es que, en esta línea de análisis, Europa no es más que una parte de Asia. La geografía, como la historia, requiere constantemente ser re-escrita.

La unidad de América Latina es ante todo cultural. Supuesta la riqueza cultural de antes del descubrimiento y la conquista, nuestra América –esa expresión tan cara ante la prosa y el verso de J. Martí–, compartimos un mismo idioma –esto es, leemos al universo bajo una misma gramática y un mismo léxico–, y hemos compartido una historia que ha sido magistralmente narrada por autores como T. Halperin Donghi o E. Galeano, entre muchos otros. América Latina es un enorme continente, más que geográfico, cultural. Sin ambages, culturalmente hablando, nuestra América es el mayor continente del mundo.

Sí, tenemos más geografía que historia, pero por encima de la geografía tenemos más cultura aún. No uniforme ni unívoca, sino, literalmente, como la variación (musical) sobre un mismo tema. Y ahí comienza parte de la desgracias.

Todos –unos más otros menos; pero finalmente todos– los países de Latinoamérica son y han sido centralistas. Un rezago de la España, siempre medieval, que jamás conoció ese rasgo de inteligencia que es la administración pública inventada por los franceses, los cuales, a pesar de su dolida París, logran ser los primeros en el hemisferio occidental en balancear centralismo con descentralización. La consecuencia más inmediata de este hecho es que nos desconocemos ampliamente a escala nacional y como países y continente disfrutamos un amplio desconocimiento recíproco. Poco sabemos de la enorme

–¡enorme!– riqueza cultural: académica, etnográfica, antropológica, social, artística –y otras– que se produce, que bulle constantemente, en un lugar y en otro. Cualquiera podría creer que se trata de una estrategia política; así como “ignoraos entre vosotros mismos, porque la información y el conocimiento los pueden hacer peligrosos”.

Las enormes distancias y la riqueza y geografía física han jugado en contra nuestro. Esto, aunado a la dependencia cultural, ideológica y política de otras fuentes, nos han convertido en simples receptores o máximo en embajadores (ad hoc) de otros pensamientos, sin atrevernos a pensar y a conocer el propio. El pensamiento que es una sola cosa con la vida misma.

Definitivamente, la historia cultural de América Latina ha sido la de un palimpsesto. Y en este caso no se trata, en absoluto, de un cumplido. Es nuestro karma, en el sentido popular de la palabra.

El llamado a conocernos ha sido acusado tradicionalmente de subversivo porque ha sido propuesto por conciencias tan lúcidas y distintas como A. Reyes, Vasconcelos, J. L. Romero, J. Mariátegui, G. Arciniegas, O. Paz, E. Martínez Estrada, por mencionar tan solo unos pocos. Se ha acogido mejor el ser adaptador, traductor o embajador de lecturas a las que les falta la antropología, cuando menos. El sentido de las costumbres: un concepto eminentemente interdisciplinario.

La lectura tradicional y dominante quiere hacer creer que la historia, la sociedad, la cultura de América Latina puede ser vista y leída indistintamente de Argentina y Chile hasta México pasando por los Andes, el Caribe y Centroamérica, y luego nuevamente de vuelta. Todo como una unidad indiferenciada. Esa lectura olvida que, por el contrario, en el concepto mismo de cultura está marcado el concepto y la experiencia de diferencia. De suerte que lo que aparece como unidad indivisa –marcada quizás por la lengua–, es en realidad una gama de tonos ricos y diversos, de matices y policromía, en fin, de giros, particularidades y experiencias que cuando se conjugan ar-

mónicamente producen una inmensa promesa, una gran esperanza. Claro, a condición de que de verdad se las conozca. Que es, exactamente de lo que se trata.

De manera que sí: el conocimiento de América por sí misma tiene una impronta científica, social y cultural pero además (y seguramente: de manera principal) política. Se trata, cabe sugerir, de una política de la diferencia.

Mao solía decir –y le gustaba repetir– que cuando China despertara, si todos los chinos pateaban al unísono se movería el planeta. Que es, exactamente, lo que está sucediendo. China constituye, actualmente al lado de Brasil, la India y Rusia, las grandes promesas del planeta. Cabe conjeturar: ¿qué pasaría si América Latina despierta? Y no, como decía Mao, pateara al planeta, pero cantara en coro, o danzara en grupo. Con seguridad el destino del planeta puede ser distinto. Con una salvedad: que cabe entonces pensar en procesos de armonía con otras regiones, culturas y sociedades. África: inmenso continente. El mundo árabe, que fue siempre una reserva cultural y permaneció como un misterio. Y sí, con los países CIVETS (acrónimo para Colombia, Indonesia, Vietnam, Egipto, Turquía y Suráfrica), los países llamados “águila” (Brasil, Indonesia, Corea, Rusia, México, Egipto, Turquía y Taiwán), y con el otro conjunto: los países nido (Tailandia, Nigeria, Polonia, Colombia, Sudáfrica, Malasia, Vietnam, Bangladesh, Argentina, Perú y Filipinas).

Si estamos asistiendo a una reconfiguración de la geopolítica, y no detrás suyo, sugiero la biopolítica (lo cual constituye un tema aparte), no se debe solo a los gobiernos, los Estados, los regímenes y sistemas políticos. Sino, además y fundamentalmente, a las culturas de esos pueblos. ¿La cultura? El otro polo de la política.

La cara oculta de la luna del progreso moral

En épocas de crisis (¿y cuál época no lo ha sido?) la ética se torna importante, incluso, para algunos, fundamental. La ética cumple hoy por hoy la misma función que ayer –en especial antes de la secularización de la sociedad– cumplía la teología. Con el tiempo, ha devenido en el tema por excelencia en el que se encuentran hoy en día filósofos y juristas, politólogos y economistas, sociólogos y antropólogos, principalmente. Y en otro plano, todas las reflexiones relativas a la ética de la investigación científica. La literatura sobre el tema es diversa y rica en el mundo entero. La religión de todo tipo no se queda atrás en el tema.

En todos los casos, con intereses diversos, han emergido vigías de la ética –y las buenas costumbres–. Hay quienes pontifican sobre el tema y hay también quienes legislan sobre el asunto. Hay quienes juzgan y fundamentan con certeza, y están los que deciden qué enseñar y qué no al respecto. La ética es habitualmente vista “desde arriba” aunque se la pretenda “desde abajo”.

Ahora bien, en relación con el tema –a todas luces sensible– del progreso moral del individuo y de la sociedad existe una cara oculta sobre la cual cabe recabar con atención. La historia –una ciencia políticamente incorrecta–. El progreso moral siempre ha estado jalonado por los más desfavorecidos, por los “de abajo”, los muchas veces sin voz y sin rostro. Desde el descubrimiento y el cuidado del cuerpo hasta la importancia de la solidaridad gratuita (y no asistencia); desde el descubrimiento del amor y su paulatino enriquecimiento, hasta la importancia del ágape y los lenguajes del cuerpo y el espacio. En toda la gama, extensión y profundidad del tema, las costumbres morales siempre han estado jalonadas por el pueblo. No por los poderosos, por los policías del alma, ni por los representantes de lo correcto.

En efecto, el caldo de cultivo, por así decirlo, de las costumbres –vale recordar que el derecho anglosajón es consuetudinario, en contraste con esa mezcla peligrosa que es el derecho romano más el derecho napoleónico– son las prácticas espontáneas, atávicas: culturales, de los pueblos, las culturas y los territorios. Desde la danza y la música hasta el lenguaje; desde el sexo y el cuerpo hasta el amor; desde las creencias y los mitos hasta las usanzas y las prohibiciones; desde la cocina y la observación de la naturaleza hasta la medicina y el conocimiento de animales y plantas.

Si el derecho siempre llega, como es efectivamente el caso, asimismo la moral y la ética –particularmente en el sentido normativo y fundamentalista o fundacionalista de los filósofos– llegan tarde. En verdad, a la ética o filosofía moral más vale meterle historia, antes que

axiología, religión, teología y derecho. Y con respecto a la historia, la gran Puerta de Brandenburgo, por así decirlo, es la Escuela de los Anales, esa que nos enseña que en la historia el gran nutriente son las experiencias cotidianas, escritas por fuera de los cánones, los que estructuran y dinamizan a los pueblos y las naciones. Gente como J. Legoff, F. Braudel, el propio M. Bloch, G. Dyby, L. Febvre, P. Ariès, P. Goubert, J.M. Pesez, acaso incluso, más recientemente, I. Wallers-tein, entre otros.

En una ocasión alguien del Departamento de Estado de los Estados Unidos sostenía que a las guerras se debían enviar antropólogos y no militares con el fin de prevenirlas y garantizarlas, todo lo cual resultaba infinitamente más económico. Por derivación, cuántas vidas se hubieran salvado si España hubiera enviado, antes que soldados, a sacerdotes, ex-prisioneros, o científicos sociales. Pero esto es pedirle mucho a la historia, pues no solamente las ciencias sociales estaban aún lejos de haber nacido, sino que además, España se encontraba aún muy lejos de entrar al Renacimiento. Sin embargo los poetas y escritores pudieron haber cumplido con dicho rol, pues la picaresca ya estaba emergiendo. Pero, una vez más, esto es pedirle peras al olmo.

Pues bien, análogamente cabe la posibilidad de que a muchos estrados, confesionarios, aulas de clase y tarimas públicas en vez de enviar moralistas, eticistas de toda índole, filósofos morales y políticos hay que enviar historiadores. Así como también a antropólogos y sociólogos e incorporar métodos como la etnografía, sin olvidar, claro, la importancia de la semiótica. Y aprender a reconocer los orígenes, los sentidos, las variaciones de las prácticas y costumbres. Entenderlas bien antes de legislar –en cualquier acepción de la palabra: jurídica, religiosa, filosófica, educacional y política–. Claro ¡cuanto menos se legisle mejor!

Si en materia del lenguaje el rey es el pueblo, ¿por qué habría de ser distinto en materia de usanzas, prácticas y costumbres? La cultura no es conservadora como sí lo son las instituciones. Al fin y al cabo, no hay dos cosas: lenguaje y costumbres. Quisiera decirlo de manera lapidaria: el progreso moral existe en el pueblo y desde el pueblo, y las instituciones matan ese progreso moral –en el individuo tanto como en la sociedad–. Se trata de aprender a confiar más y mejor en los pueblos y las culturas, en las sociedades y los territorios, antes que en los centros, rígidos y jerárquicos, por definición. La idea no es difícil, son esencialmente dos herramientas o perspectivas: una, incluir siempre una perspectiva comparada y la otra, atender siempre, antes que a los principios, valores e ideas, a los contextos.

Existe contra las conciencias pesimistas un progreso moral y tiene lugar, en numerosas ocasiones a pesar de las instituciones. Sencillamente gracias a la vida que la gente lleva incluso, a veces, como pueden.

El lenguaje de la sabiduría

La fuerza con la que se ha planteado la idea: saber vivir - vivir bien procede de las culturas Aymará y Quechua, con las expresiones: *sumak kawsay* y *suma qamaña*. El error es que se ha abordado desde diversos ángulos como una estrategia: política, cultural, de gestión o de tipo social.

El tema no es nuevo, ya que los antiguos griegos tenían una expresión semejante para el problema de saber vivir y llevar una vida buena, A saber: *eupraxein*, que equivale justamente a saber llevar una vida (*praxein, praxis*), buena (*eu*) (como el buen demonio que es la felicidad: *eudaimonía*).

El asunto tiene más importancia de la que aparenta, pues comprende temas como el rechazo al hiperconsumo, a los productos de ciclo de vida corta, a la soberanía alimentaria, al trueque y buenas relaciones con la naturaleza. La dificultad estriba en que ni los griegos antiguos ni, en rigor, las comunidades rurales de Bolivia, el alto Perú o Ecuador hacen del *suma kawsay* y el *suma qamaña* consignas o eslóganes. La antropología subyace a las falacias de la política. ¡Si hasta en la muy prestigiosa London School of Economics ya se ha convertido en tema de trabajo e investigación!

Hay un tema sensible al que quiero apuntar supuesta la importancia y el conocimiento de la vida, de esta y la naturaleza entera, el tema de base corresponde al lugar y al estatuto, la forma y la encarnación misma del saber. El tema de base, mucho más que ciencia y conocimiento, que pedagogía y administración, que política y gestión, que sociología y economía –todas categorías occidentales en su mejor expresión–, se trata, a propósito de la vida y la naturaleza, de sabiduría.

Y la verdadera sabiduría no se ocupa de tácticas y estrategias, planes, metas, indicadores y sistemas de control. La verdadera sabiduría en la historia de la humanidad no habla en la forma de ecuaciones, de silogismos, de conceptos o de categorías, de juicios o de demostraciones. Mucho menos, como numerosos académicos lo pretenden se expresa a través de artículos, conferencias, capítulos de libro y seminarios de diversa índole y envergadura.

La verdadera sabiduría ha hablado siempre en forma de poesía y esta como la vida y la sabiduría no pueden ni se deben enseñarse. Solo se les aprende desde adentro, en convivencia, en la experiencia y con el tiempo.

No se trata, sin embargo, de una crítica y un rechazo al pensamiento, a la racionalidad, a la ciencia y al cálculo. Por el contrario, parte de las desgracias de la humanidad occidental estriban en la logofobia; esto es, el miedo al conocimiento, el miedo a la exploración

y el descubrimiento, el miedo a la investigación y a la ciencia. De manera tradicional, el conocimiento siempre estuvo resguardado de la sociedad, y solo podía accederse a él a través de una serie de pruebas y ejercicios, entre las que destacaban siempre conocimiento y pericia, habilidad y confianza, tiempo y dinero, fiabilidad y recomendaciones.

La ciencia hay que conocerla y hacerla mejor, divulgarla y profundizarla. En todas sus expresiones y formas. Pero la sabiduría representa otra escala en las formas de pensamiento y de vida, en las formas mismas de relaciones con el mundo, la naturaleza y con nosotros mismos.

Nuestros científicos y tecnólogos, nuestros políticos y académicos, nuestros financistas y sociólogos, por ejemplo, deben hacer lo suyo tan bien como sea posible, cada vez mejor, y siempre con elevados criterios éticos. Sin embargo, nada de eso será suficiente para el bienestar y la felicidad de los seres humanos, pues aún les faltará sabiduría.

Hombres y mujeres hábiles y doctos, atrevidos y desafiantes, con altas destrezas técnicas y tecnológicas, sensibles, críticas y reflexivas: todo eso y más necesitamos. Aun así no será suficiente, en tanto que esas mujeres y hombres no se hagan, al mismo tiempo, sabios.

La sabiduría la tenían otras civilizaciones, la tienen otras culturas y pueblos. La tienen individuos –hombres y mujeres– alrededor nuestro pero que no ocupan los grandes titulares. A su manera ya lo decía Nietzsche: “Las ideas que cambian el mundo andan con pasos de paloma” (2011).

En cuanto veamos a una mujer o a un hombre sabio lo mejor que podemos hacer es aprender de ellos pero no utilizarlos (¡ellos se dan cuenta!). Es algo así como lo que en alguna ocasión decía Siddhartha Gautama: “Si lo tienes te lo doy. Si no lo tienes, te lo quito” (1991).

El lenguaje de la sabiduría ha sido siempre el lenguaje de la poesía. Esa misma que, según dicen los libreros, no se vende –porque

la gente no compra poesía-. Reconociendo siempre que no por ser poeta –o poetisa– se es necesariamente sabio o sabia.

La sabiduría, si cabe la analogía, es como el tiempo, la vida buena o la pornografía: no sabemos definirla, pero la identificamos cuando las vemos porque una mujer sabía o un hombre sabio no se anuncia, pasa. Pasa y queda.

Además de la mejor ciencia y conocimiento en todas sus expresiones, debemos poder abrir las ventanas a esas briznas, y a veces, ventarrones, que es la poesía. Que, antes que en largas elaboraciones existe en la forma de versos.

Si Heidegger (1976) en la última entrevista que hizo a la revista alemana *Der Spiegel* sostuvo: “Solo un dios podrá salvarnos” (*Nur ein Gott kann uns retten!*) –¡uno! No “este” o “aquel”, determinados–, asimismo, de manera análoga, cabe pensar que la poesía siempre nos salva en el último momento o incluso mucho antes.

Pues eso: el lenguaje de la sabiduría ha sido siempre el lenguaje de la poesía.

BI- BLIO- GRA- FÍA



- Barzun, J. (2000). *From Dawn to Decadence. 1500 to the Present. 500 Years of Western Cultural Life*. HarperCollins
- Brushnell, D. (2012). *Colombia. Una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*. Bogotá: Planeta
- Buber, M. (2017). *Tú y yo*. Madrid: Herder
- Camus, A. (1951). *L'Homme révolté*. París: Folio
- Castells, M. (2001). *La era de la información. Vol 1: Economía, sociedad y cultura: La sociedad red Vol. 2: Economía, sociedad y cultura: el poder de la identidad. Vol. 3: Economía, sociedad y cultura: fin del milenio*. Madrid: Alianza
- Clark, K. (1969). *Civilisation*. HarperPerennial
- Cook Hincapié, O. (1998). *Historia del nombre de Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo
- Eisler, R. (1997). *El cáliz y la espada. La mujer como fuerza en la historia*. Madrid: Cuatro Vientos
- García Márquez, G. (2009). *Cien Años de Soledad*. Vintage Español
- Goody, J. (2008). *The Theft of History*. Cambridge: Cambridge University Press
- Hegel, G. W. F. (2017). *Fenomenología del espíritu. México, D.F.: F.C.E. Heidegger y el antisemitismo*. Posiciones en conflicto. Con cartas de Martin y Fritz Heidegger. Madrid: Ed. Herder
- Heidegger, M. (1986). *Sein und Zeit*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag
- Ingenieros, J. (1973). *El hombre mediocre*. Buenos Aires: Ed. Losada
- Kant, I. (2010). "Respuesta a la pregunta: "¿Qué es la Ilustración?", en ¿Qué es la Ilustración?
- Lévinas, E. (1993). *El tiempo y el otro*. Barcelona: Paidós
- Lévinas, E. (2000). *De la existencia al existente*. Madrid: Arena
- Lévinas, E. (2005). *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Siglo XXI
- Mancuso, S. & Vila, A. (2015). *Brilliant Green. The Surprising History and Science of Plant Intelligence*. Washington, D. C.: IslandPress

- Mandeville, B. (2004). *La fábula de las abejas: los vivios privados hacen la prosperidad pública*. México, D. F.: F. C. E.
- Mariátegui, J. C. (2009). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Pensamiento
- Maturana, H. y Varela, F. (2004). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Madrid: Lumen Humanitas
- McLuhan, M. (1969). *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. Barcelona: Ed. Diana
- McLuhan, M. (1969). *El medio es el mensaje. Un inventario de efectos*. Barcelona: Paidós
- Marx, K. (2003). *Contribución a la crítica de la economía política*. México, D.F.: Siglo XXI
- Nhát Hạnh, T. (1991). *Old Path White Clouds*. Parallax Press: Berkeley
- Nietzsche, F. (2011). *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Madrid: Alianza
- Nietzsche, F. (2002). *La gaya ciencia*, Madrid: EDAF
- Peet, R. (2004). *La maldita trinidad: el fondo monetario internacional, el banco mundial y la organización mundial del comercio*. Pamplona: Laetoli
- Prigogine, I. y Stengers, I. (1992). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza
- Prigogine, I. (1980). *From Being to Becoming. Time and Complexity in the Physical Sciences*. San Francisco: W. H. Freeman & Co.
- Revel, J. (sous la direction de). (1996). *Jeux D'Échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Gallimard/Le Seuil
- Smolin, L. (2007). *The Trouble with Physics. The Rise and Fall of String Theory, the Fall of a Science, and What Comes Next*. Boston-New York: Houghton Mifflin Co.
- Tolstoi, L. (2015). *La guerra y la paz*. México, D. F.: Random House

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA CIUDAD DE BOGOTÁ EL DÍA XXX
DE JULIO DEL AÑO MMXIX.

PARA ESTA EDICIÓN SE USÓ LA FAMILIA TIPOGRÁFICA ADOBE CASLON PRO, EN SU
VARIANTE SERIF A 11,5/15 PUNTOS.

EL FORMATO DE ESTE EJEMPLAR ES DE 16 X 24 CENTÍMETROS.
LA CUBIERTA ESTÁ IMPRESA EN PROPALCOTE DE 300 GRAMOS DE BAJA DENSIDAD
Y LAS PÁGINAS INTERIORES EN PAPEL BOND BAHÍA DE 90 GRAMOS.

Contra todas las apariencias, sin la menor duda, vivimos una época de una enorme vitalidad. Todas las semanas, prestigiosas revistas informan sobre investigaciones, inventos y descubrimientos recientes, de punta. Alrededor del mundo son numerosos y crecientes los eventos científicos y académicos que buscan presentar resultados de investigaciones para así crear y fortalecer redes. En la ciencia y en las artes existe un gran número de personas apasionadas por el conocimiento, por la creatividad, por la innovación. Precisamente, en este mismo contexto, asistimos a fenómenos y comportamientos caracterizados por turbulencias, fluctuaciones, inestabilidades que son signos justamente de vitalidad (no de quietud, de reposo, de estabilidad o de equilibrio). Hemos llegado a hacer ciencia de estas turbulencias, inestabilidades, incertidumbre e impredecibilidad. Son justamente las ciencias de la complejidad. Este libro es un abanico de la complejidad del mundo del conocimiento, de la importancia y los juegos mismos de la vida. Se trata de una introducción a diversos escenarios en los que palpitan los tiempos que vivimos, y que ponen en evidencia el optimismo que nos rodea y que de diversa manera contribuimos a crecer, incluso aunque a veces no lo sepamos. El nombre del juego es la vida.

